



# Compendio digital

## **Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales**

Compilador: Mtro. Jorge Alberto Hidalgo Toledo

Editor, Comunidad Virtual de Comunicadores Católicos

<http://es.catholic.net/comunicadorescatolicos>

10 de junio de 2012

## Tabla de contenido

<b>UNA BREVE RESEÑA E HISTORIA DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>7</b>
<b>HISTORIA DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL .....</b>	<b>15</b>
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA I JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>18</b>
"Los medios de comunicación social" .....	18
[Domingo 7 de mayo de 1967] .....	18
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA II JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>21</b>
"La prensa, la radiotelevisión y el cine para el progreso de los pueblos" .....	21
1968 .....	21
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA III JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>23</b>
Tema: Comunicaciones sociales y familia.....	23
1969 .....	23
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA IV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>26</b>
Tema: Las comunicaciones sociales y la juventud .....	26
1970 .....	26
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA V JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>29</b>
Tema: Los medios de comunicación social al servicio de la unidad de los hombres..	29
1971 .....	29
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA VI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>32</b>
Tema: Los instrumentos de comunicación social al servicio de la verdad.....	32
1972 .....	32
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA VII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>36</b>
Los medios de comunicación social al servicio de la afirmación y promoción de los valores espirituales.....	36
1973 .....	36
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA VIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>39</b>
Tema: Las comunicaciones sociales y la evangelización en el mundo contemporáneo .....	39
1974 .....	39
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA IX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>41</b>

<b>Tema: Comunicaciones sociales y reconciliación .....</b>	<b>41</b>
1975 .....	41
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA X JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>44</b>
<b>Tema: Las comunicaciones sociales ante los derechos y los deberes fundamentales del hombre .....</b>	<b>44</b>
1976 .....	44
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA XI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>48</b>
<b>Tema: La publicidad en la comunicación social: ventajas, riesgos, responsabilidad .</b>	<b>48</b>
1977 .....	48
<b>MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA XII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>51</b>
<b>El hombre como receptor de las comunicaciones sociales:.....</b>	<b>51</b>
<b>esperanzas, derechos y deberes .....</b>	<b>51</b>
1978 .....	51
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES .....</b>	<b>55</b>
<b>Tema: "Las comunicaciones sociales por la tutela y promoción de la infancia en la familia y en la sociedad." .....</b>	<b>55</b>
(DOMINGO 27 DE MAYO DE 1979) .....	55
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XIV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>58</b>
<b>Tema: "Papel de las comunicaciones sociales e incumbencias de la familia" .....</b>	<b>58</b>
(DOMINGO 18 DE MAYO DE 1980) .....	58
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 15a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>62</b>
<b>Tema: "Las comunicaciones sociales al servicio de la libertad responsable del hombre".....</b>	<b>62</b>
31 de mayo de 1981 .....	62
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 16a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>67</b>
<b>Tema: los problemas de los ancianos.....</b>	<b>67</b>
10 de mayo de 1982 .....	67
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 17a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>71</b>
<b>Tema: La promoción de la paz .....</b>	<b>71</b>
15 de mayo de 1983 .....	71
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 18a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>74</b>
<b>Tema: Las comunicaciones sociales, instrumento de encuentro entre fe y cultura....</b>	<b>74</b>
24 de mayo de 1984 .....	74

<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 19a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>78</b>
<b>Tema: Las comunicaciones sociales para una promoción cristiana de la juventud....</b>	<b>78</b>
19 de mayo de 1985 .....	78
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 20a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>83</b>
<b>Tema: la contribución que las comunicaciones sociales pueden dar a la formación cristiana de la opinión pública .....</b>	<b>83</b>
11 de mayo de 1986 .....	83
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 21a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>87</b>
<b>Tema: Las comunicaciones sociales al servicio de la justicia y de la paz.....</b>	<b>87</b>
31 de mayo de 1987 .....	87
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 22a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>91</b>
<b>Tema: Fraternidad y solidaridad humana.....</b>	<b>91</b>
15 de mayo de 1988 .....	91
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 23a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>94</b>
<b>Tema: La religión en los ´mass-media.....</b>	<b>94</b>
7 de mayo de 1989.....	94
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 24a JORNADA DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES .....</b>	<b>97</b>
<b>Tema: La nueva cultura informática.....</b>	<b>97</b>
27 de mayo de 1990 .....	97
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 25a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>100</b>
<b>Tema: Los medios de comunicación como dones de Dios.....</b>	<b>100</b>
12 de mayo de 1991 .....	100
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 26a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>102</b>
<b>Tema: los dones divinos de la palabra, el oído y la vista que nos permiten salir de nuestro aislamiento y de nuestra soledad .....</b>	<b>102</b>
31 de mayo de 1992 .....	102
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 27a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>105</b>
<b>Tema: Dos nuevos medios al servicio de la Iglesia: casetes y videocasetes.....</b>	<b>105</b>
23 de mayo de 1993 .....	105
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XXVIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES .....</b>	<b>107</b>
<b>Tema: La televisión.....</b>	<b>107</b>
24 de enero de 1994 .....	107

<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>111</b>
<b>Tema: "El cine, transmisor de cultura y de valores"</b> .....	<b>111</b>
(28 de mayo de 1995) .....	111
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 30a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>115</b>
<b>Tema: "Los medios de Comunicación social: un ámbito moderno para la promoción de la mujer en la sociedad"</b> .....	<b>115</b>
19 mayo 1996 .....	115
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 31a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>118</b>
<b>Tema: "Comunicar a Jesús: el Camino, la Verdad y la Vida"</b> .....	<b>118</b>
11 de Mayo de 1997 .....	118
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 32a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>121</b>
<b>Tema: "Animados por el Espíritu comuniquemos la esperanza"</b> .....	<b>121</b>
24 de Mayo de 1998 .....	121
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 33a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>123</b>
<b>Tema: "Los mass media: presencia amiga para quien busca al Padre"</b> .....	<b>123</b>
16 de Mayo de 1999 .....	123
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 34a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>126</b>
<b>Tema: "Anunciar a Cristo en los Medios de Comunicación Social al alba del Tercer Milenio"</b> .....	<b>126</b>
4 de Junio de 2000 .....	126
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA XXXV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>129</b>
<b>Tema: "Proclamar desde los terrados": el Evangelio en la Era de la Comunicación Global</b> .....	<b>129</b>
27 de Mayo de 2001 .....	129
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA XXXVI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>132</b>
<b>TEMA: "Internet: un nuevo foro para la proclamación del Evangelio"</b> .....	<b>132</b>
12 de mayo de 2002 .....	132
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 37ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>135</b>
<b>Tema: Los medios de comunicación social al servicio de la auténtica paz a la luz de la "Pacem in terris"</b> .....	<b>135</b>
1 de Junio de 2003 .....	135
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 38ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES</b> .....	<b>138</b>
<b>Tema: Los medios en la familia: un riesgo y una riqueza</b> .....	<b>138</b>
23 de Mayo de 2004 .....	138

<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 39 JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>142</b>
<b>Tema: “Los medios de comunicación al servicio del entendimiento entre los pueblos”</b>	
.....	<b>142</b>
24 de enero de 2005 .....	142
<b>MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XL JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>144</b>
<b>Tema: Los medios: red de comunicación, comunión y cooperación.....</b>	<b>144</b>
24 de enero 2006.....	144
<b>MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XLI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>147</b>
<b>Tema: "Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación"</b>	
.....	<b>147</b>
20 de mayo 2007 .....	147
<b>MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XLII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES.....</b>	<b>150</b>
<b>Tema: “Los medios: en la encrucijada entre protagonismo y servicio. Buscar la Verdad para compartirla”</b>	
.....	<b>150</b>
(4 de mayo de 2008) .....	150
<b>MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XLIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES .....</b>	<b>153</b>
<b>Tema: "Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo, de amistad."</b>	
.....	<b>153</b>
24 de mayo de 2009 .....	153
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XLIV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES .....</b>	<b>157</b>
<b>Tema: «El sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios al servicio de la Palabra»</b>	
.....	<b>157</b>
[Domingo 16 de mayo de 2010].....	157
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XLV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES .....</b>	<b>160</b>
<b>Tema: Verdad, anuncio y autenticidad de vida en la era digital .....</b>	<b>160</b>
5 de junio 2011.....	160
<b>MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XLVI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES .....</b>	<b>163</b>
<b>Tema: “Silencio y Palabra: camino de evangelización”</b>	
.....	<b>163</b>
[Domingo 20 de mayo de 2012].....	163
<b>ORACIÓN DEL COMUNICADOR .....</b>	<b>166</b>

## UNA BREVE RESEÑA E HISTORIA DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

El 30 de enero de 1948, mediante una carta el Protocolo N<sup>o</sup> 153.561 de la Secretaría de Estado de Su Santidad el Papa Pío XII, la Pontificia Comisión para el Estudio y la Evaluación Eclesiástica de las películas sobre temas religiosos o morales se estableció, al mismo tiempo, el obispo John Martin O'Connor fue nombrado presidente y las siguientes personas fueron designados como Miembros: Mons. Maurizio Raffa, en representación de la Sagrada Congregación del Consejo, Mons. Fernando Prosperi, representante de la Oficina Católica Internacional de Cinematografía y el secretario provisional de la nueva Comisión, el Sr. Giacomo Ibert y Arquitecto Ildo Avetta.

El 17 de septiembre de 1948 el Santo Padre ha aprobado los estatutos de la nueva Oficina de la Curia Romana, que pasó a llamarse la Comisión Pontificia para Cinematografía didáctica y religiosa.

Uno habría tenido que ser un clarividente para prever el futuro notable de esta Oficina minutos, compuesto por un Presidente y cuatro miembros y alojado en una habitación individual en el Palacio de San Carlo, en Ciudad del Vaticano, en un ala aún llena de vastos archivos de la Oficina de Información sobre la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de sus modestos inicios, esta Comisión pequeño iba a escribir una nueva página en la historia de la actividad pastoral y cultural de la Iglesia.

La Pontificia Comisión para Cinematografía didáctica y religiosa examinó los complejos problemas educativos y pastorales de la era audiovisual, sólo llegan a ser y se dio cuenta rápidamente de que la acción iba a ser necesario. A través de su presidente, monseñor O'Connor, informaron a Mons. Giovanni Battista Montini, en ese momento director adjunto de la Secretaría de Su Santidad de Estado, de sus conclusiones, a saber, que para ser pastoralmente eficaz, la Comisión tendría que estudiar los problemas planteados por las imágenes en movimiento como un todo y dedicarse obispos y creyentes por igual en un apostolado en este sector, que respondiese a las condiciones cambiantes de la sociedad.

Por lo tanto, el original de cinco hombres de la Comisión fue reemplazada por la Comisión Pontificia para el Cine, cuyos estatutos fueron aprobados por el Sumo Pontífice, el 1 de enero de 1952. Con esta medida, la nueva Oficina de la Curia adquirió el carácter de órgano de estudio, dotado de un amplio Colegio de expertos contratados en varias naciones, mientras que los altos prelados de los dicasterios de la Curia Romana que ver con los problemas pastorales relacionados con el desarrollo de las técnicas modernas en el mundo del espectáculo fueron llamados a tomar parte en la

propia Comisión. La Comisión también recibió un local más amplio y dotado de una Secretaría, dirigida por mons. Albino Galletto, Secretario Ejecutivo designado el 1 de octubre de 1950. Dos años más tarde, el 1 de octubre de 1952, Mons. Andrea Maria Deskur fue designado subsecretario.

La primera Reunión de Expertos, que se celebró en la Academia Pontificia de las Ciencias en el Vaticano el 26 y el 27 de abril de 1953, hizo hincapié en la necesidad de un estudio en profundidad en la educación de su dominio de los problemas que surgen del desarrollo de todos los medios audiovisuales y cada vez mayor efecto sobre la vida espiritual del mundo y el ministerio de la Iglesia, y sobre todo, advirtió sobre el impacto que la televisión tendría pronto en la sociedad.

Después de consultar con los obispos y las organizaciones católicas que se trate, el nombre de la Comisión, una vez más cambió, esta vez a la Comisión Pontificia para el Cine, Radio y Televisión, cuyos estatutos fueron aprobados por el Sumo Pontífice el 31 de diciembre de 1954 y publicado en Acta Apostolicae Sedis.

El Colegio de Expertos se amplió considerablemente y se divide en tres secciones: cine, radio y televisión, y grupos de trabajo encargado de preparar el material necesario para la dirección del Papa Pío XII en la película ideal, entregado a las reuniones de ambos de 21 de junio y 28 octubre de 1955, y para su encíclica *Miranda prorsus* en el cine, radio y televisión, publicado el 8 de septiembre de 1957.

Al mismo tiempo, la Pontificia Comisión participó activamente en la preparación e implementación de los congresos católicos, organizados anualmente por la Organización Catholique Internationale du Cinéma (OCIC) y, en el sector de la radio y la televisión, por la Asociación Católica Internacional pour la Radio et la Télévision (UNDA), con el objeto de formar una base permanente para la colaboración y el intercambio de información con los organismos profesionales y los organismos pastorales relativos de los distintos países.

La posición internacional de la pequeña Oficina de la Curia fue tan bien establecido, cuando Juan XXIII accedió al Papado que el nuevo Papa no dudó en dedicar a uno de sus primeros documentos solemnes, el *motu proprio Boni Pastoris*, con la que se agregan la Pontificia Comisión a la Secretaría de Estado e hizo una Oficina permanente de la Santa Sede. Esto tuvo lugar el 22 de febrero de 1959.

Pocos meses después, el 16 de diciembre del mismo año, el Papa instituyó y aprobó los estatutos de la Filmoteca Vaticana, encomendando su gestión a la Comisión Pontificia. No fue una sorpresa, por lo tanto, cuando el 5 de junio de 1960, el *motu proprio Superno Dei Nutu* establecido en la Pontificia Comisión Preparatoria de una Secretaría de Prensa y un mundo de entretenimiento como uno de los doce órganos preparatorios del Concilio Vaticano II.

Fue por la Preparatoria de la Secretaría de trabajo durante los dos años de su existencia para identificar los problemas planteados por la prensa y los medios audiovisuales y, al tiempo que reconoce el carácter individual de cada sector, para



reunir todo este material en un solo estudio que aún dejaría espacio para los desarrollos futuros en el que los diferentes instrumentos de comunicación social, como se les llamaba a partir de entonces, los encontraría su lugar adecuado y recibir la debida atención en la renovada pastoral de la Iglesia.

A pesar de que algunos pueden considerar que el Inter Mirifica, el Decreto del Consejo de promulgada tres años después, el 4 de diciembre de 1963, no va lo suficientemente lejos, que objetivamente hay que reconocer la importancia del hecho de que el Concilio Vaticano II dedicó una atención especial y mucho viendo a este sector.

De Pablo VI al papado deja a la constitución del Comité del Consejo de la Prensa, bajo la dirección del Presidente de la Pontificia Comisión, que se puso a trabajar, con notable éxito, para mejorar las relaciones de inmediato entre el Consejo y en el mundo de las noticias y periodismo.

Sin esperar el final del Concilio, Su Santidad Pablo VI actuó en la votación los padres conciliares "y por su motu proprio En multis fructibus de 02 de abril 1964 transformó la Comisión existente en la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales, responsable de tratar con el todo los problemas planteados por el cine, la radio, la televisión y la prensa diaria y periódica en relación con los intereses de la religión católica.

Además, en los años siguientes, el Santo Padre aprobó el Reglamento para la transmisión audiovisual de ceremonias y lugares directamente bajo la autoridad de la Santa Sede (13 de agosto de 1965), al mismo tiempo, se establece un Servicio de Asistencia audiovisual dentro de la Comisión Pontificia, y más tarde se promulgó el Reglamento de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, también dentro de la competencia de la Comisión, bajo la dirección de Mons. Fausto Vallainc, ex Director de la oficina de prensa del Vaticano II. En vista del aumento de las actividades de la Comisión, el Papa Pablo VI también creyó oportuno nombrar a un vicepresidente en la persona de Mons. Agostino Ferrari Toniolo (23 de abril de 1969). La Pontificia Comisión adoptó el carácter de una Oficina de post-Consejo, integrado por miembros ad quinquenio escogidos de entre los cardenales y obispos, presidentes de las comisiones nacionales para la comunicación social, y de 36 Consultores eclesiásticos y laicos, elegidos por el mismo período de entre los usuarios profesionales y pastorales de los medios de comunicación.

Los presidentes de las tres organizaciones católicas internacionales para el cine, por radio y televisión, y para la prensa-OCIC, UNDA, UCIP (Unión Católica Internacional de la Prensa) se convirtieron en miembros DURANTE munere.

Su Santidad hizo un punto de estar presente en persona en la primera Asamblea Plenaria de la Comisión recientemente organizada, realizó una visita a su sede, ahora ampliado y reformado, el 28 de septiembre de 1964, y en los años siguientes dio a

audiencias especiales a los participantes en las sesiones plenarias , que se convirtió en el punto focal de las actividades apostólicas en las comunicaciones sociales.

La primera tarea de la Comisión posterior a la del Consejo fue preparar una Instrucción Pastoral, de conformidad con el Decreto del Consejo, lo que se hizo cargo de seis años de trabajo que culminó en la promulgación de la *Communio et progressio*, el 23 de mayo de 1971.

Mientras tanto, el 7 de enero del año anterior Mons. Andrea M. Deskur había sido nombrado Secretario de la Pontificia Comisión, mientras que el padre Romeo Panciroli, MCCI, ex funcionario de la Comisión, se hizo el subsecretario. Una vez que el decreto fue promulgado, la Comisión se puso a trabajar para poner en práctica las directrices de la nueva Instrucción Pastoral, bajo la dirección de su nuevo presidente, el arzobispo Edward Heston, quien el 08 de septiembre 1971 logró Mons. O'Connor, este último nombrado Presidente Emérito, después de haber dirigido incansablemente por no menos de 21 años.

Al mismo tiempo, el arzobispo Ferrari Toniolo fue designado representante de la Santa Sede ante la Organización para la Alimentación y la Agricultura de las Naciones Unidas (FAO). Un programa de contactos personales con los centros de producción más importantes de noticias y entretenimiento para los medios de comunicación se sintió inmediatamente atraído hacia arriba, mientras que las conferencias episcopales de los distintos continentes fueron invitados a preparar, a nivel local, nacional y continental, y en colaboración con la Pontificia Comisión, un estudio en profundidad de su situación en el campo de la comunicación social y un programa de prioridades para el futuro, para ser elaboradas en las reuniones pertinentes regionales y continentales. América Latina fue la primera en lanzar un programa, en 1972, seguida por África en 1973 y Asia en 1974.

En una escala más vasta, en todo el mundo católico y en muchos ambientes no católicos mucho trabajo se llevó a cabo a través de las Jornadas Mundiales de Comunicaciones, que se celebra anualmente desde 1967 y dedicada a temas de estudio.

El 12 de abril de 1972, el profesor Federico Alessandrini, ex Vice-Director del "L'Osservatore Romano", se convirtió en jefe de la oficina de prensa del Vaticano. El 02 de mayo 1973 el arzobispo Heston murió repentinamente en el curso de un viaje de trabajo y fue sucedido como Presidente de la Comisión por mons. Andrea M. Deskur en el siguiente 24 de septiembre.

Al mismo tiempo, el padre Romeo Panciroli P. Karlheinz Hoffmann, SJ fueron nombrados Secretario y Subsecretario, respectivamente, y el 25 de septiembre el padre Antonio Stefanizzi SJ fue nombrado Asesor Técnico de la Presidencia, mientras que el Rev. Mounghed El Hachem se convirtió en delegado a cargo de la película del Vaticano Biblioteca. El 17 de junio de 1974, el presidente, mons. Deskur, fue elegido

obispo titular de Tene y fue ordenado sacerdote por Pablo VI aproximadamente dos semanas después, el 30 de junio.

La celebración del Año Santo 1975 y la difusión fiel, inmediata y en todo el mundo de la palabra de la reconciliación y la renovación que el Santo Padre había escogido para ser el tema del Jubileo trajo más trabajo para la Comisión, que fue responsable de la organización y supervisión de la transmisión de eventos a través de la televisión por satélite. Por primera vez en la historia de la ceremonia de la apertura de la Puerta Santa, no sólo por unos pocos miles de afortunados peregrinos, sino por millones de personas, incluidos muchos de los rincones más remotos de la tierra.

La Comisión ha desempeñado un papel importante en la coordinación y la financiación de estas emisiones, con la colaboración de las Representaciones Pontificias (coordinación), la generosidad de los Caballeros de Colón (la financiación), y la asistencia técnica de la RAI-Radiotelevisión Italiana (la radio italiana y la cadena de televisión) y de Telespazio (empresa de comunicaciones por satélite).

Televisión de todo el mundo es hoy una realidad consolidada: cada año hay transmisiones globales de la misa de medianoche de la Navidad, el mensaje del Papa y el "Urbi et Orbi" bendición 25 de diciembre, el Vía Crucis en el Coliseo el Viernes Santo y la Santa Misa, el mensaje del Papa y el "Urbi et Orbi" bendición el Domingo de Pascua. Además mundoenlace de televisión-ups también se efectúa en otras ocasiones de especial importancia o excepcional para la vida de la Iglesia.

Alrededor de 70 países de los cinco continentes están conectados todos los años.

El 3 de junio de 1976, el Rev. P. Panciroli fue nombrado Directora interina de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, con el reverendo Don Pierfranco Pastore, redactor en jefe del programa de Radio Vaticano "Cuatro Voces" y consultor de la RAI en los programas religiosos, como su asistente. El 05 de septiembre 1977 Padre Panciroli fue confirmado como director de la oficina de prensa del Vaticano, mientras que conserva su puesto actual como secretario de la Pontificia Comisión, y al mismo tiempo, Don Pierfranco Pastore se hizo oficialmente el Subdirector.

En 1978 la oficina de prensa del Vaticano y el Servicio Audiovisual de la Comisión fueron llamados para hacer frente a no menos de cuatro acontecimientos excepcionales: la muerte del Papa Pablo VI, la elevación al papado del cardenal Albino Luciani (Juan Pablo I), la muerte de El Papa Juan Pablo I sólo 33 días después de su elección, y la posterior elección como Papa del cardenal Karol Wojtyla (Juan Pablo II), polaco, bien conocido por la Pontificia Comisión a través de su amistad con el presidente, el obispo Deskur.

Tanto Juan Pablo I y Juan Pablo II, pocos días después de su elección, fueron a expresar su profundo agradecimiento de los medios de comunicación, y se ha concedido audiencia a los reporteros y periodistas de radio y televisión. El 25 de febrero 1980 el Papa Juan Pablo II, después de haber elevado el reverendo Andrew Agnellus OFM al obispado titular de Numa, nombrado el nuevo Obispo como Vice-

Presidente de la Comisión, para trabajar junto con el obispo Deskur, el Presidente, que había sufrido un derrame cerebral en octubre de 1978 y estaba mal de salud. Obispo Andrés, que había sido Presidente de la UNDA, puso su vasto conocimiento de los problemas inherentes a la comunicación social al servicio de la Comisión.

Él iba a renunciar en la segunda mitad de 1983, al llegar a la edad de jubilación. Cada año que pasa, las tareas de la Comisión Pontificia multiplican a medida que, a pesar de la escasez de personal y recursos limitados, se enfrenta a la necesidad cada vez mayor de estudios, informes y otras empresas, si se trata de mantenerse al día con el vertiginoso desarrollo de los medios de comunicación en el mundo.

De hecho, la tecnología, especialmente en la electrónica y las comunicaciones, está avanzando a pasos agigantados, desafiando a sus usuarios con innumerables problemas de la investigación, la planificación y la acción apropiada. Mons. John P. Foley, el nuevo presidente, nombrado el 9 de abril de 1984 y nombrado arzobispo titular de la Neapolis en Proconsolare en la misma fecha, estaba listo para recoger el guante. (Obispo Deskur fue nombrado Presidente Emérito y elevado a arzobispo.)

Mons. Foley inspirado en la Oficina con nueva energía, proponiendo nuevos medios técnicos y nuevos desarrollos pastorales, ayudados en su tarea por el nuevo secretario, mons. Pierfranco Pastore, nombrado para el cargo el 4 de diciembre de 1984. Al mismo tiempo, el Papa designó al Dr. Joaquín Navarro como Director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, con Mons. Giulio Nicolini como Vice-Director, mientras que el Arzobispo Romeo Panciroli, quien el 6 de noviembre de 1984 había sido nombrado arzobispo titular de Noba, se convirtió en nuncio apostólico a Liberia.

En la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión en marzo de 1985, de conformidad con los estatutos de la Filmoteca Vaticana, monseñor. Enrique Planas fue designado Delegado Oficial de la Biblioteca, cargo que estaba vacante desde 1980. Más tarde ese año, durante el transcurso de la reunión del Comité Ejecutivo de la Federación Internacional de Archivos Fílmicos, que se celebró en Londres a principios de octubre, la Filmoteca Vaticana fue admitido en la organización como miembro observador a la espera de la plena adhesión de cumplimiento de las condiciones necesarias. Este fue finalmente concedida el 26 de abril de 1997. El Consistorio de 25 de mayo de 1985 fue una ocasión de alegría particular para la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales, pues en esa fecha, el Presidente Emérito, Mons.

Deskur, fue creado Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Una colaboración estrecha y continua siempre ha vinculado la Pontificia Comisión, con muchos de los Dicasterios de la Curia Romana. La presentación al mundo de la información contenida en los documentos del Magisterio Pontificio y de algunos de los actos más importantes de las Congregaciones y Oficinas a menudo se dedican a la Comisión, en particular, en una tarea tan delicada, tan esperado y nada fácil. Entre los frutos de esta colaboración la emisión de dos documentos estrechamente relacionados con el sector de las comunicaciones sociales deben ser mencionados: Guía para la formación de los

futuros sacerdotes sobre los instrumentos de comunicación social, publicados por la Congregación para la Educación Católica el 19 de marzo de 1986, e Instrucción sobre algunos aspectos de la utilización de los medios de comunicación social en la promoción de la Doctrina de la Fe, publicado por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 30 de marzo de 1992.

Con la Constitución Apostólica Pastor Bonus promulgado por el Papa Juan Pablo II en el Consistorio de 28 de junio de 1988, la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales se convirtió en el 1º de marzo de 1989 el Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, y, como tal, una oficina de la Curia Romana en la por derecho propio.

De conformidad con el artículo 169 de la Constitución Apostólica antes mencionado, la Oficina "se ocupará de las cuestiones relativas a los medios de comunicación social, de modo que también por estos medios, el mensaje de salvación y el progreso humano puede servir al crecimiento de la civilización y la moralidad". La Constitución Apostólica establece que "en el desempeño de sus funciones, el Pontificio Consejo procederá en estrecha colaboración con la Secretaría de Estado".

Al mismo tiempo, la Oficina de Prensa de la Santa Sede se convierte en "la oficina especial" en virtud de la Sección Primera de la Secretaría de Estado para la publicación y distribución de "comunicaciones oficiales, tanto relativos a los actos del Sumo Pontífice y las actividades de la Santa Sede".

En 1989, en el 25º aniversario de la promulgación de la Decreto Conciliar Inter Mirifica, el Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales publicó dos importantes documentos: la pornografía y la violencia en los medios de comunicación: una respuesta pastoral (7 de mayo de 1987), y criterios para ecuménico y la cooperación interreligiosa en las comunicaciones (14 de octubre de 1989).

Ambos documentos son el fruto de aproximadamente tres años de trabajo que participan los miembros, consultores y expertos de la Oficina. Tras la partida del P. Karlheinz Hoffmann, a quien los superiores de la Compañía de Jesús había designado para un nuevo ministerio pastoral en Alemania, el Sr. Hans-Peter R "thlin, Portavoz de la Conferencia Episcopal Suiza y Consultor del Consejo Pontificio, fue nominado el subsecretario, el 21 de mayo de 1991.

En 1987, en vista de las nuevas condiciones tecnológicas en el campo de las comunicaciones sociales, el Consejo pontificio había propuesto a la Asamblea Plenaria que un eventual suplemento a *Communio et Progressio*, sobre la base de las respuestas a un cuestionario que ya había sido distribuido a los las Conferencias Episcopales en 1986. Como resultado, cinco años después, 02 de febrero 1992 vio la publicación de la Instrucción Pastoral *Aetatis Novae* de las Comunicaciones Sociales, sobre el 20 aniversario de *Communio et progressio*.

El 3 de diciembre de 1994, el Secretario del Consejo, Mons. Pastore, fue elegido obispo titular de Forontoniana y fue ordenado sacerdote por Juan Pablo II el 6 de

enero de 1995. En 1995-96, como una contribución a la celebración del 100<sup>o</sup> aniversario de la invención de la película, el Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales y la Fílmoteca Vaticana crearon un grupo ad hoc del Comité Organizador para responder a las demandas de una investigación más a fondo en el papel del cine como una influencia sobre los valores, en el umbral del siglo 21.

La documentación preparada por el Comité fue enviada a todas las conferencias episcopales del mundo, que se ocuparon de difundir las propuestas y los programas que figuran en los lugares apropiados. Dado que uno de los aspectos más importantes de la comunicación social es la publicidad, con su poder de la persuasión y la frecuencia de la presión psicológica, el Pontificio Consejo había propuesto a la Plenaria Asamblea de que un documento pastoral que para tratar el tema de la manera más adecuada.

Después de tres años de preparación que implican los Miembros, Consultores, Expertos y las conferencias episcopales de los numerosos, la Ética en la Publicidad documento titulado se publicó el 22 de febrero de 1997, provocando una impresión muy favorable para la seriedad, la sencillez y la moderación con que se había manejado el tema.

El resumen anterior sólo se pretende recordar a los lectores de las actividades cotidianas de relevancia internacional que la Oficina de la Santa Sede para las Comunicaciones Sociales ha llevado a cabo durante los cincuenta años de su existencia.

El Pontificio Consejo es consciente de que todos los que trabajan en el periodismo, radio, televisión, películas y todo el sistema de la informática, que escuchan con honestidad a la voz de su conciencia y sinceramente aspiran a fomentar el progreso de su arte, sabemos lo difícil que está en medio de los condicionamientos de la vida cotidiana para mantener la fe en su verdadera vocación como comunicadores de la verdad y la bondad.

Los católicos, por otra parte, a menudo deben hacer frente a la falta de medios materiales que, por mucho que lo deseen, obstaculiza su hacer una contribución a la difusión de la información libre. Consciente de la dimensión espiritual y de espectáculos públicos de calidad que muestra la fe en el mejoramiento de las personas individuales y de la sociedad y estimulante que trabajar por ello. A todos ellos, ya que acerca el año 2000, la Oficina desea ofrecer su asistencia y poner a disposición de todos los que lo pidan el apoyo de su pleno compromiso pastoral y profesional.

## HISTORIA DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL

La Jornada Mundial de la Comunicación Social se viene celebrando en la Iglesia desde 1967 y fue instituida por expresa voluntad del Concilio Vaticano II (Cfr. Inter Mirífica, Art. 18; Instrucción Pastoral Comunión y Progreso Nos. 100 y 167).

### OBJETIVOS:

Tres fueron los objetivos, fijados por el Concilio Vaticano II para esta Jornada y un cuarto por la Instrucción Pastoral Comunión y Progreso:

1. La Formación de las conciencias frente a las responsabilidades que incumben a cada individuo, grupo o sociedad, como usuarios de estos medios.
2. La invitación dirigida a los creyentes, a rezar para que dichos medios sean empleados conforme al diseño de Dios sobre la humanidad.
3. El estímulo dado a los católicos para sostener, con su generosidad, en un gesto de solidaridad de toda la comunidad eclesial, los gastos que exige el empleo de los medios de comunicación social en la Evangelización y en el progreso de los pueblos. (La colecta de esta Jornada, ha sido la única que creó y recomendó el Concilio Vaticano II)
4. Poner de relieve el papel de quienes trabajan en este sector. (Comunión y Progreso n.167).

### TEMAS DE LA JORNADA

Los Papas Pablo VI y Juan Pablo II, se han valido de estas Jornadas para manifestar su pensamiento al respecto, mediante Mensajes que han enviado para cada una de ellas. Los temas tratados hasta el momento han sido los siguientes:

#### PABLO VI

- 1967: La transformación socio-política del mundo y los medios de comunicación social.
- 1968: Los medios de comunicación para el desarrollo de los pueblos. 1969: La incidencia en la familia de los medios de comunicación social. 1970: Las expectativas de los jóvenes y los medios de comunicación social en el año mundial de la educación.
- 1971: Los medios de comunicación social, camino privilegiado de la comunión entre los hombres.
- 1972: Los medios de comunicación social al servicio de la verdad.

- 1973: Los medios de comunicación social para la afirmación y promoción de los valores espirituales.
- 1974: La evangelización del mundo contemporáneo y los medios de comunicación social.
- 1975: Los medios de comunicación social y la reconciliación de los hombres
- 1976: Los medios de comunicación social ante los derechos y deberes fundamentales del hombre.
- 1977: La publicidad en la comunicación social y la reconciliación de los hombres.
- 1978: El hombre como receptor de las comunicaciones sociales: esperanzas, derechos, deberes.
- 1979: Las comunicaciones sociales por la tutela y promoción de la infancia en la familia y en la sociedad.
- 1980: Función de las comunicaciones sociales y deberes de la familia. 1981: Las comunicaciones sociales al servicio de la libertad responsable del hombre.

## **JUAN PABLO II**

- 1982: Las comunicaciones sociales y los problemas de la tercera edad. 1983: Los comunicadores sociales servidores de la paz
- 1984: Las comunicaciones sociales para una formación cristiana de la juventud.
- 1985: Las comunicaciones sociales para una promoción cristiana de la juventud.
- 1986: La formación de la opinión pública en sentido crítico.
- 1987: Las comunicaciones sociales al servicio de la justicia y de la paz. 1988: Promoción de la solidaridad y de la fraternidad entre los hombres y los pueblos.
- 1989: La religión en los “Mass-Media”.
- 1990: El anuncio del evangelio en la actual cultura informática.
- 1991: Los medios de comunicación por la unidad y el progreso de la familia humana.
- 1992: La proclamación del Mensaje de Cristo en los medios de comunicación.
- 1993: Casetes y videocasetes en la formación de la cultura y de la ciencia.
- 1994: Televisión y familia: criterios para saber mirar.
- 1995: Cine, transmisor de cultura y de valores.
- 1996: Los medios de comunicación social: un ámbito moderno para la promoción de la mujer en la sociedad.
- 1997: Anunciamos a Jesucristo Camino, Verdad y Vida.
- 1998: Animados por el Espíritu, comuniquemos la esperanza.
- 1999: Los medios de comunicación: presencia amiga para quien busca al Padre.
- 2000: Anunciar a Cristo en los Medios de Comunicación Social al alba del Tercer Milenio.
- 2001: Proclamar desde los terrados”: el Evangelio en la Era de la Comunicación Global.



- 2002: Internet: un nuevo foro para la proclamación del Evangelio.
- 2003: Los medios de comunicación social al servicio de la auténtica paz a la luz de la "Pacem in terris.
- 2004: Los medios en la familia: un riesgo y una riqueza.
- 2005: Los medios de comunicación al servicio del entendimiento entre los pueblos.

## **BENEDICTO XVI**

- 2006: Los medios: red de comunicación, comunión y cooperación.
- 2007: Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación.
- 2008: Los medios: en la encrucijada entre protagonismo y servicio. Buscar la Verdad para compartirla.
- 2009: Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo y amistad.
- 2010: El Sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios al servicio de la Palabra
- 2011: Verdad, anuncio y autenticidad de vida en la era digital.
- 2012: Silencio y Palabra: camino de evangelización

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA I JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **"Los medios de comunicación social"**

[Domingo 7 de mayo de 1967]

Nos dirigimos a vosotros, hermanos e hijos dilectísimos, ante la inminencia de la "Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales", que se celebrará por primera vez el domingo 7 de mayo.

Con esta iniciativa, propuesta por el Concilio Ecuménico Vaticano II, la Iglesia, que "se siente íntimamente solidaria con el género humano y con su historia" (Constitución Pastoral sobre La Iglesia en el Mundo contemporáneo, proemio), desea llamar la atención de sus hijos y de todos los hombres de buena voluntad sobre el vasto y complejo fenómeno de los modernos instrumentos de comunicación social, tales como la prensa, el cine, la radio y la televisión, que constituyen una de las notas más características de la civilización de hoy.

Gracias a estas técnicas maravillosas, la convivencia humana ha adquirido nuevas dimensiones; el tiempo y el espacio han sido superados, y el hombre se ha convertido en ciudadano del mundo, copartícipe y testigo de los acontecimientos más remotos y de las vicisitudes de toda la humanidad. Como ha dicho el Concilio, "podemos hablar de una verdadera transformación social y cultural que tiene también sus reflejos sobre la vida religiosa" (Ibid. - Introducción); y a esta transformación han contribuido eficazmente y en ciertas ocasiones en forma determinante, los instrumentos de comunicación social, mientras se esperan nuevos desarrollos sorprendentes, tales como la próxima conexión en mundovisión de las estaciones emisoras de televisión, mediante los satélites artificiales.

En todo esto vemos perfilarse y realizarse un admirable designio de la providencia de Dios, que abre constantemente nuevas vías al ingenio humano para su perfeccionamiento y para el logro del fin último del hombre.

Debe ser, por lo tanto, muy apreciada en su justo valor la contribución que la prensa, el cine, la radio, la televisión y los demás instrumentos de comunicación social ofrecen para el incremento de la cultura, la divulgación de las expresiones artísticas, la distensión de los ánimos, el mutuo conocimiento y comprensión entre los pueblos, y también la difusión del mensaje evangélico.

Pero si bien la grandiosidad del fenómeno, que involucra ya a cada uno de los individuos y a toda la comunidad humana, constituye un motivo de admiración y de complacencia, sin embargo también ofrece motivos de preocupación y de temores. En efecto, al mismo tiempo que estos instrumentos, destinados por su naturaleza a difundir el pensamiento, la palabra, la imagen, la información y la publicidad, influyen sobre la opinión pública y, por consiguiente, sobre el modo de pensar y actuar de los individuos y los grupos sociales, ejercen también una presión sobre los espíritus que incide profundamente sobre la

mentalidad y la conciencia del hombre, incitado como está por múltiples y opuestas sollicitaciones y casi sumergido en ellas.

¿Quién puede ignorar los peligros y los daños que estos instrumentos, aunque nobles, pueden acarrear a cada uno de los individuos y a la sociedad, si no son utilizados por el hombre con sentido de responsabilidad, con recta intención y de acuerdo con el orden moral objetivo?

Cuanto más grandes, por lo tanto, son la potencia y la eficacia ambivalente de estos medios, tanto más atento y responsable debe ser el uso de los mismos.

Por eso nos dirigimos con sentimientos de estima y de amistad —seguros de interpretar las esperanzas y las ansias de todas las personas rectas— a todos aquellos que dedican ingenio y actividad a este delicado e importante sector de la vida moderna, en el deseo de que el noble servicio que están llamados a ofrecer a sus hermanos, esté siempre a la altura de una misión que los hace intermediarios —y casi maestros y guías— entre la verdad y el público, las realidades del mundo exterior y la intimidad de las conciencias.

Y así como ellos tienen el derecho de no estar condicionados por indebidas presiones ideológicas, políticas, económicas, que limiten la justa y responsable libertad de expresión de los mismos, del mismo modo su diálogo con el público exige el respeto por la dignidad del hombre y de la sociedad. Que todos sus esfuerzos, pues, se dirijan a difundir la verdad en las mentes, la adhesión al bien en los corazones, la acción coherente en las obras; de este modo contribuirán a la elevación de la humanidad y darán un aporte constructivo para la edificación de una sociedad nueva, más libre, más consciente, más responsable, más fraternal, más digna (cf. Pío XII: Discurso a la Unión Europea de Radiodifusión; Discursos y Mensajes radiales, vol. 17, pág. 327).

Pensamos sobre todo en las jóvenes generaciones que buscan, no sin dificultades y a veces con aparentes o reales extravíos, una orientación para sus vidas de hoy y de mañana, y que deben poder decidir, con libertad de espíritu y con sentido de responsabilidad. Impedir o desviar la difícil búsqueda con falsas perspectivas, con ilusiones engañosas, con seducciones degradantes, significaría decepcionarlos en sus justas esperanzas, desorientarlos en sus nobles aspiraciones y mortificar sus impulsos generosos.

Reiteramos, por lo tanto, con ánimo paternal Nuestra acuciante invitación a los beneméritos profesionales del mundo de las comunicaciones sociales —y en modo especial a todos aquellos que se honran con el nombre de cristianos— a que mantengan su "testimonio al servicio de la "Palabra", que en todas sus expresiones creadas debe ser eco fiel de la eterna Palabra increada, del Verbo del Padre, de la Luz de las mentes, de la verdad que tanto nos sublima" (Discurso al Consejo Nacional de la Federación de la Prensa Italiana, 23-6-66; Oss. Rom., ed. castellana, N. 713, pág. 4).

Es necesario, sin embargo, que el empeño de los promotores de la comunicación social se vea correspondido por la colaboración solidaria de todos, dado que aquí se apela a la responsabilidad de todos: de los padres, primeros e insustituibles educadores de sus hijos; de la escuela, que debe enseñar a los alumnos a conocer y comprender el lenguaje de las

técnicas modernas, a valorar sus contenidos y a servirse de ellos con sano criterio, con moderación y autodisciplina; de los jóvenes, llamados a un papel principal en la valoración de estos instrumentos en vista de la propia formación, de la hermandad y de la paz entre los hombres; de los poderes públicos, a quienes corresponde la promoción y la tutela del bien común dentro del respeto de las legítimas libertades. En una palabra, este empeño recae sobre todo el público receptor, que con la ponderada e iluminada elección de las publicaciones cotidianas y periódicas, de los espectáculos, de las transmisiones de radio y televisión, debe contribuir a que la comunicación sea siempre más noble y elevada, es decir, digna de hombres responsables y espiritualmente maduros.

Sumamente útil y digna de aplauso es, por lo tanto, toda iniciativa seria que tienda a formar el juicio crítico del lector y del espectador, y no solamente a hacerle valorar las noticias, ideas, imágenes que se le presentan desde el punto de vista de la técnica, de la estética, del interés despertado, sino además bajo el perfil humano, moral y religioso, con respecto a los valores supremos de la vida.

La Iglesia quiere contribuir también al ordenado desarrollo del mundo de la comunicación; contribución de inspiración, de aliento, de exhortación, de orientación, de colaboración. Por eso el Concilio Ecuménico Vaticano II lo ha considerado como tema de estudio, y tanto el Decreto Conciliar sobre los instrumentos de comunicación social, como la correspondiente Instrucción Pastoral, que actualmente se está preparando, confirman el cuidado material de la Iglesia para la promoción de estos valores humanos que el Cristianismo, al asumirlos en sí, vivifica, ennoblece y orienta en vista al fin supremo del hombre, haciendo de este modo que el admirable progreso técnico se vea correspondido por un verdadero y fecundo progreso espiritual y moral.

Por eso expresamos el voto de que la "Jornada" constituya la ocasión de un reflexivo llamado para un despertar saludable de las conciencias y para un compromiso solidario de todos en pro de una causa de tanta importancia; y exhortamos a Nuestros hijos a realizar una acción generosa, en unidad de oración y de intenciones con sus Pastores y con todos aquellos que quisieran dar su deseada colaboración, para que, con la ayuda de Dios y la intercesión de la Santísima Virgen, se logren los frutos que la celebración de la "Jornada" espera para el bien de la familia humana.

Tales son Nuestros auspicios cordiales, que nos place dirigir en vísperas de la primera Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, al mismo tiempo que invocamos de corazón copiosas bendiciones celestes sobre aquellos que nos escuchan, y sobre aquellos que dedican a este sector su experiencia técnica, su genio intelectual y sus cuidados espirituales.

Vaticano, 1 de mayo de 1967

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA II JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### "La prensa, la radiotelevisión y el cine para el progreso de los pueblos"

1968

Amados hijos y hermanos, y vosotros todos, hombres de buena voluntad:

Al invitarlos a celebrar, juntamente con Nos, la jornada dedicada a los medios de comunicación social, querríamos contribuir a que caigáis mejor en la cuenta del inmenso cambio que se está realizando ante nuestros ojos en este campo y de las graves responsabilidades que de ellos se deducen para todos. Todavía ayer, muchos hombres no disponían, para nutrir sus ideas, más que de un bagaje escolar, más o menos remoto, de tradiciones de familia, de las reacciones del ambiente que les rodeaba. Hoy, en cambio, los ecos de la prensa, del cine, de la radio y de la televisión les abren sin cesar nuevos horizontes y los ponen a tono con la vida del universo entero. ¿Quién no se regocijará de un progreso semejante? ¿Quién no verá en él el camino providencial para la promoción de toda la humanidad? Todas las puertas están abiertas a la esperanza, si el hombre sabe dominar estas técnicas nuevas; pero, en cambio, todo podría estar perdido, si se olvidase de su responsabilidad.

La prensa, el cine, la radio-televisión, ¿servirán o no servirán para el progreso de los pueblos? He ahí la cuestión que Nos planteamos a nuestros hijos católicos y a todas las personas de corazón. Y ante todo, ¿de qué progreso se trata? ¿Del progreso económico? Ciertamente. ¿Del progreso social? Sin duda alguna. Lo hemos dicho ya en Nuestra encíclica "Populorum progressio" y lo repetimos sin cansarnos: el desarrollo, "para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y todo el hombre" (Populorum progressio, n. 14).

La nueva visión del universo, que el hombre adquiere gracias a los medios de comunicación social, quedará en él como una cosa extraña o inútil, si al mismo tiempo no le procura los medios para iluminar su juicio -sin orgullo ni complejos- sobre las riquezas y las deficiencias de su civilización, para descubrir, sin suficiencia ni amargura, las de los demás, para tomar en sus manos, con confianza, su propio destino, para construirlo en fraternal colaboración con sus hermanos, y finalmente, para llegar a comprender que "no hay más que un humanismo verdadero, el que se abre al Absoluto" (Populorum progressio, n. 42).

¿Es precisamente esta toma de conciencia, esta apertura, la que favorece el torrente de palabras, de artículos y de imágenes que se vierten a diario sobre el mundo? Este es el problema que querríamos plantear a todos los responsables de la prensa, la radio, el cine y la televisión, deseosos de trabajar generosamente al servicio de sus hermanos, los hombres. Tan peligroso sería fomentar en un pueblo el espíritu de suficiencia y exacerbar su nacionalismo cerrado, como es conveniente ayudarle a descubrir, con legítimo orgullo, los

talentos materiales, intelectuales y espirituales con que el Creador le ha dotado, para que él los valore, con provecho de toda la comunidad de los pueblos.

Tan engañoso sería mantener una oposición sistemática y un espíritu de crítica corrosivo y destructor, dejando creer así que la revolución violenta sería la panacea universal capaz de hacer desaparecer todas las injusticias, como es conveniente abrir los ojos de los que tienen la responsabilidad sobre las situaciones intolerables, denunciar los abusos que claman al cielo, orientar la opinión hacia las "transformaciones audaces, profundamente innovadoras, reformas urgentes que hay que emprender sin demora" (Populorum progressio, n. 32).

En un mundo, donde a tantos hombres les falta lo necesario, de pan, de saber, de luz espiritual, sería grave utilizar los medios de comunicación social para reforzar los egoísmos personales y colectivos, para suscitar, en los que ya poseen bastante, nuevas y falsas necesidades, fomentar su sed de placeres, multiplicar sus ocios estériles y enervantes. Superada esta tentación, se les ofrece una empresa capaz de suscitar todos los entusiasmos: hay mucho que hacer para dar respuesta a una humanidad agobiada, para poner de relieve, al mismo tiempo, los esfuerzos de cooperación, los gestos de ayuda y las iniciativas pacíficas, suscitando también una sana emulación portadora de esperanza.

¿Quién no ve, en este juego dramático de que es objeto nuestro mundo, la importancia de los medios de comunicación social, para ayudar al "verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas?" (Populorum progressio, n. 20).

Los cristianos, por su parte, no deberían olvidar que esta fraternidad que los une a los demás hombres, tiene como raíz una misma filiación divina. El Dios vivo, fuente y término de los valores supremos, es al mismo tiempo su garantía. A todos, a nuestros hijos católicos en particular, les pedimos que hagan todo lo posible para que los medios de comunicación social, en un mundo que busca como a tientas la luz capaz de salvarlo, proclamen a la luz del día (cf. Mt 10, 27) el mensaje de Cristo salvador, "camino, verdad y vida" (Jn, 14, 6). Aportarán así su contribución insustituible a este progreso de los pueblos que Nos anhelamos, juntamente con todos los hombres de buena voluntad, y por el que tenemos propósito de trabajar con todas nuestras fuerzas: "El porvenir está ahí, en el llamamiento imperioso de los pueblos a una mayor justicia, en su voluntad de paz, en su anhelo, consciente o inconsciente, de una vida más alta; aquélla que precisamente la Iglesia de Cristo puede y quiere darles" (introducción a los Mensajes del Concilio al mundo, 8 de diciembre de 1965).

Este es el futuro que os invitamos a construir generosamente. Y, con estos sentimientos, de todo corazón os bendecimos.

El Vaticano, 26 de marzo de 1968.

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA III JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Comunicaciones sociales y familia**

1969

Queridos Hijos y Hermanos, y vosotros todos, hombres de buena voluntad.

La celebración de la tercera "Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales" sobre el tema "Comunicaciones sociales y familia", nos ofrece una ocasión, que acogemos con gozo, como lo hemos hecho en Jornadas precedentes, de invitar a una reflexión positiva y fecunda sobre este tema a cuantos de alguna manera están interesados en él. ¿Quién podría decir hoy que no le afecta un fenómeno tan universal como la expansión creciente de la prensa, de la radio, del cine y de la televisión, y que no le alcanza la prodigiosa influencia que ejerce en el seno de las familias?

#### **Importancia e influencia en el mundo actual**

Ya desde el comienzo se impone una comprobación: estos instrumentos de comunicación social penetran ahora hasta el corazón de la intimidad familiar, imponen sus horarios, hacen modificar las costumbres, proporcionan abundantes temas de conversación y discusión, y, sobre todo, influyen en la psicología de quienes los utilizan, a veces profundamente, tanto en el aspecto afectivo e intelectual, como en el campo moral y hasta religioso. Puede decirse que no hay ya noticia o problema que no llegue al centro mismo de la vida familiar, sea por medio de los impresos, sea por el sonido o la imagen, y que no influya por este medio en la conducta de cada uno, suscitando las reacciones más diversas.

Las ventajas de esta situación nueva son innegables. No hay duda de que se estimula la evolución intelectual de los jóvenes, que su patrimonio cultural se enriquece, que su espíritu y su corazón se abren más fácilmente a los grandes problemas de la comunidad humana, la paz, la justicia y el desarrollo. Pero es igualmente evidente que la fuerza de persuasión de estos medios nuevos se puede ejercer para bien o para mal; además de que por otra parte, el abuso aun simplemente cuantitativo de los programas audiovisuales, puede llegar a perjudicar los valores de la vida de familia y producir el aislamiento de las personas en vez de la unión.

Por ello, es menester enseñar a las almas el uso inteligente de estas fuentes de enriquecimiento cultural, enseñanza que constituirá un nuevo capítulo a añadir en la tarea tradicional de los educadores. Ha llegado la hora de que la familia proceda a su "aggiornamento" en este punto y de que, con la indispensable colaboración de los educadores, se preocupe cada vez más de educar las conciencias a fin de que sepan emitir juicios personales, serenos y objetivos, que les lleven a aceptar o rechazar unos u otros de los programas ofrecidos.

## **Instrumentos de comunicación social y familia**

Pero no basta esta labor educativa. Es preciso, además, establecer un diálogo permanente entre las familias y los responsables de los medios de comunicación social. Las familias deben, sí, dar a conocer sus deseos y sus críticas, pero también al mismo tiempo, han de mostrar comprensión hacia quienes les proporcionan diariamente elementos de cultura o de diversión, muchas veces a costa de grandes fatigas.

A su vez los productores deben conocer y respetar las exigencias de la familia. Esto supone en ellos a veces una gran valentía y siempre un hondo sentido de responsabilidad. En efecto, deben oponerse por un lado a cuanto pueda herir a la familia en su existencia, su estabilidad, su equilibrio y su felicidad, ya que todo atentado a los valores fundamentales de la familia, se trate de erotismo o de violencia, de apología del divorcio o de actitudes antisociales de los jóvenes, constituye un atentado asimismo al verdadero bien del hombre y de la sociedad. Les incumbe igualmente la difícil tarea de educar al público a fin de que conozca, aprecie y ame los valores, frecuentemente ignorados o menospreciados, que constituyen la fuerza y la gloria de una sociedad, es decir, el don de sí a un gran ideal, el sentido de sacrificio, el heroísmo oscuro de los deberes cotidianos.

Invitamos a todas las familias a colaborar con las asociaciones que, en un diálogo continuado, dan a conocer a los responsables de la comunicación social, sus aspiraciones y justas exigencias. Ojalá esta Jornada Mundial señale el comienzo del diálogo fecundo y constructivo, anuncio de un porvenir más sereno en este sector tan atormentado de la vida moderna.

## **Presencia cristiana en las comunicaciones sociales**

Finalmente, también es preciso afrontar el problema de la presencia de los cristianos en las profesiones que alimentan la comunicación social. Si hay un sector de la vida moderna donde esta presencia se muestra particularmente necesaria y deseable, es precisamente éste. Conviene que las familias no se dejen detener por el temor que pudiera inspirarles el acceso de uno de los suyos a dichas profesiones. El mal, que con frecuencia levanta más ruido que el bien, no está ligado a unas profesiones más que a otras. Gracias a Dios, en el mundo de las comunicaciones sociales, como en otras partes, florecen ejemplos luminosos de vida moral, personal y familiar, y no faltan periodistas, actores, profesionales del cine, que viven su fe en Dios en el ejercicio sereno y concienzudo de su profesión.

La historia del cristianismo nos enseña también que la fuerza de la levadura evangélica no sólo no disminuye en proporción a las dificultades que le presenta el ambiente, sino que más bien crece y se desarrolla vivificándolo y transformándolo. Se debe animar a jóvenes de sólida formación moral y religiosa y animados de un auténtico ideal, a actuar en las diversas actividades de las comunicaciones sociales.

Hay que ser realistas y prever que lejos de disminuir, la influencia de las nuevas técnicas irá en aumento en la sociedad de mañana. Por ello se debe poner todo empeño a fin de que dicha influencia se ejerza de modo positivo en el seno de las familias. En ocasión de esta Jornada, anhelamos que nuestra voz llegue a todos los países, para animar a los buenos



obreros de las comunicaciones sociales y a todos los que procuran encaminarlas al bien de las familias y contribuir así a asegurar un porvenir feliz a toda la gran familia humana.

Vaticano, 7 de abril de 1969.  
PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA IV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Las comunicaciones sociales y la juventud**

1970

Queridos hermanos e hijos, vosotros todos, hombres de buena voluntad, vosotros, sobre todo, jóvenes del mundo entero:

La Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales se centra este año en un tema que ciertamente os preocupa en gran manera: «Las comunicaciones sociales y la juventud». En efecto, ¿quién no es consciente de la inmensa responsabilidad que incumbe a todos y a cada uno de nosotros, ante la historia y ante Dios, de aprovechar las posibilidades extraordinarias que estos medios nos proporcionan para ayudar a los jóvenes a informarse, a formarse, a descubrir los problemas reales del mundo, a perseguir los valores auténticos de la vida, a asumir con plenitud su vocación de hombres y de cristianos?

En verdad acuciantes son las preguntas que se plantean a todos los hombres de buena voluntad, a las organizaciones privadas, nacionales o internacionales, y también a la Iglesia: Adultos, ¿cómo serán los jóvenes del mañana en este universo que vosotros hoy les preparáis? Jóvenes, ¿qué sociedad vais a realizar cuando os toque tener en las manos los destinos del mundo?

Hermanos e hijos, a todos queremos decir, urgidos por la conciencia de nuestra responsabilidad pastoral: el mañana será como lo habremos preparado hoy, con la ayuda de Dios.

¿Es necesario, pues, recordar una vez más que el fenómeno cobra cada día mayor amplitud? La prensa, la radio, la televisión, tienden a neutralizar e incluso a suplantarse cuanto las generaciones de ayer transmitían a sus herederos valiéndose de los medios tradicionales de la cultura: el trato familiar, la acción educadora de la escuela y de la parroquia, la enseñanza de los maestros y educadores. Hoy entran en juego nuevas fuentes del saber y de la cultura que por su ingente poder de penetración, alcanzan con su impacto tanto la sensibilidad como la inteligencia, con todo el cortejo de disonancias imaginativas e ideológicas provocadas por las imágenes sonoras y visuales.

Maravillosos medios de apertura, de contacto, de comunicación, de participación, ciertamente. A condición, claro está, de que no se olvide su carácter de medios al servicio de un fin, el único fin digno de este nombre: el servicio del hombre de todos los hombres y de todo el hombre (cf. *Populorum Progressio*, n. 14). Pero, al contrario, como acontece con demasiada frecuencia, manejados por una industria que se convierte en su propio fin, degeneran en instrumentos de explotación sobre todo de los jóvenes y de los niños, consumidores fáciles de arrastrar por las pendientes del erotismo y de la violencia, o por los caminos tortuosos de la incertidumbre, la ansiedad y la angustia. Ojalá que todas las

personas honradas se aunaran para lanzar un grito de alarma y se pusiera fin a empresas que fuerza es cualificar de corruptoras.

Así pues, ¿quién no capta la urgencia de utilizar de tal manera los medios de comunicación y su lenguaje emocional, a través del sonido, de la imagen del color y del movimiento, que sean en verdad los canales modernos de intercambios humanos, capaces de responder a la expectación de la juventud?

¡Qué gran fortuna esta abundancia de alimento, si es sano, si el organismo está preparado para recibirlo, si puede incluso asimilarlo sin intoxicarse! Maravillosa posibilidad, ciertamente, para tantos jóvenes el poder encontrar una distracción de calidad, adquirir una amplia información y, para algunos, recibir una primera formación a la lectura y a la escritura, -queremos recordarlo especialmente en este Año Mundial de la Educación, proclamado por las Naciones Unidas en el umbral del segundo decenio para el desarrollo-, acceder a una cultura selecta, saborear los auténticos valores de la fraternidad, de la paz, de la justicia, del bien común.

Tarea en verdad apasionante la de quienes manejan estos medios gigantescos, el ponerlos al servicio de los jóvenes. Pero, ¿de qué servirá todo ello si los padres y los educadores no ayudan a los jóvenes a elegir, a juzgar, a asimilar lo que se les propone, y así ser capaces de formarse como hombres y como cristianos cabales? De no ser así, los jóvenes corren el riesgo de permanecer pasivos, fascinados, por así decirlo, ante aquellas poderosas sollicitaciones, traídos y llevados por deseos encontrados e incapaces de domeñarlos con carácter.

Finalmente, ¿quién sabrá presentar a los jóvenes el mensaje de vida auténtica, leal y valiente, que ellos esperan quizá inconscientemente? Centenares de millones de hombres se han entusiasmado al unísono ante las sorprendentes imágenes de los primeros pasos del hombre sobre la luna. ¿Quién será capaz de unirlos en el mismo fervor alrededor del Dios de amor que vino a caminar con paso de hombre en nuestra tierra, para «llamarnos a todos a participar como hijos en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres» (cf. *Populorum Progressio*, n. 21)?

Quisiéramos paternalmente alentar y estimular a todos los que en gran número, lo sabemos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, se emplean con ardor en buscar, a través de los «mass-media», un nuevo lenguaje para anunciar a los jóvenes esta buena nueva, que sigue siendo siempre una nueva sorprendente. ¿Quién podría dudar de que, en efecto, los jóvenes de hoy esperan este anuncio, tienen sed de este testimonio, y saben reconocer, también ellos, con gozo profundo al que es, en Sí mismo, la respuesta a sus interrogantes más radicales y desconcertantes, El que «se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención» (1 Cor, 1, 30)?

«Jóvenes, buscad a Cristo para manteneros jóvenes» (San Agustín, *Ad fratres in eremo*, serm. XLIV). He aquí lo que anhelamos para vosotros y lo que os pedimos.

Aprovechar todos, padres y educadores, productores, realizadores y usuarios de la prensa, la radio, el cine y la televisión esta Jornada Mundial de los Medios de Comunicación Social

para una reflexión provechosa y para tomar resoluciones fecundas, en orden al mayor bien de la juventud.

Con la confianza de que así lo haréis, os enviamos a todos nuestra afectuosa bendición apostólica.

Vaticano, 6 de abril de 1970.

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA V JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Los medios de comunicación social al servicio de la unidad de los hombres**

1971

Queridos hermanos e hijos y todos vosotros, hombres de buena voluntad:

"Los medios de comunicación social, al servicio de la unidad de los hombres": éste es el objetivo que la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales propone este año a vuestra reflexión, a vuestro estudio, a vuestros encuentros, a vuestra oración, a vuestra acción.

¿Quién no desearía, de todo corazón, ver fomentada con más eficacia la unidad de la familia humana? Los hombres, ¿no han tomado conciencia de la solidaridad que los une, tanto en la vida diaria como en los momentos excepcionales, de cara a las proezas científicas como a las calamidades naturales? Los hombres parecen decididos a ensanchar, a toda costa y sin cesar, los círculos en que se anudan colaboraciones fecundas y pacíficas, en los distintos planos: económico y social, cultural y político, sin perder, en cambio, la riqueza de tantas particularidades multiformes. ¿Sería, pues, utopía proyectar una familia humana universal, en la que cada hombre sea el ciudadano hermano? (cf. *Populorum Progressio*, n. 79). En todo caso, la convicción del cristiano está bien apuntalada: "Dios... ha querido que todos los hombres constituyan una sola familia y se traten mutuamente como hermanos. Todos, en efecto, han sido creados a imagen de Dios... y todos están llamados a una sola e idéntica meta que es Dios mismo" (GS 24, § 1). Por lo demás, la solidaridad en la vocación del primer hombre, y, luego, en su pecado, se vive y aparece ahora reforzada en Cristo: por su cruz, ha derribado el muro que separaba a los pueblos reconciliándolos con Dios (cf. Ef 2, 14), y por su resurrección, ha derramado su Espíritu de caridad en el corazón de los hombres, convocando a los hijos de Dios dispersos para formar en él un solo Pueblo, un solo Cuerpo.

#### **Clarificar e interpretar en profundidad la realidad del mundo**

Sufriría una gravísima equivocación quien infravalorara las fuerzas de las tensiones trágicas entre estamentos sociales, entre sociedades y personas, entre países industrialmente desarrollados y países del Tercer Mundo, entre prosélitos de sistemas ideológicos o políticos antagónicos. Los conflictos, al suscitar a menudo una mayor resonancia a través del mundo, continúan creando fosos peligros que se traducen -¡es una pena!- en actos de violencia y en situaciones de guerra. Ante estas manifestaciones de oposición y desgarramiento entre los hombres y entre los pueblos, no se puede esperar, ciertamente, de la prensa, de la radio, de la televisión, del cine, que los minimicen o los pasen en silencio.

La Iglesia, aún sufriendo ella misma tensiones, incluso divisiones en su seno, no da lugar al descanso hasta que realice visiblemente esa unidad, entre sus hijos de cualquier lengua, de

cualquier nación, de cualquier medio social y profesional que sean. Al hacer esto, tiene conciencia de ser un signo profético de unidad y de paz para el mundo entero (cf. Is 11, 12).

Surge, entonces, una cuestión: los medios de comunicación social, cuya importancia crece hasta el punto de estar casi omnipresentes en la cultura moderna, ¿van siendo, a su nivel, medios privilegiados para promover esa unidad, esa fraternidad, es decir, ese respeto comprensivo, ese diálogo abierto, esa colaboración confiada, en un mundo en que los problemas devienen enseguida planetarios?

¿No está, más bien, su papel en poner en claro todos los aspectos de la realidad, incluidos los más trágicos, intentar una aproximación a esa realidad cada vez más profunda y más objetiva, en que, por desgracia, se lee la miseria, o se expone el pecado de egoísmo, en una palabra, las múltiples heridas que sangran en el corazón de la gran familia humana; pero también aquella en que aparecen las realizaciones positivas, los signos de renovación, los motivos de esperanza?

Así, pues, ¿quién osaría negar la tentación de utilizar esos medios poderosos audiovisuales, de tan hondo impacto, para agravar, radicalizándolas más, las tensiones, las oposiciones y las divisiones, llegando hasta desanimar a muchos hombres de buena voluntad en sus intentos, imperfectos sí, pero generosos, de unión y fraternidad?

Este riesgo es necesario denunciarlo con fuerza y afrontarlo con valentía. ¿Quién, por el contrario, negará las inmensas posibilidades demasiado poco exploradas aún, de esos maravillosos medios de comunicación social para hacer que los lectores, los oyentes, los espectadores adquieran conciencia de los verdaderos problemas de los demás?, ¿para ayudar a los hombres a conocerse mejor y apreciarse más dentro de sus diversidades legítimas?, ¿para superar, con comprensión y amor, las barreras de todas clases?; más aún, ¿para sentir, por encima de tantos obstáculos, la solidaridad real que nos sitúa a todos, los unos con los otros, los unos para los otros, en la búsqueda del bien común de la gran comunidad de los hombres? (cf. Alocución a la Asamblea General de la ONU en Nueva York, 4 de octubre de 1965, en AAS, t. LVII [1965], p. 879/884). Va en ello el mismo futuro del hombre, "hacia el cual todo está orientado en la tierra, como a su centro y su cima" (cf. GS 12).

### **Buscar la verdad en la libertad**

Para que así sea, juntad vuestros esfuerzos, artífices y beneficiarios de los medios de comunicación social, en todas partes y a todos los niveles de participación y responsabilidad. Rechazad todo lo que rompa el verdadero diálogo entre los hombres, todo lo que encubra los deberes y derechos de cada uno, todo lo que atice la incomprensión, el odio, y todo lo que aparte de la paz y de una fraternidad siempre más extendida y de la verdad buscada en la libertad.

Finalmente, se nos plantea a cada uno de nosotros esta grave cuestión: ¿qué es lo que tú buscas?, ¿qué quieres?, ¿comprendes que eres un hermano para tus hermanos?, ¿sí o no? Porque si la comunicación no es ya por sí misma una comunión, puede ser el camino privilegiado para alcanzarla.

### **Hacia la gran comunidad de los hombres**

En cuanto a vosotros, hermanos e hijos cristianos, os pedimos particularmente que reflexionéis y oréis, y también que pongáis decididamente, con discernimiento y coraje, todos los medios que vuestra competencia y celo os sugieran para que desenredéis la trama de tantos hilos entrecruzados y a veces enredados, y entretejáis con ellos un mundo de hermanos y de hijos de Dios. "Dominando todas las fuerzas disolventes de contestación y de confusión, es necesario construir la ciudad de los hombres, una ciudad cuyos cimientos duraderos son el amor fraternal, tanto entre razas y pueblos, como entre clases sociales y generaciones" (Discurso a la Organización Internacional del Trabajo, Ginebra, 10 de junio de 1969, n. 21 en AAS, t. LXI [1969], p. 500).

A todos los que trabajan en los medios de comunicación social con el fin de realizar la aspiración del hombre conforme al designio de Dios, de todo corazón les damos una amplia bendición apostólica.

Vaticano, 25 de marzo de 1971.

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA VI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Los instrumentos de comunicación social al servicio de la verdad**

1972

Hermanos e hijos esparcidos por el mundo, hombres todos de buena voluntad,

EL HOMBRE MODERNO puede reconocer con facilidad que muchas de sus actitudes, juicios, tomas de posición, adhesiones y oposiciones se deben a los conocimientos, cada vez más vastos y rápidos, de opiniones y de comportamiento que le llegan por medio de los instrumentos de comunicación social.

Nuestra vida sitúa a jóvenes y adultos frente a un flujo casi incesante de noticias y de interpretaciones, de imágenes y de sonidos, de propuestas y de solicitudes. En esta situación, el ser racional se siente impelido a la pregunta inquietante: ¿dónde está la verdad? ¿Cómo apresarla o descubrirla en el cúmulo de comunicaciones que nos acosan en todo momento?

#### **Misión y responsabilidad del informador**

1. Cada uno de los hechos tiene su propia verdad que abarca muchos aspectos, no siempre perceptibles fácilmente en su totalidad. Sólo el empeño conjunto y sincero del comunicador y de los receptores puede ofrecer una cierta garantía de que todo acontecimiento sea conocido en su verdad íntegra.

Aparece así la excelencia de la misión del informador que consiste no sólo en destacar aquello que resalta inmediatamente, sino también en indagar los elementos de encuadramiento y de explicación acerca de las causas y las circunstancias de cada uno de los hechos que él debe señalar. Este quehacer podría compararse, de alguna manera, a una "investigación científica", debido a la seriedad y entrega que exige el control y la valoración crítica de las fuentes, con fidelidad a los datos observados y con la trasmisión integral de los mismos.

La responsabilidad es luego más grave aún cuando el comunicador está llamado -como sucede a menudo- añadir a la simple relación del hecho, elementos de juicio y de orientación.

2. Todo lo que precede se ha de referir también, y con aplicaciones particulares y características, a la información religiosa o a aquellas circunstancias que piden una valoración religiosa.

Al acontecimiento religioso no se le puede comprender adecuadamente si se le considera tan sólo en su dimensión humana, psicológica y socialmente comprobable. Hay que



descubrir también su dimensión espiritual, o, lo que es igual, la conexión e inserción en el misterio de la comunión del hombre con Dios, es decir, en el misterio de la salvación.

Esto significa captar, en cuanto es posible, la verdad precisamente "religiosa" de ciertos sucesos especiales, que podrá ser asida por entero sólo cuando se tuviere en cuenta el contexto espiritual del fenómeno religioso al cual se refiere el acontecimiento, y -por encima de la sola competencia profesional- la luz de la fe, la única que puede ofrecer plena comprensión. sobre todo en determinadas circunstancias, de tal verdad religiosa.

### **Necesidad de capacidad crítica en el receptor de la comunicación social**

3. Este empeño en indagar y respetar la verdad afecta, con la misma urgencia, a aquellos que en los medios de la comunicación social buscan la información y las orientaciones de juicio. Es tarea de todos los receptores ser siempre activos y corresponsables; su sentido de responsabilidad y su preparación los dispondrán a recibir activa y críticamente todo lo que se les expone desde el exterior.

El hombre, y mucho más el cristiano, no abdicará jamás de su capacidad de contribuir a la conquista de la verdad: no sólo la abstracta o filosófica, sino también la concreta y diaria de los sucesos particulares; si abdicase, dañaría de esa forma la propia dignidad personal. Queremos, por tanto, en esta ocasión, renovar nuestra invitación para que cada hombre se aplique y sea ayudado convenientemente a conseguir la necesaria capacidad de juicio autónomo ante el mensaje de los instrumentos de comunicación social, de manera que pueda escoger libremente entre las distintas opiniones y dar a la mejor de ellas la propia adhesión.

### **Fidelidad a la verdad evitando toda manipulación de la misma**

4. Hoy, la mayoría de los hombres toman contacto con alguna forma de comunicación social -prensa, radio, televisión, teatro, cine, grabaciones magnetofónicas- no sólo con fines informativos, sino sobre todo recreativos y culturales, dedicándose a evocar y a participar espiritualmente en hechos y situaciones, reales o imaginarios, reproducidos gracias a una determinada creación artística, dirigidos a expresar y a sugerir determinados valores y sentimientos.

Entrando en contacto con tal clase de publicaciones y de espectáculos pensando en la distensión y en la diversión, y también en un mejor conocimiento del hombre y del mundo que lo rodea, la facultad crítica del individuo deberá encontrarse siempre suficientemente atenta en lo que se refiere a la verdad, para lograr, así, percibir siempre las posibles desviaciones.

Por otra parte, hay que reconocer una libertad al artista, quien, precisamente para expresar "lo bello" de la realidad, tiene derecho de servirse de la ayuda de la fantasía dando de esta forma vida a una nueva creación. Esta, en cambio, aunque coincida con la realidad concreta y ordinaria, no puede ser algo completamente diferente de ella; debe, en efecto, continuar siendo fiel a su verdad y a la verdad de los valores a los cuales está relacionada. Pues el arte, si es realmente tal, es una de las expresiones más nobles de la verdad.

Por tanto, para prestar un servicio al hombre y ser discípulos y buscadores de la verdad, hay que contribuir a la busca y al goce de la verdad que naturalmente excluye cualquier explotación -bien por especulación comercial, bien por otros fines vituperables- de la debilidad humana o de la insuficiente preparación del público.

### **La «Palabra» es liberadora y salvífica**

5. Nuestro Mensaje no puede terminar, hermanos y hombres del mundo actual, sin que os señalemos una senda aún más elevada para conseguir la verdad más perfecta.

Somos cristianos, seguidores de Cristo, Aquel que es «camino, verdad y vida" (Jn 14, 6) para todos los hombres, también para aquellos que aún no le conocen. El es el Hijo de Dios, que vino a habitar entre los hombres para dar "testimonio de la verdad" (Jn 18, 37), y asegurarnos que sólo la verdad nos hará libres (Jn 8, 31-36), librándonos de toda esclavitud (Gál 5, 1). Nosotros, los cristianos, queremos estar en medio del mundo dentro de las realidades humanas de cada día, siendo los humildes pero convencidos testigos de la verdad que creemos.

Los medios actuales de comunicación social son las nuevas grandes vías abiertas también a los cristianos para su misión de testimonio y de servicio a la verdad. Tales medios sirven, sobre todo, para expresar y difundir la palabra.

También nosotros tenemos una palabra importantísima que decir y que confiar al poder de los instrumentos de comunicación social: es la Palabra sustancial que Dios dice de Sí mismo, su Verbo, que es también la palabra absoluta y definitiva que Dios dice sobre el hombre, salvándole de continuo mediante las innumerables vicisitudes de la crónica diaria y de la historia secular.

Nosotros, los cristianos, sabemos que los sucesos concretos que afectan cada día a nuestra vida personal y a la vida del mundo, no son fortuitas coincidencias debidas al arbitrio de un ciego e inexorable destino, sino que constituyen la trama de un misterioso designio no completamente develado para nosotros, pero con el cual Dios, en cada instante, nos aborda e interpela invitándonos a su comunión salvífica; lo cual nos empuja a la aceptación moral y gozosa de todos los acontecimientos y a la entrega plena de amor.

Esta visión profunda de las cosas es la verdad inquebrantable de la cual queremos ser discípulos y testigos, ya como comunicadores, ya como receptores; y de ella brotará, poco a poco, la auténtica libertad que perseguimos: libertad, de las pasiones humanas y de los prejuicios intelectuales; libertad, del miedo al fracaso y a la derrota; libertad, de todo lo que nos hace esclavos de grupos concretos de poder y de presión, que imponen determinadas interpretaciones de la vida y de la crónica diaria desligándola de toda dependencia de la verdad; libertad frente al "arribismo" que impulsa a esconder y confundir la verdad para cubrir degradantes vergüenzas, y a veces objetivos incluso inhumanos.

## **La noble tarea del apostolado en el campo de las comunicaciones sociales**

6. Hermanos e hijos amadísimos: os ofrecemos estas indicaciones acerca de la verdad que debe regular -contamos con que esto sea admitido por todos- el uso de los medios actuales de la comunicación social.

La suprema verdad que es Dios, es fuente también de la verdad de las cosas. La Verdad que ha venido a morar entre los hombres, se ha hecho modelo del obrar humano. El respeto a la finalidad de las cosas, y la fidelidad a la norma de nuestro obrar, serán para nosotros garantía de la realización de la verdad en todas las circunstancias.

A los pastores, a los sacerdotes, a los religiosos, a los laicos, que se dedican al servicio de los hermanos por medio de los instrumentos de comunicación social, contribuyendo, así, a guiarles al encuentro con la "verdadera luz que ilumina todo hombre" (Jn 1, 9), expresamos nuestro más vivo aliento.

Con el deseo de que todos, informadores, técnicos, productores, educadores y receptores quieran aprovecharse de esta Jornada para una fructuosa reflexión sobre estos importantes temas, impartimos de corazón y con gran confianza nuestra bendición apostólica.

Vaticano, 21 de abril, 1972.

PAULUS PP. VI

## **MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA VII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

### **Los medios de comunicación social al servicio de la afirmación y promoción de los valores espirituales**

1973

Venerables hermanos,  
queridos hijos e hijas,  
y todos vosotros, hombres de buena voluntad.

Es la séptima vez que celebramos la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales. Queremos invitaros a reflexionar con nosotros sobre el tema elegido para la celebración de este año: "Los medios de comunicación social al servicio de la afirmación y promoción de los valores espirituales".

#### **Las más altas aspiraciones del hombre**

Durante siglos el hombre ha ido buscando lo verdadero, lo bello, lo bueno. A través de esta búsqueda se ha ido esforzando en penetrar el Absoluto y ha querido expresar esta relación con su Creador, a menudo, mediante la oración y el sacrificio. Ha esperado en una vida más allá, y esta esperanza de inmortalidad ha influido en sus actitudes y comportamiento en el mundo. Con variado éxito, igualmente ha buscado procurar la justicia y libertad, la solidaridad y el amor fraternos. También el hombre ha deseado ardientemente la paz en su interior, en su familia y en su comunidad. Estos y otros valores espirituales de la humanidad han constituido una herencia, transmitida de generación en generación como un tesoro propiedad de todos.

Esta herencia es, además, una forma especial de responsabilidad de los cristianos, ya que el Evangelio ha confirmado estos valores espirituales y ha extendido su sentido y aplicación. Cristo mismo, con su vida, al morir y resucitar de la muerte, ha añadido significado a la vida de cada hombre. El ha inspirado al hombre sentimientos más elevados y le ha hecho consciente del hecho de que es llamado y realmente es, hijo de Dios, al hacerle partícipe de su Espíritu Santo (cf. 1 Jn 3, 1; 2 Cor 2, 3).

Iluminada por la guía de Dios y singularmente rica en experiencia de los hombres, la Iglesia sabe y proclama que la verdadera promoción del hombre, el verdadero progreso de los pueblos, sólo puede ser realizado cuando tienen su debida afirmación los valores espirituales que responden a sus más altas aspiraciones.

#### **La Iglesia, mensajera de los valores del espíritu**

La Iglesia ha recibido, en efecto, la misión de afirmar los valores espirituales del entero mensaje cristiano. El Señor ha pedido a la Iglesia que lleve este mensaje hasta los confines de la tierra (cf. Act 1, 8; Mt 28, 19). Sus Apóstoles predicaron el amor de Dios y del hombre, el perdón y la reconciliación, y proclamaron un mensaje de paz. Salieron por todas partes y se sintieron reclamados por los enfermos y los oprimidos y, como su Maestro, llevaron la exultante Buena Noticia a los pobres (cf. Lc 4, 18). Y del mismo modo la Iglesia a través de los tiempos ha venido comunicando estos valores y promoviendo iniciativas para el desarrollo de los pueblos, iniciativas que miran y abrazan a cada hombre y a todo el hombre (cf. *Populorum progressio*, 14). La Iglesia, debe, por tanto, afirmar todos los valores de una vida verdaderamente humana, mostrando al propio tiempo que nuestros corazones no encontrarán su verdadero reposo hasta que descansen en Dios.

Los cristianos han dado testimonio en toda la historia, con su vida y a menudo con su muerte, de los valores espirituales sostenidos por ellos, en cuanto hijos de Dios destinados a la vida eterna. Los grandes mártires de Roma han encontrado en cada cultura sucesores que han testificado en sí los valores que hacen de la vida un valor auténtico y que muestran el verdadero sentido de la muerte. Por una feliz coincidencia esta Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales coincide con la festividad de San Carlos Luanga y compañeros mártires, los cuales estaban seguros de los valores espirituales en los que creían y, al aceptar libremente morir por sus convicciones, mostraron hasta qué profundidad pueden quedar asumidos los valores del espíritu. Estos hijos de África son honrados hoy por el mundo entero porque supieron afirmar los valores espirituales con sus propias vidas.

Cada cristiano, de cualquier edad y condición, como estos valerosos santos, debe dar testimonio con el ejemplo de su vida y estar a punto para mostrar las razones de la esperanza que mora en ellos (cf. 1 Pe 3, 1). Y siempre ha ocurrido así.

### **Afirmar y promover los valores espirituales**

Una de las más grandes bendiciones de nuestro tiempo es el progreso tecnológico y el gran avance conseguido en las comunicaciones sociales. Ahora, como nunca había ocurrido, los valores espirituales pueden ser afirmados y difundidos entre los confines de la tierra. La maravillosa providencia de Dios ha reservado este prodigio para nuestro tiempo.

Pero los hombres de buena voluntad sienten inquietud al ver cómo estos medios de comunicación social son usados, demasiado a menudo, para contradecir o corromper los valores fundamentales de la vida humana y producir la discordia y la maldad (*Communio et progressio*, 9). Los abusos y consiguientes perjuicios que causan son bien conocidos. La difusión de ideologías falsas y la excesiva preocupación por el simple progreso material frecuentemente trastoca lo que concierne la verdadera sabiduría y los valores permanentes.

### **El apostolado de las Comunicaciones Sociales**

Lo que hoy pedimos es una acción positiva por parte de los católicos, y especialmente de aquellos comprometidos profesionalmente en los medios de comunicación social, para difundir en toda su plenitud los valores del mensaje vivificante de Cristo haciendo resonar

el universo con sus convicciones, con la voz de su fe y con la Palabra de Dios. Esta es, en verdad, una importante vocación y un gran servicio al mundo. Y les llamamos del mismo modo a una completa asociación con todos los hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad de cualquier país para afirmar de manera eficaz los principios comunes de los cuales depende la dignidad del hombre. Vamos a pedir a todos los que trabajan en la comunicación social que hagan la crónica del sacrificio y dedicación que se da en el mundo, que den a conocer el bien que abunda, y el dinamismo, entusiasmo y generosidad que tanto se da hoy, especialmente entre los jóvenes.

Sabemos que son muchos los profesionales de estos Medios que, llenos de buena voluntad, arden en el deseo y la determinación de poner estos instrumentos, neutros en sí mismos (cf. *Communio et progressio*, 72), al servicio de sus semejantes. Nosotros pedimos a todos ellos que renueven su propósito a fin de transformar los llamados Medios de masas en relucientes antorchas y poderosos faros que iluminen el camino de la única felicidad verdadera. El mundo necesita ver la afirmación de los valores espirituales en expresiones concretas. Aquellos que tienen en sus manos la comunicación social, en todas sus expresiones, deben llegar a este fin. El lenguaje de la imagen y de la letra impresa, de la luz, música y sonido debe ayudar a llevar el mensaje de la bondad, la belleza y la verdad. Prensa, radio, televisión, cine, teatro y publicidad deben ser utilizados plenamente para esta misión de llevar el precioso mensaje al mundo.

Así como los medios de comunicación social afirman y promueven los valores espirituales de una humanidad siempre empeñada, ayudan a preparar el día en que tendrá lugar una nueva creación, en el cual la paternidad de Dios será universalmente reconocida y la fraternidad, justicia y paz prevalecerán. Y al pedirnos este esfuerzo, queremos ofrecer la expresión de nuestra gratitud a todos los hombres de buena voluntad que se esfuerzan en brindar esta ayuda. En esta consideración, queremos expresar nuestro profundo aprecio a todas las emisoras de radio y televisión, así como a la prensa, que presentan las noticias sobre la Iglesia y la Santa Sede y su misión esencial de afirmar y promover los valores espirituales. De modo especial agradecemos a nuestros hijos e hijas de la Iglesia católica que, a través de un eficaz uso de los medios de comunicación social y mediante la mayor dedicación a este apostolado, colaboran con nosotros en la difusión del Evangelio (cf. *Flp* 1, 5).

Para obtener el éxito del gran programa de esta Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales -"Los medios de comunicación social al servicio de la afirmación y promoción de los valores espirituales"-, invocamos la asistencia de la Palabra hecha carne y, en su nombre, os impartimos nuestra bendición apostólica.

Vaticano, 1 de mayo de 1973.

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA VIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Las comunicaciones sociales y la evangelización en el mundo contemporáneo**

1974

Queridos hijos y hermanos:

Nos alegra dirigirnos a vosotros, una vez más, con ocasión de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, instituida por el Concilio Ecuménico Vaticano II (Inter mirifica, 18).

Dado que la importancia de los instrumentos de la comunicación social aumenta incesantemente en el engranaje de la sociedad actual y en el planeamiento de las relaciones humanas, Nos repetimos nuestro firme convencimiento de que todos los hombres están llamados a ofrecer su propia contribución en este campo, de manera que todos los componentes de la sociedad sean efectivamente los artífices de la comunicación, realizando cada uno una recta función. Tal aporte puede ser ejercido en las formas más variadas, que van desde la intervención directa en la programación y en la producción hasta la decisión personal responsable de la selección y la aceptación o no de los mensajes de la comunicación social.

Pensamos también que los cristianos, en particular, deben dedicar siempre mayor atención a este fenómeno característico de nuestra época, formulando continuamente nuevas y actualizadas valoraciones y contribuyendo a determinar positivas orientaciones en torno al mismo. Esto es precisamente lo que los cristianos tratan de hacer y promover también con la reflexión y los actos propios de esta Jornada, que viene celebrándose desde hace ocho años.

Este año os invitamos a reflexionar sobre "Las comunicaciones sociales y la evangelización en el mundo contemporáneo", tema que oportunamente coincide con el estudio realizado en todos los países, como preparación a la próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos.

"Si realmente la Iglesia -decíamos en la Carta Encíclica *Ecclesiam suam*- tiene conciencia de lo que el Señor quiere que sea, manifiesta una singular plenitud y, con clara visión de su misión trascendente, siente entonces la necesidad de difundir su mensaje" (AAS, vol. LVI, pág. 639)-

Este deber toma el aspecto propio de cada período de la historia y, por tanto, en nuestro tiempo debe cumplirse también a través de los instrumentos de la comunicación social. "No será obediente al mandato de Cristo quien no use convenientemente las posibilidades ofrecidas por estos instrumentos para extender mejor y al mayor número de hombres la difusión del Evangelio (Instrucción pastoral *Communio et progressio*, 126).

La evangelización es parte constitutiva de la misión de la Iglesia, enviada por Cristo al mundo para predicar el Evangelio a todas las criaturas (cf. Mc 16, 15). Tarea que desarrolla

sobre todo en la vida litúrgica, pero que se esfuerza en realizar también por todas las vías y con todos los medios de que puede hacer uso durante su permanencia entre los hombres de todos los continentes.

Reflexionando atentamente se ve que la vida entera del cristiano, de acuerdo con el Evangelio, se halla en situación permanente de evangelización en medio del mundo. El cristiano, viviendo entre los hombres, participando en las ansias y sufrimientos del mundo, comprometiéndose en promover el desarrollo de los valores temporales, insertándose en el dinamismo de las investigaciones y del contraste de las ideas, realiza su testimonio evangélico y ofrece su contribución de fermento y orientación. En el mundo de las comunicaciones sociales, esta actitud del cristiano encuentra vastísimas perspectivas de influjo evangelizador.

Nuestra atención se siente atraída, en este sector, por muchos compromisos urgentes: ante todo, por el de dar a la información y al espectáculo contemporáneo una línea de desarrollo que facilite la difusión de la Buena Noticia y favorezca la profundización de los conceptos de la dignidad de la persona humana, de la justicia, de la fraternidad universal; valores que facilitan al hombre la comprensión de su verdadera vocación y abren senderos al diálogo constructivo con los demás y a la comunión con Dios.

Luego la búsqueda de una renovación de los métodos de apostolado, aplicando los nuevos instrumentos audiovisuales y la prensa a la catequesis, a la multiforme obra educativa, a la presentación de la vida de la Iglesia, de su liturgia, de sus fines, de sus dificultades, pero sobre todo del testimonio de fe y de caridad que la anima y la renueva.

Finalmente hay que recurrir a los instrumentos de la comunicación social para llegar a los países, ambientes y personas a las cuales el apostolado de la palabra no puede llegar directamente a causa de situaciones particulares, ya sea por la escasez de ministros o porque la Iglesia no puede ejercitar libremente su misión.

Sabemos que estos esfuerzos y esta búsqueda se van realizando -aunque todavía no han logrado suficiente desarrollo- a través de la acción generosa y solidaria de los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos lleno de buena voluntad y de competencia. Seguimos con atención la actividad de nuestra Comisión para las Comunicaciones Sociales, de las comisiones episcopales en los diversos países del mundo, de las Organizaciones católicas Internacionales y de los profesionales católicos. Conocemos las dificultades que todos encuentran debido a la novedad del sector, a las condiciones ambientales, a la limitación de los recursos.

Que a todos ellos y a todos los hombres que se sirven de los instrumentos de la comunicación social para el verdadero progreso de la familia humana y para un mañana mejor en el mundo llegue nuestra palabra de estímulo y de aliento, y nuestra especial bendición apostólica.

Vaticano, 16 de mayo de 1974.

PAULUS PP. VI



## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA IX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Comunicaciones sociales y reconciliación**

1975

Queridos hijos de la Iglesia y todos vosotros, hombres de buena voluntad:

El Año Santo es el que nos proporciona el tema de nuestro Mensaje para la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales: la reconciliación. Sí, la prensa, la radio, la televisión y el cine deben estar al servicio de la reconciliación entre los hombres en la tierra, servir para la plena reconciliación de los cristianos en una unidad siempre más visible y más sólida, servir para la reconciliación y la elevación hacia Dios.

Esta Jornada anual es un momento privilegiado de oración, de meditación y de reflexión sobre una realidad que comporta una dimensión espiritual auténtica, de vital interés para todos: la influencia positiva de los mass media en la vida individual y social y, al propio tiempo, su ambigüedad y el peligro de manipulación al que están expuestos. Efectivamente pueden proteger y estimular los esfuerzos que verdaderamente contribuyen a liberar al hombre y a orientarle hacia la realización de sus aspiraciones más profundas; igualmente, pueden también ser utilizados para los caprichos de la moda y para la curiosidad superficial e incluso servir de apoyo a propósitos de explotación o de discriminación.

En nuestro Mensaje del 25 de marzo de 1971 pusimos ya de relieve el servicio a la unidad de los hombres. Este año, insistimos en la primera condición que, en el campo de las comunicaciones sociales, permite que se vea favorecido un clima de reconciliación: el respeto a la objetividad de los hechos y a la autenticidad de la escala de valores a los cuales estos hechos se refieren. A tal propósito nos complace repetir nuestra estima y nuestro estímulo, a todos los artífices de estos medios de comunicación social que se esfuerzan en dar a conocer la verdad y en dar al bien el lugar que merece. Pero no podemos dejar de expresar nuestras preocupaciones relativas a ciertos peligros.

La objetividad de la información es un aspecto esencial: corresponde al derecho individual de desarrollar íntegramente la personalidad, según la verdad, y de poder ejercer sus responsabilidades sociales con conocimiento de causa. Supone en primer lugar que se describan honestamente los hechos; el que una descripción se pueda enriquecer con una cierta "interpretación", se justifica únicamente en la medida en que haga aparecer más claramente la naturaleza de los hechos, la dimensión real que éstos adquieren en todo un contexto y su referencia a los valores humanos. No podríamos, en cambio, aprobar algunas formas de actuar que pretenden ser "neutrales" e "independientes" cuando, en concreto, lo que muestran son hábiles manipulaciones, como por ejemplo, el poner de relieve unilateralmente las depravaciones humanas; la presión sobre la opinión pública para suscitar aspiraciones insaciables, ilusorias y, por tanto, imposibles de realizar, como las que obligan a consumir siempre más cosas superfluas; la presentación de modelos de

comportamiento ilusorios o inmorales: el hecho de callar, de seleccionar o de deformar los acontecimientos más importantes según un plan ideológico que no respete la libertad del hombre y viole el derecho a la información; el modo de plantear problemas y provocar dudas poniendo en crisis certezas éticas indiscutibles; el hecho de considerar como arte lo que es pura permisividad y como represión los imperativos humanos que corresponden legítimamente al modo de vivir en sociedad; el hecho de llamar justicia a lo que es violencia, venganza, represalias...

La objetividad en la elección y presentación de los hechos requiere, para servir realmente a la reconciliación, un profundo sentido de responsabilidad, preparación y competencia adecuadas y una verdadera renovación de las actitudes lamentables que adoptan con demasiada frecuencia algunas fuentes de información, algunos profesionales de las comunicaciones sociales y un público de lectores, espectadores y oyentes que se hacen cómplices de ello.

### **La objetividad de la información**

Esto se alcanzará tanto mejor cuanto más se asegure concretamente en todos los países una pluralidad razonable de vías de información. Los diferentes medios informativos en lugar de obligar, por así decir, a los usuarios a atenerse a sus noticias y a sus interpretaciones, deben facilitar un diálogo abierto y una confrontación leal que permita expresarse libremente a las personas de más valía y a las ideas más nobles. De otro modo puede llegarse a una especie de "tiranía" o a un "terrorismo cultural", difuso y casi anónimo que, paradójicamente, puede encontrar también acogida favorable bajo el pretexto de que un monopolio así sirve a la promoción personal y social, aunque se violen las convicciones religiosas, éticas y cívicas.

### **Pluralidad y libertad**

Al expresar estas preocupaciones queremos contribuir positivamente a que las comunicaciones sociales jueguen precisamente el papel bienhechor del que son capaces, favoreciendo la reconciliación humana y cristiana. E invitamos a todos los hijos de la Iglesia a trabajar en esta renovación. De hecho, deseamos que los artífices de los mass media se sientan llamados a defender y acrecentar su libertad de expresión, entendiendo esta libertad fundamentada en la verdad, en el amor a los hermanos y a Dios. Ciertamente no ignoramos las dificultades con que se encuentran y el valor que se les pide, en particular cuando se trata de satisfacer a un público de lectores, de oyentes y de espectadores que no parece preocuparse gran cosa por buscar esta verdad y este amor. Deseamos, pues, que los hombres de la comunicación social piensen seriamente en las graves responsabilidades que les incumben, a causa del impacto ciertamente profundo que ejercen sobre la información y, por lo tanto, sobre las estructuras de pensamiento y la misma orientación de la vida.

Nuestra llamada se dirige, todavía con mayor insistencia, a los que disponen de un poder político, social o económico sobre estos agentes de las comunicaciones sociales: que favorezcan también ellos el progreso de una sana libertad de información y de expresión. Cuando se ahoga la verdad por intereses económicos injustos, por la violencia de grupos que pretenden hacer obra de subversión en la vida civil o por la fuerza organizada en

sistema, es el hombre el que resulta herido: sus justas aspiraciones no pueden ya ser comprendidas, y mucho menos, satisfechas. Pero, la libertad que se reivindica no puede quedar al margen de una norma moral intrínseca, que, por otra parte, encuentre protección en las disposiciones legales; esta libertad debe ser siempre correlativa a los derechos ajenos y a los imperativos de la vida en sociedad y, consiguientemente, al deber de respetar la reputación de las personas honestas, el honor de las funciones de responsabilidad al servicio del bien común, la decencia de las costumbres públicas. Es, por ejemplo, evidente que la publicidad que pone las depravaciones humanas en un escaparate o excita los instintos inmorales deshonra la prensa, corrompe la educación del sentido moral, sobre todo de los jóvenes, y no debe pretender cubrirse ante la autoridad civil con el derecho a la información.

### **La imagen de la Iglesia en la opinión pública**

La Iglesia en este campo, como en los demás, no reivindica privilegios y menos aún monopolios, sino que sencillamente reafirma el derecho y el deber que todos los hombres tienen de responder a la llamada de Dios y el derecho que sus hijos tienen de acceder a la utilización de estos instrumentos de comunicación, en el respeto a los legítimos derechos de los demás. Toda persona y todo grupo social, ¿acaso no aspiran a estar presentes según la realidad de su verdadero modo de ser? La Iglesia tiene también derecho a que la opinión pública conozca su auténtica imagen, su doctrina, sus aspiraciones, su vida.

Al recordar estas exigencias, esperamos facilitar la reconciliación entre los hombres, la cual sólo puede tener lugar en un clima de respeto, de diálogo fraternal, de búsqueda de la verdad, de voluntad de colaboración. Estamos seguros que esta llamada encontrará eco en muchos hombres de buena voluntad, fatigados por un condicionamiento opresor que termina por agravar las tensiones ya de por sí pesantes. Pero a nuestros hermanos e hijos en la fe les añadimos: trabajad con todas vuestras fuerzas para la reconciliación en el seno de la Iglesia, como os invitaba nuestra Exhortación Apostólica del pasado 8 de diciembre. Que los medios de comunicación social, lejos de endurecer las oposiciones entre cristianos, de acentuar las polarizaciones, de dar fuerza a los grupos de presión, de alimentar la parcialidad, trabajen para la comprensión, el respeto, la aceptación de los demás en el amor y el perdón, para la edificación del único Cuerpo de Cristo en la verdad y la caridad. Fuera de esto no existe verdadero cristianismo.

Tal es la renovación fundamental que imploramos de Dios en este Año Santo, para los beneméritos promotores y para los beneficiarios de las comunicaciones sociales a fin de que, gracias a ellos, la verdadera reconciliación progrese entre los grupos sociales, entre las naciones, entre los que creen en Dios y, especialmente, entre los discípulos de Cristo. ¡Y que todos los que se dedican a esto, reciban la bendición del Dios de la paz!

Vaticano, 19 de abril de 1975.

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA X JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Las comunicaciones sociales ante los derechos y los deberes fundamentales del hombre**

1976

¡Queridísimos hijos de la Iglesia católica y hombres todos de buena voluntad!

La celebración anual de la "Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales" constituye no sólo la actuación de un compromiso asumido durante el Concilio Vaticano II (cf. Inter mirifica, 18), sino también una feliz ocasión para recordarnos a nosotros mismos, al Pueblo de Dios y a todos los miembros de la familia humana, las posibilidades extraordinarias y las graves responsabilidades que lleva consigo la utilización de los mass-media cada vez más perfectos y difundidos.

Es la décima vez que intervenimos en esta circunstancia con el fin de ayudar la reflexión iniciada en las comunidades eclesiales en orden al tema elegido para estimular el servicio que pueden brindar todos aquellos que tienen en su mano estos poderosos instrumentos. Tras el Año Santo, que para los cristianos, e incluso para todos los hombres, ha constituido una invitación a la reconciliación y a la renovación interior, hemos querido mirar hacia los orígenes, es decir, fijar la atención en los valores humanos primarios, indicando este tema especial: "Las comunicaciones sociales ante los derechos y deberes fundamentales del hombre". Nos parece que así nuestra llamada se dirige hacia lo actual y moderno en nombre de lo permanente y antiguo: en la medida que nos es posible, queremos movilizar la prensa, la radio, la televisión y el cine, así como los otros vehículos que la ciencia y el arte han creado para la transmisión de las ideas, con el fin de que colaboren en una empresa auténticamente buena y, por tanto, meritoria.

Se trata, es cierto, de medios, pero estos no tienen únicamente una función instrumental, no sirven sólo para establecer contactos o dirigir mensajes, no se dispone de ellos sólo para la evasión o la diversión: son también, y sobre todo, instrumentos educativos y, como tales, disponibles para una más alta función de orden didáctico y formativo. "¿Quién ignora, por ejemplo, que en muchos países estos instrumentos desarrollan con segura eficacia una tarea escolar, de carácter supletorio y complementario, contribuyendo de ese modo a la alfabetización e instrucción de las generaciones adultas y jóvenes? Precisamente en virtud de esta reconocida capacidad, la Iglesia propone para dichos medios una ulterior meta, y señala para quien los utiliza una tarea mucho más noble y urgente: la de servir la causa de los derechos y deberes primordiales del hombre.

De hecho observamos que, en una u otra parte del mundo, se repiten situaciones en las cuales hay que proteger al hombre en la adquisición y en el ejercicio de derechos que, desde luego, le son connaturales y que, mientras algunos casos dolorosos se presentan al

conocimiento de la opinión pública, otros, no menos dolorosos, se silencian e incluso se justifican.

Y, "¿cuáles son estos derechos?" "Acaso es necesario recordarlos de nuevo? Enumerémoslos rápidamente: el derecho a la vida, al estudio, al trabajo y, con anterioridad, el derecho a nacer, a la procreación responsable; y, luego, el derecho a la paz, a la libertad, a la justicia social; y también el derecho a participar en las decisiones que influyen en la vida de los individuos y de los pueblos, como es el derecho a profesar y testimoniar, individual y colectivamente, la propia religión, sin que por ello se sufra discriminación o castigo.

### **La ley suprema del amor proclamada por el Evangelio**

A cada uno de los derechos corresponden otros deberes de igual importancia que nosotros proclamamos con la misma fuerza y claridad, debido a que cualquier predominio de los derechos en relación con los respectivos deberes constituirá un elemento de desequilibrio con su reflejo negativo en la vida social. Por esto es necesario recordar que la reciprocidad entre derechos y deberes es esencial: de los primeros manan los segundos, y viceversa. Precisamente, en esta coordinación, los medios de comunicación social encuentran un punto seguro de referencia para reflejar, en la noticia o en el espectáculo, la realidad humana y contribuir así al progreso de la civilización.

No son únicamente los motivos humanitarios los que nos hacen reafirmar la importancia de estos principios; de hecho la fe nos proporciona razones aún más válidas. En el misterio del Verbo encarnado reconocemos el punto de apoyo de la suprema estima y valoración del hombre, así como en todo el Evangelio encontramos la proclamación más autorizada de sus derechos y deberes. Ya que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn, 1, 14), y nos ha dejado como mandamiento nuevo el del amor mutuo según el modelo de su mismo amor (cf. Jn 15, 12), la Iglesia sabe y debe recordar a todos que cualquier atentado a los derechos del hombre y cualquier omisión de los correspondientes deberes constituye también una violación de esta ley suprema. En cada ser humano que sufre porque son conculcados sus derechos o porque no ha sido educado en el sentido de sus propios deberes, se descubre la pasión de Cristo que continúa a través de los tiempos. Un profesional cristiano de las comunicaciones sociales no puede ignorar esta perspectiva que le viene de su misma fe.

### **El derecho a una información objetiva, sana y completa, que respete la intimidad sagrada del hombre**

Ciertamente la preocupación de la Iglesia por los derechos humanos y por la observancia de los deberes consiguientes no es nueva. Nuestra enseñanza da frecuente testimonio de ello, como la ha dado la de nuestros predecesores. Pero en el presente mensaje queremos recordar de nuevo las funciones especiales que los instrumentos de comunicación social tienen en relación con los derechos y deberes fundamentales del hombre. Y entre estos hay uno -la civilización moderna lo ha situado indudablemente en un puesto de mayor relieve- que depende, casi totalmente, de los medios de comunicación: el derecho a una exacta y completa información. Diremos que incluso el sano conocimiento de los hombres acerca de sus propios derechos y deberes depende, en gran parte, de la acción informativo-formativa

de los medios de comunicación social. Es fácil, pues, darse cuenta de la responsabilidad que recae en cuantos trabajan en este delicado sector.

Nos apremia señalar al respecto un fenómeno que actualmente se repite con amenazadora frecuencia en diversas partes del mundo: se niegan derechos fundamentales del hombre no sólo como arbitrario ejercicio de violencia, sino incluso como respuesta a deseos suscitados artificiosamente en la opinión pública, de forma que resulte como reivindicación de derechos lo que en realidad no es otra cosa que su flagrante conculcación. No es que queramos con ello afirmar que los medios de comunicación social puedan convertirse quizás en los únicos responsables de tales distorsiones, pero tampoco puede negarse que pueden tener una relevante influencia en "manipular" ideas, elementos, valores e interpretaciones; así como la capacidad crítica de amplios estratos de la población; y en ejercitar por una especie de opresión -por decirlo así- cultural proponiendo o suscitando solamente aquellas aspiraciones a las que se ha previsto ya responder.

Nos damos cuenta de que todo esto, cuando sucede, constituye una grave lesión de la intimidad sacra del ser humano, que es criatura libre hecha a imagen de Dios. Ningún mensaje que se transmite puede desinteresarse de la persona humana, o imponerle un modo de pensar y de vivir en contraste con la dignidad que le es propia, o disuadir a dicha persona de que desarrolle las virtualidades positivas que guarda en sí misma, o alejarla de la afirmación de sus auténticos derechos cumpliendo conjuntamente los deberes. Antes de dominar los elementos, el hombre está llamado -y es una aspiración profunda de su ser- al dominio de sí mismo y a actuar responsablemente. Esta exigencia espiritual del hombre deberá ser respetada, más aún, ayudada con el recto uso de los medios de comunicación social.

### **Exhortación a las entidades públicas, a los profesionales y a los receptores de las comunicaciones sociales**

En nombre de aquel servicio al hombre que forma parte esencial de la misión que Cristo nos ha confiado, dirigimos nuestra exhortación paterna para que estos medios se pongan realmente al servicio y defensa de todos los derechos y deberes fundamentales del hombre:

- A las autoridades públicas les pedimos que favorezcan la comunicación social de la cultura, pedimos el respeto de los hechos y de las opiniones; pedimos la cuidadosa búsqueda de la verdad, que manifieste al hombre lo que él realmente es ante los hermanos y ante Dios; pedimos que esa búsqueda se traduzca en actitud de deferente y penetrante atención hacia los valores supremos de la persona.

- A los que actúan en el campo de los mass-media les pedimos que sean coherentes en el pensamiento y en la vida cuando presenten las noticias y den su interpretación; que expresen de manera inequívoca cuál es el ideal de vida que las inspira y no se dejen condicionar por propósitos de manipulación respecto a quienes reciben la comunicación anteponiendo siempre el amor y el servicio de los hombres a la popularidad y a las ventajas económicas.

- A los que disfrutan de los medios de comunicación les pedimos que se formen un atento sentido crítico para saber recibir, estimular, sostener moralmente y materialmente a las personas, periódicos, transmisiones, películas, que defiendan los derechos del hombre y lo eduquen respecto a sus deberes; y sepan al propio tiempo defenderse ante agresiones y seducciones que estén en contraste con la verdad objetiva y con la dignidad humana. Pedimos que valoren rectamente lo que reciben y que sean capaces de intervenir sobre los medios de información social mediante oportunas iniciativas individuales o colectivas. Los lectores, espectadores, oyentes son los que con su elección tendrán siempre la palabra definitiva sobre el futuro de los medios de comunicación, y ésta es una responsabilidad que a menudo ignoran.

La Iglesia no reivindica por su parte privilegio alguno en este campo, pero reafirma su derecho-deber de estar presente -con su amplia y universal tradición histórica, cultural y, sobre todo, religiosa y educativa- en el sector de los medios de comunicación social de gestión pública o privada y, si es necesario, con la posibilidad de implantar los suyos propios, en una visión clara no sólo de su deber primario de comunidad evangelizadora, sino también de la afirmación de los derechos humanos que la hace -como la hizo en el pasado- promotora del desarrollo integral del hombre. En realidad, ese deber primario de la Iglesia "de predicar el Evangelio a toda criatura" (Mc 16, 15), con la misión aneja de ser artífice de civilización, le impone asumir su propio lugar en todas las modernas formas de comunión entre los hombres.

Con el deseo de que los medios de comunicación social ofrezcan su aportación positiva a la promoción de los derechos y al conocimiento de los deberes del hombre, impartimos de todo corazón nuestra bendición apostólica a cuantos presten su colaboración para alcanzar una finalidad tan alta y difícil, pero tan fascinante, para un mejor porvenir de la familia humana que se encamina ya hacia el año dos mil.

Vaticano, 11 de abril de 1976, XIII de nuestro pontificado.

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA XI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: La publicidad en la comunicación social: ventajas, riesgos, responsabilidad**

1977

Venerados hermanos e hijos muy queridos de la Iglesia, y vosotros todos, hombres de buena voluntad:

Las diócesis de la Iglesia católica, fieles a la invitación del Concilio Ecuménico Vaticano II (cf. Decreto Inter mirifica, 18), celebran también este año la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, para ayudar con la reflexión, con la oración y con todo tipo de interés y de apoyo moral y material a la prensa, la radio, la televisión, el cine y demás instrumentos modernos de comunicación social en el desempeño de su importante función de información, educación y, por lo que se refiere a la responsabilidad específica de los cristianos, de evangelización en el mundo.

#### **Los «mass-media» al servicio del bien común**

Esta Jornada, que ha llegado ya a su undécima edición, en muchos países afortunadamente es ocasión propicia de contacto directo y de mejor conocimiento recíproco entre las Iglesias locales y los responsables de las categorías profesionales que operan en tal sector. Gracias a manifestaciones litúrgicas y culturales adecuadas, contribuye a sensibilizar la conciencia del usuario de las comunicaciones sociales -lector, radioescucha, telespectador o espectador de cine- en la elección, a menudo determinante en el plano promocional, de cuanto lee, escucha o contempla y, más aún, en la madura valoración del contenido mismo de las comunicaciones recibidas. En efecto, hoy día es tal la complejidad del fenómeno de las comunicaciones que requiere, no sólo un repaso constante de los deberes pertinentes de los individuos y de la sociedad, así como un mejoramiento continuo que emane de la confrontación con los verdaderos valores de la vida humana, sino también la indispensable colaboración de todos los que determinan el proceso comunicativo.

Por este motivo la Iglesia, aun dedicando la Jornada anual al estudio de todas las cuestiones pastorales del sector, no ha dejado de proponer periódicamente a la atención de los cristianos y de los hombres de buena voluntad aspectos particulares de la amplia problemática de la comunicación, con la esperanza de poder ayudar así a todos los hombres a orientarse correctamente en medio de la realidad multiforme de los mass media, y de contribuir, según la naturaleza de su misión, al bien común. Lo mismo hay que pensar del tema seleccionado este año, "La publicidad en la comunicación social: ventajas, riesgos, responsabilidad", que pretende centrar la reflexión en un factor de la actual organización social.

Hay que preguntarse por qué la publicidad, en su relación con los instrumentos de comunicación social, despierta el interés de la Iglesia. La respuesta es que se trata de un hecho de la convivencia humana asaz importante, porque condiciona el desarrollo integral del hombre e influye, directa o indirectamente, en su vida cultural. Ya nadie puede



sustraerse a la sugestión de la publicidad, la cual, aun prescindiendo del contenido concreto de sus mensajes, presenta o, al menos, se inspira en determinadas visiones del mundo, que interpelan inevitablemente al cristiano, su juicio y su modo de actuar; la publicidad, además, cobra cada día mayor relieve en el desarrollo de los medios de comunicación, porque en gran parte los financia y se sirve de ellos, repercutiendo de manera directa, y a veces de forma peligrosa, en su orientación y en su libertad.

### **Por qué la publicidad despierta el interés de la Iglesia**

La Iglesia mira con buenos ojos no sólo la evolución de la capacidad productiva del hombre, sino también el entrelazamiento cada vez más amplio de relaciones y de intercambios entre personas y grupos sociales: para ella son motivo, signo y anticipación de una fraternidad cada vez mayor, y desde este punto de vista alienta la publicidad, que puede convertirse en instrumento sano y eficaz para la ayuda mutua de los hombres. Otro aspecto fundamental que la Iglesia contempla en la publicidad es el informativo, con todo el peso y las obligaciones que de él se derivan: ha de ser veraz, prudente, respetuosa del hombre y de sus valores esenciales, atenta a la elección de las circunstancias y de los modos de presentación.

La publicidad, además, es promotora de determinados intereses que, si bien legítimos, deben tener en cuenta el bien común, los intereses no menos legítimos de los demás y, especialmente, las circunstancias concretas de desarrollo integral del destinatario, su propio ambiente cultural y económico, y su grado de desarrollo educativo.

Como es bien sabido, el mensaje publicitario está orientado por su propia índole hacia el convencimiento eficaz, se difunde con la ayuda de conocimientos psicológicos y sociales precisos, y busca constantemente modos y formas persuasivas. Aquí sobre todo es donde se impone para la publicidad, y por consiguiente para los que de ella se valen, la exigencia de respetar a la persona humana, su derecho-deber a una opción responsable, su libertad interior, todos los bienes que serían violados si se explotaran las tendencias menos nobles del hombre o se comprometiese su capacidad de reflexión y de decisión.

### **El fenómeno publicitario con sus implicaciones morales y religiosas**

La vastedad del fenómeno publicitario, con sus implicaciones morales y religiosas afecta, ante todo, a los instrumentos de comunicación social, los cuales a menudo se convierten ellos mismos en agentes publicitarios, pero con mayor frecuencia aún son vehículo de mensajes provenientes de otros agentes económicos y se mantienen, parcial o totalmente, con los beneficios de la publicidad. Así, pues, se puede decir que toda la actividad comunicativa de estos instrumentos guarda una estrecha vinculación con el fenómeno moderno de la publicidad, vinculación que permite a los factores de la vida económica favorecer su desarrollo, socialmente necesario; pero no debe haber condicionamientos sobre la libertad de dichos instrumentos y en la promoción de los valores culturales y religiosos (cf. Instrucción Pastoral *Communio et progressio*, 62).

Estimamos que estas orientaciones pueden ser útiles para la afirmación de una publicidad respetuosa de los derechos y de los deberes fundamentales del hombre, y digna del apoyo de las conciencias cristianas, siempre que las distintas categorías interesadas aúnen sus esfuerzos en orden a una provechosa colaboración.

En efecto, a las agencias de publicidad, a los operadores publicitarios, así como a los dirigentes y responsables de los instrumentos que se ofrecen como vehículos, corresponde dar a conocer, adoptar y aplicar los códigos de deontología ya oportunamente establecidos, con el fin de obtener la colaboración del público para su perfeccionamiento ulterior y para su observancia práctica.

Todo esto toca muy a menudo delicadas cuestiones morales, como por ejemplo, el problema de la educación de la juventud, el respeto a la mujer, la salvaguardia de la familia y la tutela de los derechos de la persona humana (cf. nuestro discurso al Consejo de la "Asociación Europea de las Agencias de Publicidad", en la audiencia del 28 de abril de 1976), y por consiguiente justifica el interés de la Iglesia y, a veces, sus fundadas preocupaciones.

¿Cómo iba a guardar silencio la Iglesia, cuando se quebrantan ciertos principios de carácter ético? Y, ¿cómo íbamos a renunciar Nos mismo a elevar un fuerte apercibimiento, que sabemos comparten todos los hombres de buena voluntad, por la difusión de cierta publicidad cinematográfica que no honra a nuestra civilización, sino que ofende gravemente la dignidad del hombre, turba la paz de las conciencias y la concordia entre los hombres? Por eso pedimos a los obispos, a los sacerdotes y a los seglares comprometidos en las actividades pastorales, que aborden a los protagonistas del proceso publicitario para entablar un diálogo sano y abierto, dentro del respeto de los intereses recíprocos y del reconocimiento común del bien de la sociedad humana.

Al mismo tiempo invitamos a los promotores de la prensa católica, a los encargados de transmisiones católicas en la radio y en la televisión, y a los que tienen encomendado, con cualquier título, algún tipo de comunicación social, a dar, tanto en la selección de la publicidad como en el conjunto de sus respectivas prestaciones, el ejemplo de sus convicciones religiosas y de su ideal de vida; mientras pedimos a los distribuidores de la publicidad que no olviden aquellos canales de comunicación que ofrecen la garantía de promover la tutela de los principios morales y favorecen realmente el desarrollo de la persona y de sus valores espirituales y humanos.

Deseamos, finalmente, que las Instituciones católicas, en sus distintas formas y según sus atribuciones específicas, sigan con atención constante el desarrollo de las modernas técnicas de publicidad, y sepan valerse de ellas oportunamente para difundir el Mensaje evangélico de un modo que responda a las expectativas del hombre contemporáneo.

Con estos votos impartimos gustoso nuestra bendición apostólica a cuantos participen en la celebración de la próxima Jornada de las Comunicaciones Sociales y ofrezcan a la reflexión sobre este importante tema la aportación de su madura experiencia humana y de su atenta sensibilidad cristiana.

Vaticano, 12 de mayo de 1977, año XIV de nuestro pontificado.

PAULUS PP. VI

## MENSAJE DEL PAPA PABLO VI PARA LA XII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **El hombre como receptor de las comunicaciones sociales: esperanzas, derechos y deberes**

1978

Venerables hermanos e hijos queridísimos:

La Jornada anual de las Comunicaciones Sociales constituye una cita importante para el Pueblo de Dios. Como bien sabéis, se trata de un día dedicado a una reflexión específica en torno a la función y al uso de los instrumentos que sirven para las comunicaciones sociales, y que los padres del Concilio Vaticano II no vacilaron en calificar de "maravillosos". ¿Quién es capaz, en realidad, de medir el influjo que estos medios modernos pueden ejercitar sobre la opinión pública, orientando sus valoraciones y condicionando sus opciones, gracias a su amplia y capilar difusión, a sus técnicas cada día más perfectas y a sus tiempos de utilización cada vez más prolongados?

No puede, por lo tanto, producir maravilla el hecho de que la Iglesia siga con creciente interés el desarrollo de un fenómeno cultural de tan vasto alcance, sin cansarse de reclamar, con maternal solicitud, a quienes lo protagonizan o participan en él, a la conciencia de sus responsabilidades. Movido por esta misma preocupación pastoral, hemos escogido como tema del Mensaje de hoy, el examen de las esperanzas, derechos y deberes del llamado "receptor", es decir, el destinatario de las comunicaciones sociales, al cual obviamente contemplamos desde el ángulo que nos es propio: el del personalismo cristiano que en cada criatura humana sabe descubrir una imagen viva de Dios (cf. Gén 1, 26), la cual es así, por designio providencial, portadora de un propio destino trascendente.

**La primera expectativa de los "receptores" que merece ser notada y valorizada es la aspiración al diálogo (cf. Ecclesiam Suam: AAS 56, 1964, p. 659).**

El espacio que los periódicos y las emisoras radiotelevisivas reservan a la correspondencia con sus propios lectores, oyentes y espectadores responde sólo parcialmente a este legítimo deseo, porque se trata siempre de casos aislados, mientras que todos los "receptores" sienten la necesidad de poder expresar, de alguna manera, su propia opinión y ofrecer una contribución de ideas y propuestas personales.

Ahora bien, asegurar este diálogo, favorecerlo y orientarlo hacia los problemas de la mayor importancia, significa para los "comunicadores" establecer un continuo y estimulante contacto con la sociedad, y llevar a los "receptores" a un nivel de activa participación.

**La segunda exigencia es la de la verdad.**

Se trata de un derecho fundamental de la persona, enraizado en la misma naturaleza humana y estrechamente unido con la exigencia de participación que la actual evolución tiende a garantizar a cada miembro de la sociedad.

Tal aspiración se refiere también y de manera directa a los medios de información, de los cuales los destinatarios tienen derecho a esperar puntualidad, honestidad, búsqueda de la objetividad, respeto a la jerarquía de valores y, cuando se trata de espectáculos, la presentación de una imagen veraz del hombre, como individuo y como miembro de un determinado contexto social.

No se puede tampoco infravalorar la aspiración del hombre moderno a la distracción y al reposo para recuperar las fuerzas y el equilibrio síquico puesto a dura prueba por las condiciones no raramente enervantes que la vida y el trabajo imponen hoy.

También éste es un deseo legítimo abierto a perspectivas espirituales, entre las que tiene relevante importancia la atención a la problemática religiosa y moral.

Los cristianos saben que esta problemática, bajo el impulso del Espíritu, conduce al hombre a la plenitud de su propio destino supremo.

Para satisfacer estas aspiraciones se requiere la colaboración responsable del mismo "receptor", el cual debe asumir un papel activo en el proceso formativo de la comunicación. No se trata de crear grupos de presión que agudicen todavía más los enfrentamientos y las tensiones del tiempo presente, sino de impedir que en lugar de una "mesa redonda de la sociedad" a la que todos tengan un acceso equitativo según la propia preparación y la importancia de los temas de que son portadores, se introduzcan grupos no representativos que podrían hacer uso unilateral, interesado y restrictivo de los instrumentos que poseen. En cambio hay que desear que entre "comunicadores" y "receptores" se instaure verdadera y auténtica relación de diálogo (cf. *Communio et Progressio*, 81: AAS 63, 1971, p. 623).

Esto significa que sois vosotros, queridos lectores, oyentes y espectadores, quienes debéis aprender el lenguaje de los medios de comunicación social, aunque resulte difícil, para que seáis capaces de tomar parte en el diálogo de forma eficaz. Debéis saber escoger bien vuestro periódico, el libro, el filme, el programa radiotelevisivo, conscientes de que de vuestra elección, como de una papeleta de voto, dependerá tanto el aliento y el apoyo incluso económico, como el rechazo de un determinado género o tipo de comunicación (cf. *Communio et Progressio*, 82: AAS 63, 1971, p. 624). Por lo tanto hay que tener en cuenta hasta qué punto es compleja la realidad de las comunicaciones modernas, en las cuales, por su propia naturaleza —y no raras veces por una instrumentalización pretendida— lo verdadero puede aparecer mezclado con lo falso, el bien con el mal. De hecho no existe ninguna verdad, ninguna realidad sagrada, ningún principio moral que no pueda ser directa o indirectamente atacado o contradicho en el amplio desarrollo de las citadas comunicaciones. Así, pues, tenéis que dar también prueba de atenta capacidad de discernimiento y de confrontación con los auténticos valores ético-religiosos, apreciando y acogiendo los elementos positivos y excluyendo los negativos.

Esta triple capacidad que el "receptor" debe adquirir hoy para ser un ciudadano maduro y responsable —es decir, la capacidad de comprender el lenguaje de los medios masivos, de escoger oportunamente y de saber juzgar— determina el diálogo con el "comunicador". Este diálogo debe encontrar, luego, las formas adecuadas, correctas y respetuosas, pero también francas y decididas, para intervenir cuando las circunstancias lo requieran.

No ignoramos las dificultades que en la concreta situación del mundo contemporáneo encuentra todo "receptor", empezando por el receptor cristiano, para asegurarse la capacitación necesaria en orden al ejercicio de sus derechos y deberes, según las propias aspiraciones. Pero si es verdad que el futuro de la familia humana depende en gran parte del uso que sabrá hacer de sus medios de comunicación, es necesario reservar a la formación del "receptor" una consideración prioritaria tanto en el ámbito del ministerio pastoral como, en general, en las tareas educativas.

La primera educación en este campo debe realizarse en el interior de las familias: entender, elegir y juzgar los medios de comunicación social debe formar parte del cuadro global de la formación a la vida. Por ello compete a los padres la función de ayudar a sus hijos a realizar las opciones, a madurar un juicio y a dialogar con los "comunicadores".

Después, esta formación debe continuar en los centros educativos: el Concilio Ecuménico Vaticano II hace de ello una obligación específica en las escuelas católicas de todo grado (cf. Inter Mirifica, 16) y de las asociaciones de inspiración cristiana y carácter educativo, añadiendo en concreto: "Para obtener más expeditamente tal fin, procúrese en la catequesis la exposición y la explicación de la doctrina y de la disciplina católica acerca de esta materia" (Inter Mirifica, 16). Los profesores no deben olvidar que su actividad pedagógica se desarrolla en un contexto en el que muchas emisiones y muchos espectáculos que afectan a la fe y a los principios morales llegan cotidianamente a sus alumnos, los cuales por lo tanto tienen necesidad de continuas e iluminadas explicaciones y rectificaciones.

Finalmente las comunidades locales creyentes tienen que ayudar a sus miembros en la selección, en la comprensión y en el juicio. Hacemos un llamamiento a la prensa católica y a los demás medios que están a disposición de las diócesis, de las parroquias y de las familias religiosas para que den el más amplio espacio posible a la información sobre los programas de las comunicaciones sociales, para que recomienden o desaconsejen, aduciendo los motivos oportunos que permitan a los fieles orientarse con plena conformidad a la doctrina y a la moral evangélica. Los cristianos, y particularmente los jóvenes, han de tener bien presente que se trata, en último análisis, de una responsabilidad personal, y que de las opciones que realicen dependen la santidad de su vida, la integridad de su fe, la riqueza de su cultura y, de rechazo, su contribución al desarrollo general de la sociedad. La Iglesia puede y debe informarlos y ayudarlos, pero no puede sustituir sus personales y coherentes decisiones.

La tarea, como se ve, es compleja y extremadamente comprometedora. Sólo la generosa colaboración de todos podrá lograr que los medios de comunicación social no sólo abandonen actitudes y expresiones desgraciadamente no infrecuentes, que contienen violencia, erotismo, vulgaridad, egoísmo e injustificados intereses de parte; sino que lleguen a ofrecer una información amplia, solícita y verdadera, y, por lo que se refiere a los

espectáculos, una sana diversión en el terreno cultural y espiritual, contribuyendo así de manera eficaz a aquel humanismo pleno que tanto desea la Iglesia (*Populorum Progressio*, 42: AAS 59, 1967, p.278; cf. también n.14, p. 264).

Al estimular el empeño de cuantos se dedican a ennoblecer este especial servicio, invocamos para ellos y para cuantos participarán en la celebración de la XII Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, la abundancia de los dones del Espíritu Santo y les impartimos de corazón la propiciadora bendición apostólica.

Vaticano, 23 de abril de 1978, año XV de nuestro pontificado.

Paulus PP. VI

## MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Las comunicaciones sociales por la tutela y promoción de la infancia en la familia y en la sociedad."**

(DOMINGO 27 DE MAYO DE 1979)

Queridísimos hermanos e hijos de la Santa Iglesia:

Con sincera fe y viva esperanza, con los mismos sentimientos que han marcado desde el comienzo mi servicio pastoral en la Catedral de Pedro, me dirijo a vosotros y, en particular, a quienes de entre vosotros se ocupan de comunicaciones sociales, en el día que el Concilio Vaticano II ha querido consagrar a este importante sector (cf. *Inter mirifica*, 18).

El tema sobre el cual deseo llamar vuestra atención contiene, precisamente, una invitación implícita a la confianza y a la esperanza: porque se refiere a la infancia; por mi parte voy a tratar acerca del mismo con la mayor complacencia, ya que fue elegido para la presente circunstancia por mi amado predecesor Pablo VI. La Organización de las Naciones Unidas ha proclamado 1979 "Año Internacional del Niño" y esta ocasión ofrece la oportunidad de reflexionar sobre las exigencias concretas de esa amplia franja de "receptores" —los niños— y acerca de las responsabilidades que consiguientemente corresponden a los adultos; de modo especial a los operadores de las comunicaciones, los cuales pueden ejercer —y de hecho ejercen— un gran influjo sobre la formación o, lamentablemente, la deformación de las jóvenes generaciones. De ahí la importancia y complejidad del tema: "Las comunicaciones sociales por la tutela y el desarrollo de la infancia en la familia y en la sociedad".

Sin pretender hacer un examen y, tanto menos, agotar el tema en sus varios aspectos quiero recordar, aunque sea brevemente lo que la infancia espera y tiene derecho a obtener de estos instrumentos de comunicación. Fascinados y privados de defensas ante el mundo y ante los adultos, los niños están naturalmente dispuestos a acoger lo que se les ofrece, ya se trate del bien o del mal. Bien lo sabéis vosotros, profesionales de las comunicaciones y especialmente los que os ocupáis de los medios audiovisuales. Los niños se sienten atraídos por la "pequeña pantalla" y por la "pantalla grande": siguen todos los gestos que aparecen en ellas y perciben, antes y mejor que cualquier otra persona, las emociones y sentimientos consiguientes.

Como cera blanda, sobre la cual cualquier leve presión deja un trazo, el ánimo de los niños está expuesto a cualquier estímulo que solicite la capacidad de ideación, la fantasía, la afectividad, el instinto. Por otra parte, las impresiones en esta edad son las que penetran con mayor profundidad en la psicología del ser humano y condicionan, a menudo de manera duradera, las relaciones sucesivas consigo mismo, con los demás y con el ambiente.

Precisamente, al intuir lo delicada que resulta esta primera fase de la vida, la sabiduría pagana formuló la conocida máxima pedagógica, según la cual maxima debetur puero reverentia; y bajo esta misma luz se hace evidente, en toda su motivada severidad, la advertencia de Cristo: "Al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le hundieran en el fondo del mar" (Mt 18, 6). Y ciertamente entre los "pequeños" en sentido evangélico hay que incluir y de manera especial a los niños.

El ejemplo de Cristo ha de ser normativo para el creyente, que trata de inspirar la propia vida en el Evangelio. Pues bien, Jesús se presenta como aquel que acoge amorosamente a los niños (cf. Mc 10, 16) tutela su deseo espontáneo de acercarse a él (cf. Mc 10, 14), alaba su típica y confiada sencillez, merecedora del Reino (cf. Mt 18, 3-4), subraya la transparencia interior que con tanta facilidad les dispone a la experiencia de Dios (cf. Mt 18, 10). No duda en establecer una ecuación sorprendente: "El que por mí recibiere a un niño como éste, a mí me recibe" (Mt 18, 5). Como he tenido ocasión de escribir recientemente, "El Señor se identifica con el mundo de los pequeños (...) Jesús no condiciona a los niños, no se sirve de los niños. Los llama y los hace copartícipes de su plan de salvación del mundo" (cf. Mensaje al Presidente del Consejo Superior de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera; L'Osservatore Romano, Edición en Lengua Española, 20 de mayo de 1979, pág. 7).

¿Cuál tendrá que ser, pues, la actitud de los cristianos responsables y, especialmente, de los padres y de los operadores de los mass-media conscientes de sus deberes en relación con la infancia? Deberán, sobre todo, preocuparse del crecimiento humano del niño: la pretensión de mantenerse ante él en una postura de "neutralidad" y de dejarlo "que se haga" espontáneamente esconde —bajo la apariencia del respeto hacia su personalidad— una actitud de peligroso desinterés.

Un desinterés así ante los niños no es aceptable; la infancia, en realidad, tiene necesidad de ser ayudada en su desarrollo hacia la madurez. Hay una gran riqueza de vida en el corazón del niño; pero él no está en condiciones de discernir, por sí mismo, las voces que oye en su interior. Son los adultos —padres, educadores, operadores de las comunicaciones sociales— quienes tienen el deber y están en condiciones de ayudarles a descubrir esa riqueza. ¿Acaso todo niño no se parece, de alguna manera al pequeño Samuel del que habla la Sagrada Escritura? Incapaz de interpretar la llamada de Dios, él pedía ayuda a su maestro, que al principio le respondió: "No te he llamado; vuelve a acostarte" (1 Sam 3, 5-6). ¿Será igual nuestra actitud, que sofoca los ímpetus y las vocaciones mejores, o bien seremos capaces de hacer comprender las cosas al niño, al igual que hizo al fin el sacerdote Elí con Samuel: "Si vuelven a llamarte di: 'Habla, Yavé, que tu siervo escucha'?" (1 Sam 3, 9).

Las posibilidades y los medios de que vosotros, los adultos, disponéis al respecto son enormes: estáis en condiciones de despertar el espíritu del niño para que escuche o de adormecerlo o, Dios no lo quiera, de intoxicarlo irremediablemente. Se necesita en cambio actuar de manera que el niño capte, gracias también a vuestro empeño educativo, no mortificante sino siempre positivo y estimulante, las amplias posibilidades de educación personal, que le consentirán inserirse creativamente en el mundo. Secundadlo,



especialmente vosotros que os ocupáis de los mass-media, en su búsqueda cognoscitiva, proponiendo programas recreativos y culturales, en los cuales el niño encuentre respuesta a la búsqueda de su identidad y de su gradual "ingreso" en la comunidad humana. Es también importante que el niño no sea, en vuestros programas, una simple comparsa, como para enternecer los ojos cansados y desencantados de espectadores u oyentes apáticos; sino un protagonista de modelos válidos para las jóvenes generaciones.

Soy bien consciente de que al reclamaros un tal esfuerzo humano y "poético" (en el verdadero sentido de la capacidad creadora propia del arte), os pido implícitamente que renunciéis a ciertos planes de búsqueda calculada del mayor "índice de atención" de cara a un éxito inmediato. La verdadera obra de arte, ¿acaso no es aquella que se impone sin ambiciones de éxito y que nace de una auténtica habilidad y de una segura madurez profesional? Tampoco queráis excluir de vuestra producción —os lo pido como un hermano— la oportunidad de ofrecer un estímulo espiritual y religioso al corazón de los niños: y esto quiere ser una llamada confiada de colaboración por vuestra parte en la tarea espiritual de la Iglesia.

Igualmente me dirijo a vosotros, padres y educadores, catequistas y responsables de las diversas asociaciones eclesiales a fin de que queráis considerar responsablemente el problema de la utilización de los medios de comunicación social, en relación con los niños, como una cosa de importancia capital, no solamente en función de una iluminada formación que, además de desarrollar el sentido crítico y —podría decirse— la auto-disciplina en la elección de programas, les promueva realmente en un plano humano, sino también en orden a la evolución de toda la sociedad en la línea de la rectitud, de la verdad y de la fraternidad.

Queridísimos hermanos e hijos: La infancia no es un período cualquiera de la vida humana, del cual sea posible aislarse artificialmente: como un hijo es carne de la carne de sus padres, así el conjunto de los niños es parte viva de la sociedad. Por esta razón en la infancia está en juego la suerte misma de toda la vida, de la "suya" y de la "nuestra" esto es de la vida de todos. Tenemos, pues que servir a la infancia valorizando la vida y optando "en favor" de la vida a todos los niveles, y la ayudaremos presentando a los ojos y al corazón delicado y sensible de los pequeños aquello que en la vida hay de más noble y más elevado.

Dirigiendo la mirada hacia este ideal, a mi me parece encontrar el rostro dulcísimo de la Madre de Jesús, la cual, totalmente dedicada a servir a su divino Hijo, "conservaba todo esto en su corazón" (Lc 2, 51). A la luz de su ejemplo, rindo homenaje a la misión que a todos vosotros os corresponde en el terreno pedagógico y, con la confianza de que la realizaréis con un amor parejo a su dignidad, os bendigo de corazón.

Vaticano, 23 de mayo del año 1979, I del pontificado.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XIV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Papel de las comunicaciones sociales e incumbencias de la familia"**

(DOMINGO 18 DE MAYO DE 1980)

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La Iglesia católica celebrará el próximo 18 de mayo, la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, conforme a lo dispuesto por el Concilio Ecuménico Vaticano II; uno de los primeros documentos del mismo estableció que cada año, en todas las diócesis, tenga lugar una Jornada, en la cual los fieles recen para que el Señor haga más eficaz el trabajo de la Iglesia en este sector y en la cual reflexionen sobre sus propios deberes y contribuyan con una oferta al mantenimiento e incremento de las instituciones e iniciativas promovidas por la Iglesia en el campo de las comunicaciones sociales.

En el curso de estos años, la Jornada ha adquirido cada vez más importancia. Son muchos los países en que católicos y miembros de otras comunidades cristianas se han asociado para celebrarla, dando así un ejemplo oportuno de solidaridad, conforme al principio ecuménico de "no hacer separadamente lo que pueda hacerse juntos". Por ello, tenemos que estar agradecidos al Señor.

### **Los mass-media y la familia**

Este año, en sintonía con el tema del próximo Sínodo de los Obispos, que considerará las cuestiones referentes a la familia en las cambiantes circunstancias de los tiempos modernos, se nos invita a prestar atención a las relaciones entre mass-media y familia. Un fenómeno que afecta a todas las familias, incluso en su intimidad, es precisamente el de la amplia difusión de los medios de comunicación social: prensa, cine, radio y televisión. Es ya difícil encontrar una casa en la que no haya entrado al menos uno de tales medios. Mientras, hasta hace pocos años, la familia estaba compuesta de padres, hijos y por alguna otra persona unida por vínculos de parentesco o trabajo doméstico, hoy, en cierto sentido, el círculo se ha abierto a la "compañía", más o menos habitual, de anunciadores, actores, comentaristas políticos y deportivos, y también a la visita de personajes importantes y famosos, pertenecientes a profesiones, ideologías y nacionalidades diversas.

Es éste un dato de hecho que si bien ofrece oportunidades extraordinarias, no deja de esconder también insidias y peligros a los que no hay que quitar importancia. La familia se resiente hoy de las fuertes tensiones y de la desorientación creciente que caracterizan el conjunto de la vida social. Han venido a faltar algunos factores de estabilidad que aseguraban, en el pasado, una sólida cohesión interna y —gracias a la completa comunidad

de intereses y necesidades y a una convivencia que, con frecuencia, ni siquiera el trabajo interrumpía— consentían a la familia el desarrollo de un papel primordial en la función educativa y socializante.

### **Los mass-media y la juventud**

En esta situación de dificultad y, a veces, de crisis, los medios de comunicación social intervienen, a menudo, como factores de ulterior malestar. Los mensajes que llevan presentan, no raramente, una visión deformada de la naturaleza de la familia, de su fisonomía, de su papel educativo. Además, pueden introducir entre sus componentes ciertos hábitos negativos de fruición distraída y superficial de los programas, de pasividad acrítica ante sus contenidos, de renuncia a la mutua confrontación y al diálogo constructivo. En particular, mediante los modelos de vida que presentan, con la sugestiva eficacia de la imagen, de las palabras y de los sonidos, los medios de comunicación social tienden a sustituir a la familia en el papel de preparación a la percepción y a la asimilación de los valores existenciales.

Es necesario al respecto subrayar la influencia creciente que los mass-media, especialmente la televisión, ejercen en el proceso de socialización de los muchachos, facilitando una visión del hombre, del mundo y de las relaciones con los demás que, a menudo, difiere profundamente de aquella que la familia trata de transmitir. A veces los padres no se cuidan suficientemente de esto. Preocupados en general de vigilar las amistades que mantienen sus hijos, no lo están igualmente respecto de los mensajes que la radio, la televisión, los discos, la prensa y las historietas gráficas llevan a la intimidad "protegida" y "segura" de su casa. Es así como los mass-media entran a menudo en la vida de los jóvenes; sin la necesaria mediación orientadora de los padres y educadores, que podría neutralizar los posibles elementos negativos y valorizar en cambio debidamente las no pequeñas aportaciones positivas, capaces de servir al desarrollo armonioso del proceso educativo.

Es indudable, además, que los medios de comunicación social representan también una fuente preciosa de enriquecimiento cultural para el individuo y para toda la familia. Desde el punto de vista de esta última, en particular, no hay que olvidar que estos medios pueden contribuir a animar el diálogo e intercambio en la pequeña comunidad y ampliar sus centros de interés abriéndola a los problemas de la gran familia humana; consienten además una cierta participación en los acontecimientos religiosos lejanos, que pueden constituir un motivo de singular consuelo para enfermos e imposibilitados. El sentido de la universalidad de la Iglesia y de su presencia activa en la solución de los problemas de los pueblos se hace, de este modo, más profundo. Así, pues, los medios de comunicación social pueden contribuir mucho a acercar los corazones de los hombres en la simpatía, en la comprensión y en la fraternidad. La familia puede abrirse con su ayuda a sentimientos más estrechos y profundos hacia todo el género humano. Beneficios éstos que deben ser debidamente valorados.

A fin de que la familia pueda obtener estos beneficios del uso de los mass-media, sin sufrir los condicionamientos negativos, es necesario que sus componentes, y en primer lugar los padres, se sitúen en una posición activa ante éstos, procurando afinar las facultades críticas y renunciando a la pasividad ante los mensajes transmitidos, para mejor comprender y

juzgar los contenidos. Será necesario, además, decidir de manera autónoma el tiempo que se dedicará a la utilización de los medios de comunicación social, teniendo en cuenta las actividades y compromisos que la familia como tal, y cada uno de sus miembros tienen que atender.

En síntesis: corresponde a los padres educarse a si mismos, y al mismo tiempo a los hijos, a entender el valor de la comunicación, a saber elegir entre los varios mensajes vinculados a la misma, a recibirlos con selección y sin dejarse avasallar sino más bien reaccionando de manera responsable y autónoma. Cuando esto se cumple bien, los medios de comunicación dejan de interferirse en la vida de familia a modo de competencia peligrosa que insidia las funciones fundamentales, y se muestran, en cambio, como ocasión preciosa de confrontación razonada con la realidad y como útiles componentes del proceso gradual de maduración humana que exige la introducción de la juventud en la vida.

### **Responsabilidad de los profesionales**

Es evidente que en esta delicada tarea las familias deben poder contar en no pequeña medida con la buena voluntad, rectitud y sentido de responsabilidad de los profesionales de los mass-media —editores, escritores, productores, directores, dramaturgos, informadores, comentaristas y actores, categorías todas en que prevalecen los laicos—. Quiero repetir a estos hombres y mujeres cuanto dije el año pasado en uno de mis viajes: "Las grandes fuerzas que configuran el mundo —política, mass-media, ciencia, tecnología, cultura, educación e industria— constituyen precisamente las áreas en las que los seglares son especialmente componentes para ejercer su misión" (Limerick, 1 de octubre de 1979).

No hay duda de que los mass-media son hoy una de las grandes fuerzas que modelan el mundo y que en este campo un creciente número de personas, bien dotadas y altamente preparadas, está llamado a encontrar el propio trabajo y la posibilidad de ejercer su propia vocación. La Iglesia piensa en ellos con afecto atento y respetuoso, y reza por ellos. Pocas profesiones requieren tanta energía, dedicación, integridad y responsabilidad como ésta y, además, al mismo tiempo, pocas son las profesiones que tengan tanta incidencia en los destinos de la humanidad.

Invito, por lo tanto, vivamente a todos aquellos que se ocupan de actividades relacionadas con los medios de comunicación social a que se unan a la Iglesia en esta Jornada de reflexión y plegaria. Pidamos juntos a Dios que estos hermanos nuestros crezcan en la conciencia de sus grandes posibilidades de servicio a la humanidad y de orientación del mundo hacia el bien. Pidamos para que el Señor les de la comprensión, sabiduría y valor que necesiten para poder responder a sus graves responsabilidades. Pidamos para que estén siempre atentos a las necesidades de los receptores, que en gran parte son miembros de familias parecidas a las suyas, con padres a menudo demasiado cansados, tras una dura jornada de trabajo, para poder mantenerse lo suficientemente atentos, y con niños llenos de confianza, impresionables y fácilmente vulnerables. Si quieren tener presente todo esto, pensarán en las enormes resonancias que su actividad puede tener para el bien o para el mal, y se esforzarán en ser coherentes consigo mismos y fieles a su vocación personal.

Mi especial bendición apostólica se dirige hoy a todos aquellos que trabajan en el campo de las comunicaciones sociales, a todas las familias y a cuantos, mediante la oración, la reflexión y el diálogo, tratan de situar estos importantes medios al servicio del hombre y de la gloria de Dios.

Vaticano, 1 de mayo de 1980.

JOANNES PAULUS PP. II

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 15a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

**Tema: "Las comunicaciones sociales al servicio de la libertad responsable del hombre"**

31 de mayo de 1981

Queridísimos hermanos y hermanas:

La XV Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, fijada para el domingo 31 de mayo de 1981, tiene como tema: "Las comunicaciones sociales al servicio de la libertad responsable del hombre". A tan importante tema tengo intención de dedicar este mensaje, que dirijo a los hijos de la Iglesia católica y a todos los hombres de buena voluntad.

### **Un signo de los tiempos**

1. En la continua expansión y progreso de los mass-media se puede descubrir un "signo de los tiempos", que constituye un inmenso potencial de universal comprensión y un fortalecimiento de premisas para la paz y la fraternidad entre los pueblos.

Justamente Pío XII, de venerada memoria, en la Encíclica *Miranda prorsus*, del 8 de septiembre de 1957, hablaba de estos "medios", clasificándolos como "inventos maravillosos de los cuales se glorían nuestros tiempos", y veía en ellos "un don de Dios". El Decreto Inter mirifica del Concilio Ecuménico Vaticano II, al reforzar este concepto, subrayaba las posibilidades de estos medios que, "por su naturaleza están en condiciones de alcanzar y mover no sólo los individuos, sino las mismas multitudes y toda la sociedad humana".

La Iglesia, al tomar acto de las enormes posibilidades de los mass-media, ha añadido siempre, a una valoración positiva, el reclamo a consideraciones que no se detengan solamente en una evidente exaltación, sino que hagan reflexionar y considerar que la fuerza de sugestión de estos "medios" ha tenido y tendrá sobre el hombre especiales influencias que habrá que tener muy en cuenta. El hombre, también en relación con los mass-media, está llamado a ser "él mismo": o sea, libre y responsable, "usuario" y no "objeto", "crítico" y no "pasivo".

### **Servicio a la paz**

2. En el curso de mi "servicio pastoral", he llamado repetidamente la atención sobre esa "visión del hombre" como "persona libre", la cual, fundada en la divina Revelación, es confirmada y reclamada por la misma naturaleza como una necesidad vital: visión que en la actualidad resulta todavía más indispensable, tal vez también como reacción a los peligros que corre y a las amenazas que sufre o teme.

En el "Mensaje" enviado con motivo de la "Jornada mundial de la Paz", al abrirse este año 1981, quise llamar la atención sobre la libertad como condición necesaria para la consecución de la paz: libertad de los individuos, de los grupos, de las familias, de los pueblos, de las minorías étnicas, lingüísticas, religiosas.

De hecho el hombre se realiza a sí mismo en la libertad. Y a esta realización, cada vez más plena, debe tender, sin detenerse únicamente en exaltaciones verbales o retóricas, como ocurre demasiado a menudo, sin dar la vuelta al mismo sentido de la libertad y sin "cultivar de mala manera, como si todo fuera lícito a condición de que guste, incluido el mal" -como reafirma la Constitución pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et spes* (núm. 17)-, al contrario debe ver y alcanzar estrechamente, conceptualmente y de hecho, la libertad como consecuencia de la "dignidad" proveniente del hecho de ser él mismo signo altísimo de la imagen de Dios. Esta es la dignidad que exige que el hombre actúe según opciones conscientes y libres, esto es, movido e inducido por convicciones personales y no por un ciego impulso interno o por mera coacción externa (cf. *Gaudium et spes*, l. c.). También una sugestión psicológica, aparentemente "pacífica", de la cual el hombre es hecho objeto con medios de persuasión hábilmente manipulados, puede representar y ser un ataque y un peligro para la libertad. Por este motivo deseo hablar de las comunicaciones sociales al servicio de la libertad responsable del hombre. El hombre es creado libre y como tal debe crecer y formarse con un esfuerzo de superación de sí mismo, ayudado por la gracia sobrenatural. La libertad es conquista. El hombre debe liberarse de todo aquello que puede desviarlo de esta conquista.

### **La verdad, la justicia y el amor**

3. En este punto los mass-media se sitúan como factores dotados de una particular "carga positiva" en el contexto de este "esfuerzo" para la realización de la libertad responsable: es una constatación que ha permanecido constantemente presente en la atención de la Iglesia. Esta posibilidad, si es necesario, se puede también demostrar. Pero aquí hay que preguntarse antes que nada: ¿De la pura posibilidad a su realización, hay verdaderamente un "paso positivo"? ¿responden de hecho los mass-media a las expectativas suscitadas en cuanto factores que favorecen la realización del hombre en su libertad responsable"?

¿Cómo se expresan estos medios o cómo son utilizados para la realización del hombre en su libertad y cómo la promueven? De hecho se presentan como realidad de la "fuerza expresiva" y a menudo, bajo ciertos aspectos, como imposición, sin que el hombre de hoy esté en condiciones de crear el vacío en torno a sí, ni de atrincherarse en el aislamiento, porque esto equivaldría a privarse de contactos de los cuales no puede prescindir.

A menudo los mass-media son expresión de un poder que se hace "opresión", especialmente allí donde no se admite el pluralismo. Esto puede tener lugar no solamente donde la libertad es de hecho inexistente, en razón de dictaduras de cualquier signo, sino también donde, aun conservándose de alguna manera esta libertad, se registran continuamente enormes intereses y presiones manifiestas u ocultas.

Esto se refiere particularmente a la violación de los derechos de libertad religiosa, pero vale también para otras situaciones opresivas que, prácticamente, se basan por varios motivos en la instrumentalización del hombre.

### **La manipulación de los «mass-media»**

La libertad responsable de los operadores de las comunicaciones sociales, que debe presidir determinadas opciones, ¡no puede dejar de tener en cuenta a aquellos a quienes afectan dichas opciones, también ellos libres y responsables!

Llamar a los operadores de los mass-media al compromiso que impone el amor, la justicia, la verdad, junto con la libertad, es un deber de mi servicio pastoral. ¡La verdad no debe ser nunca manipulada, ni dejada de lado la justicia, ni olvidado el amor, si se quiere corresponder a aquellas normas deontológicas que, olvidadas o inatendidas, producen sectarismo, escándalos, sumisión a los poderosos o condescendencia a la razón de Estado! No será la Iglesia la que sugiera atenuar u ocultar la verdad, aunque sea dura: la Iglesia, precisamente porque es "experta en humanidad", no se deja llevar por un ingenuo optimismo, sino que predica la esperanza y no se complace en los escándalos. Pero, precisamente porque respeta la verdad, ¡no puede por menos de poner de relieve que ciertos modos de utilizar los mass-media son capciosos en relación con la verdad y deletéreos en relación con la esperanza!

4. Todavía más: se nota en los mass-media una carga agresiva en la información y en las imágenes: desde el espectáculo a los mensajes políticos, desde los descubrimientos culturales prefabricados y dirigidos -que son auténtico adoctrinamiento-, a los mismos mensajes publicitarios.

Es difícil en nuestro mundo pensar en operadores de los mass-media que estén desvinculados de sus propias matrices culturales; pero ello no debe hacer que se imponga a otros la ideología personal. El operador deberá llevar a cabo un servicio lo más objetivo posible y no transformarse en un persuasor oculto por interés de parte, conformismo o ganancia.

Hay además un peligro para la libertad responsable de los usuarios de los medios de comunicación social, que hay que señalar como un grave atentado y está constituido por las sollicitaciones a la sexualidad, llegando incluso a la irrupción de la pornografía: en las palabras pronunciadas o escritas, en las imágenes, en las representaciones e incluso en ciertas manifestaciones llamadas "artísticas". Se lleva a la práctica a veces un auténtico lenocinio, que cumple con una obra de destrucción y perversión. Denunciar este estado de cosas no es manifestar, como a menudo se oye decir, mentalidad atrasada o voluntad de censura: la denuncia, también en este punto, se hace precisamente en nombre de la libertad, que postula y exige no tener que sufrir imposiciones por parte de quien quiera transformar la sexualidad misma en un "fin". Esta operación sería no sólo anticristiana, sino antihumana, con los consiguientes pasos a la droga, a la perversión, a la degeneración.

La capacidad intrínseca de los medios de comunicación social ofrece posibilidades enormes, se ha dicho. Entre ellas también la de exaltar la violencia, a través de la



descripción y figuración de la existente en la crónica cotidiana, con "complacencias" de palabras y de imágenes, ¡tal vez con el pretexto de condenarla! Se da demasiado a menudo una especie de búsqueda que tiende a suscitar emociones violentas para estimular la atención, cada vez más débil.

### **Grandes posibilidades y eventuales peligros**

5. No se puede dejar de hablar del efecto y de la influencia que todo esto ejerce de manera particular en la fantasía de los más jóvenes y de los niños, grandes usuarios de los mass-media, desprovistos y abiertos a los mensajes y a las sensaciones.

Hay una maduración que debe ser ayudada sin traumatizar artificialmente un sujeto todavía en formación.

La Iglesia, en éste como en otros campos, pide responsabilidad, no sólo a los operadores de los medios de comunicación social, sino a todos y, de manera especial, a las familias.

El modo de vivir, especialmente en las naciones más industrializadas, lleva muy a menudo a que las familias se descarguen de sus responsabilidades educativas, encontrando en la facilidad de evasión (en casa representada especialmente por la televisión y ciertas publicaciones) el modo de tener ocupados tiempo y actividad de niños y muchachos. Nadie puede negar que en ello hay una cierta justificación, dado que demasiado a menudo faltan estructuras e infraestructuras suficientes para potenciar y valorizar el tiempo libre de los chicos y orientar sus energías.

Sufren las consecuencias precisamente aquellos que más necesidad tienen de ser ayudados en el desarrollo de su libertad responsable. Y he aquí que emerge el deber -especialmente para los creyentes, para las mujeres y los hombres amantes de la libertad- de proteger especialmente a los niños y muchachos de las agresiones que sufren también por parte de los mass-media. ¡Que nadie falte a su deber aduciendo motivos demasiado cómodos para desentenderse!

### **Acción pastoral de la Iglesia**

6. ¡Hay que preguntarse, especialmente en las circunstancias de esta Jornada, si la misma acción pastoral lleva a buen fin todo aquello que se le pide en el sector de los mass-media!

Al respecto hay que recordar, además del documento *Communio et progressio*, cuyo décimo aniversario celebramos, lo dicho en el Sínodo de los Obispos de 1977 -ratificado por la Constitución Apostólica *Catechesi tradendae*-, así como lo que ha puesto de relieve el Sínodo de los Obispos de octubre de 1980, sobre problemas de la familia.

La teología y la práctica pastoral, la organización de la catequesis, la escuela -especialmente la escuela católica-, las asociaciones y los grupos católicos, ¿qué han hecho, concretamente, por este específico punto crucial?

Hay que intensificar la acción directa para la formación de una conciencia crítica que influya en las actitudes y en los comportamientos no sólo de los católicos o de los hermanos cristianos -defensores por convicción o por misión de la libertad y de la dignidad de la persona humana-, sino de todos los hombres y mujeres, adultos y jóvenes, a fin de que sepan verdaderamente "ver, juzgar y actuar" como personas libres y responsables, también -quisiera decir sobre todo- en la producción y en las decisiones que se refieren a los medios de comunicación social.

El servicio pastoral, del que soy responsable; la mentalidad conciliar, de la que tantas veces he tenido modo de hablar y que siempre he estimulado; mis experiencias personales y convicciones de hombre, de cristiano y de obispo me llevan a subrayar la posibilidad de bien, la riqueza, el carácter providencial de los mass-media. Puedo añadir que no me pasa inadvertido, antes bien, me "interesa mucho" ese aspecto suyo que se suele llamar artístico. Pero todo ello no impide que se vea también la parte que en el uso -o abuso- de los mass-media tiene la ganancia, la industria, la razón del poder.

Todos estos aspectos han de ser considerados de cara a una valoración global de estos medios. ¡Que los mass-media sean, cada vez menos, instrumentos de manipulación del hombre! Y sean en cambio, cada vez más, promotores de libertad: medios de potenciamiento, de crecimiento, de maduración de la verdadera libertad del hombre.

Con estos deseos, me siento feliz de invocar sobre todos aquellos que lean estas palabras y traten de captar y actuar su sentido pastoral, los más abundantes favores celestiales, de los cuales es prenda mi bendición apostólica.

Vaticano, 10 de mayo, IV domingo de Pascua de 1981, III año de mi pontificado.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 16a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### Tema: los problemas de los ancianos

10 de mayo de 1982

Queridísimos hermanos y hermanas en Cristo:

Hace ya dieciséis años que la Iglesia católica celebra una "Jornada" especial, en la cual los fieles son invitados a reflexionar acerca de sus deberes de oración y compromiso personal en el importante sector de las comunicaciones sociales, respondiendo con ello a una precisa indicación conciliar (cf. Inter mirifica, 18); y cada año se asigna a dicha Jornada un tema específico, hacia el cual se invita a los fieles a dirigir su atención, así como "las oraciones y limosnas propias" (cf. Inter mirifica, 18). En la línea de esta tradición, he querido que este año se dedique la Jornada a los ancianos, aceptando con gusto el tema que la Organización de las Naciones Unidas ha tomado en consideración para 1982.

1. Hoy se presentan los problemas de los ancianos con características notablemente distintas respecto a tiempos pasados. Nuevo es, sobre todo, el problema conexas con el elevado número de los ancianos mismos, incrementado, en los países de alto nivel de vida, por los continuos progresos de la medicina y de las medidas higiénico-sanitarias, de las mejores condiciones de trabajo y del creciente bienestar general.

Resultan pues nuevos algunos factores propios de la moderna sociedad industrial y post-industrial y en primer lugar, la estructura de la familia que, de patriarcal que era en la sociedad campesina, ha quedado reducida en general a un pequeño núcleo. Aparece a menudo aislada e inestable cuando no precisamente disgregada. A ello han contribuido y contribuyen diversos factores, tales como el éxodo del campo y la carrera hacia las aglomeraciones urbanas, a las cuales se han añadido, en nuestros días, la búsqueda a veces desmedida del bienestar y la carrera hacia el consumismo. En tal contexto con frecuencia los ancianos terminan por convertirse en un estorbo.

De ahí algunos inconvenientes graves que demasiado a menudo pesan sobre los ancianos: desde la mayor indigencia, sobre todo en los países privados aún de toda seguridad social para la vejez, hasta la inactividad forzada de los jubilados, en especial los procedentes de la industria o del sector terciario, y hasta la amarga soledad de todos aquellos que se encuentran privados de amistades y de verdadero afecto familiar. Con el aumentar de los años, con el declinar de las fuerzas y con la llegada de alguna debilitante enfermedad, se hacen sentir, de manera cada vez más grave, la fragilidad física y, sobre todo, el peso de la vida.

2. Estos problemas de la tercera edad no pueden encontrar una solución adecuada si no son sentidos y vividos por todos como realidades pertenecientes a la humanidad entera, la cual está llamada a valorizar las personas ancianas en razón de la dignidad de todo hombre y del significado de la vida, "que es un don, siempre".

La Sagrada Escritura, que hace frecuente referencia a los ancianos, considera la vejez como un don que se renueva y que debe ser vivido cada día en la apertura a Dios y al prójimo.

Ya en el Antiguo Testamento se considera al anciano sobre todo como un maestro de vida: "¡Qué bien dice la sabiduría a los ancianos...! La corona de los ancianos es su rica experiencia, y el temor del Señor, su gloria" (Eclo 25, 7-8). Además, el anciano tiene otra importante tarea: transmitir la Palabra de Dios a las nuevas generaciones: "Con nuestro oído, ¡oh Dios!, hemos oído; nos contaron nuestros padres la obra que tú hiciste en sus días" (Sal 44, 2). Al anunciar a los jóvenes la propia fe en Dios, él conserva la fecundidad de espíritu, que no decae con el declinar de las fuerzas físicas: "Fructificarán aun en la senectud, y estarán llenos de savia y verdor. Para anunciar cuán recto es Yavé" (Sal 92, 15-16). A estas tareas de los ancianos, corresponden los deberes de los jóvenes, o sea, el deber de escucharles: «No desprecies las sentencias de los ancianos» (Eclo 8, 11), "pregunta a tu padre, y te enseñará; a tus ancianos, y te dirán" (Dt 32, 7); y el de asistirles: "¿Hijo, acoge a tu padre en su ancianidad, y no le des pesares en su vida. Si llega a perder la razón, muéstrate con él indulgente y no le afrentes porque estés tú en la plenitud de tu fuerza" (Eclo 3, 14-15).

No menos rica es la enseñanza del Nuevo Testamento, donde San Pablo presenta el ideal de vida de los ancianos mediante consejos "evangélicos" muy concretos sobre la sobriedad, dignidad, buen sentido, seguridad en la fe, en el amor y en la paciencia (cf. Tit 2, 2). Un ejemplo muy significativo es el del viejo Simeón, vivido en la espera y en la esperanza del encuentro con el Mesías, y para quien Cristo pasa a ser la plenitud de la vida y la esperanza del futuro para él y para todos los hombres. Al estar preparado con fe y humildad, sabe reconocer al Señor y canta con entusiasmo no una despedida de la vida, sino un himno de gracias al Salvador del mundo, en el umbral de la eternidad (cf. Lc 2, 25-32).

3. Precisamente porque la tercera edad es un momento de la vida que hay que vivir con esfuerzo y amor, es necesario que se dé adecuado relieve y apoyo a todos aquellos "movimientos" que ayuden a los ancianos a salir de la actitud de desánimo, de soledad y de resignación, para hacer de ellos dispensadores de sabiduría, testigos de esperanza y artífices de caridad.

El primer ambiente en el que ha de desarrollarse la acción de los ancianos es la familia. Su sabiduría y su experiencia es un tesoro para los esposos jóvenes, que, en sus primeras dificultades de vida matrimonial pueden encontrar en los padres y confidentes ya mayores, las personas con quienes abrirse y aconsejarse, mientras en el ejemplo y en los cuidados afectuosos de los abuelos, los nietos encuentran compensación a las ausencias, hoy tan frecuentes por varios motivos, de los padres.

No es suficiente: en la misma sociedad civil, que ha confiado siempre al consejo de personas maduras la estabilidad del ordenamiento social, aun en el progreso de las necesarias reformas, los ancianos pueden todavía hoy representar el elemento equilibrador para la construcción de una convivencia, que avance y se renueve, no a través de experiencias ruinosas, sino con prudentes y graduales desarrollos.

4. En favor de los ancianos, los operadores de la comunicación social tienen una misión que cumplir de la mayor importancia, diría que insustituible. Precisamente los mass-media, con la universalidad de su radio de acción y lo penetrante de su mensaje, pueden, con rapidez y elocuencia, reclamar la atención y la reflexión de todos sobre los ancianos y sobre sus condiciones de vida. Sólo una sociedad consciente y sanamente animada y movilizadora, podrá proceder a la búsqueda de orientaciones y soluciones, que respondan eficazmente a las nuevas necesidades.

Los operadores de la comunicación social pueden, pues, contribuir enormemente a la demolición de algunas impresiones unilaterales de la juventud, devolviendo a la edad madura y a la vejez el sentido de la propia utilidad y ofreciendo a la sociedad modelos de pensamiento y jerarquía de valores que revaloricen la persona del anciano. Estos, además, tienen la posibilidad de recordar oportunamente a la opinión pública que, junto al problema del "justo salario", se da también el problema de la "pensión justa", que no con menos fuerza forma parte de la "justicia social".

De hecho, los modernos esquemas culturales, que a menudo exaltan unilateralmente la productividad económica, la eficiencia, la belleza y la fuerza física, el bienestar personal, pueden inducir a considerar las personas ancianas incómodas, superfluas, inútiles y consiguientemente a marginarlas de la vida familiar y social. Un atento examen en este sector revela que parte de la responsabilidad de tal situación recae sobre algunas orientaciones de los mass-media: si es cierto que los medios de comunicación social son reflejo de la sociedad en la que actúan, no es menos cierto que contribuyen también a modelarla y que no pueden, por tanto, eximirse de la propia responsabilidad en este campo.

Los operadores están especialmente cualificados para difundir aquella visión auténticamente humana, y por tanto también cristiana, del anciano que hemos estado indicando hasta ahora: la ancianidad como don de Dios para el individuo, para la familia y para la sociedad. Autores, escritores, directores, actores, mediante las maravillosas vías del arte, pueden conseguir hacer comprensible y atractiva una tal visión. Todos conocemos el éxito que los mass-media han obtenido en otras campañas, conducidas con habilidad y perseverancia.

5. Estas orientaciones humanas y cristianas, difundidas por los mass-media, ayudarán a los ancianos a contemplar este período de la vida con serenidad y realismo; a poner en lo posible sus energías intelectuales, morales y físicas a disposición de los demás, apoyando iniciativas de carácter humanitario, educativo, social y religioso; a llenar sus largos silencios mediante la cultura y en el coloquio con Dios. Los hijos se darán cuenta de que el ambiente ideal para los ancianos es el de la familia, como cohabitación no tanto física cuanto afectiva, que les hace sentirse sinceramente aceptados, amados y sostenidos. La sociedad civil deberá ser estimulada a la adopción de sistemas adecuados de previsión social y formas de asistencia que tengan en cuenta, no sólo las necesidades físicas y materiales sino también las psicológicas y espirituales, de manera que se integre permanentemente a los ancianos y se les permita una vida plena. Personas generosas percibirán la llamada a dar tiempo y energías al servicio de esta causa, al descubrir en el hermano necesitado a Cristo mismo.

Además de esta benéfica tarea de animación, los operadores de la comunicación social, conscientes del hecho de que los ancianos constituyen proporciones numerosas y estables de su público, especialmente de radio-telespectadores y de lectores, procurarán que no falten programas y publicaciones especialmente adecuados para ellos, de manera que se les ofrezca no sólo un pasatiempo distensivo y recreativo, sino también ayuda para una formación permanente que se hace necesaria en todas las edades. Dichos operadores se harán merecedores de especial gratitud sobre todo por parte de los impedidos y enfermos al consentirles participar con el Pueblo de Dios en las acciones litúrgicas y acontecimientos de la Iglesia. En tales transmisiones se hará necesario naturalmente tener en cuenta las exigencias y sensibilidad especial del anciano, evitando novedades desconcertantes y respetando el sentido de lo sagrado, que el anciano posee en alto grado y que en la Iglesia constituye un bien a conservar.

6. En esta Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, dedicada a los problemas de los ancianos, ellos han de ser los primeros en ofrecer al Señor oraciones y sacrificios, a fin de que en el mundo se desarrolle la visión cristiana de la edad avanzada.

Los que disfruten del encanto de la infancia, del vigor de la juventud y de la eficiencia de la media edad, miren con respeto, gratitud y amor a aquellos que les preceden.

Los operadores de la comunicación social deben alegrarse por el hecho de poner sus maravillosos recursos al servicio de esta causa tan noble y tan meritoria.

Quiera el Señor bendecir y sostener a todos en sus propósitos.

Con estos deseos me alegra impartir a todos aquellos que trabajan en el campo de las comunicaciones sociales, a cuantos responsablemente se valgan de sus servicios, y de manera especial a las personas ancianas, mi bendición apostólica, propiciadora de copiosos dones de serena alegría y progreso espiritual.

Vaticano, 10 de mayo de 1982, IV año de mi pontificado.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 17ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### Tema: La promoción de la paz

15 de mayo de 1983

Queridísimos hermanos y hermanas en Cristo:

1. La promoción de la paz: éste es el tema que la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales propone este año a vuestra reflexión. Tema de extrema importancia y de palpitante actualidad.

En un mundo que, gracias al progreso espectacular y a la rápida expansión de los mass-media, se está volviendo cada vez más interdependiente, la comunicación y la información representan hoy un poder que puede servir eficazmente a la causa noble y grande de la paz, pero puede agravar también las tensiones y favorecer nuevas formas de injusticia y de violación de los derechos humanos.

Plenamente consciente del papel de los operadores de la comunicación social, en mi reciente Mensaje para la Jornada mundial de la Paz (1 de enero de 1983), que tenía como tema: "El diálogo por la paz, un desafío para nuestro tiempo", he creído necesario dirigir una especial llamada a cuantos trabajan en los mass-media para animarles a sopesar su responsabilidad y a poner de relieve con la mayor objetividad los derechos, los problemas y las mentalidades de cada una de las partes a fin de promover la comprensión y el diálogo entre los grupos, los países y las civilizaciones (cf. núm. 2).

¿De qué modo la comunicación social podrá promover la paz?

#### **Garantizar un uso recto, justo y constructivo de la información**

2. Ante todo mediante la realización, en el plano institucional, de un orden de la comunicación que garantice un recto uso, justo y constructivo, de la información, removiendo atropellos, abusos y discriminaciones fundadas sobre el poder político, económico e ideológico. No se trata aquí en primer lugar de pensar en nuevas aplicaciones tecnológicas, sino más bien de repensar los principios fundamentales y las finalidades que han de presidir la comunicación social, en un mundo que ha pasado a ser como una sola familia y en el cual el legítimo pluralismo ha de quedar asegurado sobre una base común de consenso en torno a los valores esenciales de la convivencia humana. A este fin se exige una sabia maduración de la conciencia, tanto para los operadores de la comunicación como para los receptores, y se hacen necesarias opciones certeras, justas y valientes por parte de los poderes públicos, de la sociedad y de las instituciones internacionales. Un recto orden de la comunicación social y una equitativa participación en sus beneficios, dentro del pleno respeto de los derechos de todos, crean un ambiente y condiciones favorables para un diálogo mutuamente enriquecedor entre los ciudadanos, los pueblos y las diversas culturas, mientras las injusticias y los desórdenes en este sector favorecen situaciones conflictivas.

Así, la información parcial, arbitrariamente impuesta desde arriba o por las leyes de mercado de la publicidad, la concentración monopolística, las manipulaciones de cualquier género, no sólo son atentados al recto orden de la comunicación social, sino que terminan también por dañar los derechos a la información responsable y poner en peligro la paz.

### **Promover los valores de un humanismo integral**

3. La comunicación, en segundo lugar, promueve la paz cuando en sus contenidos educa constructivamente al espíritu de paz. La información, en realidad, no es nunca neutra, sino que responde siempre, al menos implícitamente y en las intenciones, a opciones de fondo. Un nexo íntimo vincula la comunicación y la educación a los valores. Unos hábiles subrayados o frases forzadas, así como unos silencios bien dosificados, revisten en la comunicación un profundo significado. Por lo tanto, las formas y modos con los que se presentan situaciones y problemas tales como el desarrollo, los derechos humanos, las relaciones entre los pueblos, los conflictos ideológicos, sociales y políticos, las reivindicaciones nacionales, la carrera de armamentos, por citar sólo algunos ejemplos, influyen directa o indirectamente en la formación de la opinión pública y en la creación de mentalidades orientadas en el sentido de la paz o, por el contrario, abiertas hacia soluciones de fuerza.

La comunicación social, si quiere ser instrumento de paz, deberá superar las consideraciones unilaterales y parciales, removiendo prejuicios y creando, en cambio, un espíritu de comprensión y de recíproca solidaridad. La aceptación leal de la lógica de la convivencia pacífica en la diversidad exige la constante aplicación del método del diálogo. Y éste, reconociendo el derecho a la existencia y a la expresión de todas las partes, afirma el deber de que se integren unas con otras, a fin de conseguir ese bien superior que es la paz, al cual se contraponen hoy, como dramática alternativa, la amenaza de la destrucción atómica de la civilización humana.

Como consecuencia, hoy se hace todavía más necesario y urgente proponer los valores de un humanismo integral, fundado en el reconocimiento de la verdadera dignidad y de los derechos del hombre, abierto a la solidaridad cultural, social y económica entre personas, grupos y naciones, con la conciencia de que una misma vocación agrupa a toda la humanidad.

### **4. La comunicación social, en fin, promueve la paz si los profesionales de la información son operadores de paz.**

La peculiar responsabilidad y las insustituibles tareas que los comunicadores tienen en orden a la paz se deducen de la consideración sobre la capacidad y el poder que éstos poseen de influir, quizás de manera decisiva, en la opinión pública, e incluso en los mismos gobernantes.

Habrán ciertamente que asegurar a los operadores de la comunicación social, para el ejercicio de sus importantes funciones, unos derechos fundamentales tales como el acceso a las fuentes de información y la facultad de presentar los hechos de manera objetiva.



### **Favorecer el consenso y el diálogo, reforzar la comprensión y la solidaridad**

Pero, por otra parte, es también necesario que los operadores de la comunicación trasciendan los dictados de una ética concebida en clave meramente individualista y, sobre todo, que no se dejen poner al servicio de los grupos de poder, visibles u ocultos. En cambio, han de tener presente que, más allá y por encima de las responsabilidades contractuales en relación con los órganos de información y de las responsabilidades legales, tienen también unos deberes precisos hacia la verdad, hacia el público y hacia el bien común de la sociedad.

Los comunicadores sociales prestarán una ayuda magnífica a la causa de la paz si en el ejercicio de su tarea, que es una verdadera misión, saben promover la información serena e imparcial, favorecer el entendimiento y el diálogo, reforzar la comprensión y la solidaridad.

A vosotros confío, queridísimos hermanos y hermanas, estas consideraciones precisamente en el comienzo del Año Santo extraordinario, con el cual vamos a celebrar el 1950 aniversario de la redención del hombre, obrada por Cristo Jesús, "Príncipe de la paz" (cf. Is 9, 6), Aquel que es "nuestra paz" y ha venido a "anunciar la paz" (cf. Ef 2, 14. 17).

Mientras invoco sobre vosotros y sobre los operadores de la comunicación social el don divino de la paz, que es "fruto del Espíritu" (cf. Gál 5, 22), imparto cordialmente mi bendición apostólica.

Vaticano, 25 de marzo de 1983, V año de mi pontificado.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 18a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: Las comunicaciones sociales, instrumento de encuentro entre fe y cultura**

24 de mayo de 1984

Muy queridos hermanos y hermanas en Cristo:

1. Esta Jornada anual que quiso el Concilio Vaticano II para "vigorizar con creciente eficacia el multiforme apostolado de la Iglesia en materia de medios de comunicación social" (Inter mirifica, 18), es la XVIII y tiene por objeto educar cada vez mejor a los fieles respecto de sus deberes en un sector tan importante. En esta ocasión deseo en primer lugar exhortar a cada uno de vosotros a uniros a mí en la oración para que el mundo de la comunicación social, con sus operadores y la multitud de quienes la reciben, desempeñe fielmente su función al servicio de la verdad, libertad y promoción de todo el hombre en todos los hombres.

El tema elegido para esta XVIII Jornada es de gran relieve: Las comunicaciones sociales, instrumento de encuentro entre fe y cultura. Cultura, fe y comunicación son tres realidades con una relación entre sí de la que dependen el presente y el futuro de nuestra civilización llamada a expresarse con plenitud creciente en su dimensión planetaria.

2. Según he dicho ya (cf. Discurso a la UNESCO, 2 de junio de 1980), la cultura es un modo específico de existir y ser del hombre. Dentro de cada comunidad crea un conjunto de vínculos entre las personas que determinan el carácter interhumano y social de la existencia humana. Sujeto y artífice de la cultura es el hombre y éste se expresa en ella, y en ella alcanza su equilibrio.

La fe es el encuentro entre Dios y el hombre, a Dios que revela y realiza en la historia su plan de salvación, responde el hombre con la fe, acogiendo y haciendo suyo este designio y orientando su vida hacia este mensaje (cf. Rom 10, 9; 2 Cor 4, 13): la fe es un don de Dios al que debe responder la decisión del hombre.

Pero si la cultura es el camino específicamente humano para llegar cada vez más al ser y si, por otra parte, el hombre se abre en la fe al conocimiento del Ser Supremo, a cuya imagen y semejanza ha sido creado (cf. Gén 1, 26), no hay quien no capte la relación profunda existente entre una y otra experiencia humana. Así se comprende por qué el Concilio Vaticano II ha querido destacar "los estímulos y ayudas excelentes" que el misterio de la fe cristiana ofrece al hombre para que cumpla con mayor empeño el deber de construir un mundo más humano, es decir, un mundo que responda a su "vocación integral" (cf. Gaudium et spes, 57).

Más aún, la cultura es de por sí comunicación no sólo y no tanto del hombre con el ambiente que está llamado a señorear (cf. Gén 2, 19-20), cuanto del hombre con los demás

hombres. En efecto la cultura es una dimensión relacional y social de la existencia humana; iluminada por la fe, expresa asimismo la comunicación plena del hombre con Dios en Cristo y, al contacto con las verdades reveladas por Dios, encuentra más fácilmente el fundamento de las verdades humanas que promueven el bien común.

3. Por tanto, la fe y la cultura están llamadas a encontrarse y a inter-actuar precisamente en el terreno de la comunicación: la realización concreta del encuentro y de la interacción, y de su intensidad y eficacia, en gran medida dependen de la idoneidad de los instrumentos empleados en la comunicación. La prensa, cine, teatro, radio y televisión, con la evolución experimentada por cada uno de estos medios a lo largo de la historia, no siempre han resultado adecuados para el encuentro entre fe y cultura. En especial la cultura de nuestro tiempo parece dominada y plasmada por medios de comunicación novísimos y potentes -la radio y sobre todo la televisión-, hasta el punto de que a veces parecen imponerse como fines y no como simples medios, incluso por las características de organización y estructura que requieren.

Sin embargo, este aspecto de los mass-media modernos no debe hacernos olvidar que se trata siempre de comunicación y que ésta es por naturaleza siempre comunicación de algo; por tanto, el contenido de la comunicación es determinante siempre, hasta el punto de cualificar la misma comunicación. Así, pues, sobre los contenidos hay que apelar siempre al sentido de responsabilidad de los comunicadores y al sentido crítico de quienes reciben la comunicación.

4. Ciertos aspectos decepcionantes del uso de los mass-media modernos, no deben llevarnos a olvidar que con sus contenidos pueden llegar a ser maravillosos instrumentos de difusión del Evangelio, adaptados a los tiempos y capaces de alcanzar los extremos más recónditos de la tierra. Y en especial pueden prestar gran ayuda en la catequesis, como he recordado en la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* (n. 46).

Sean, pues, conscientes de su alta misión cuantos utilizan los medios de comunicación social en la evangelización, pues contribuyen a construir un tejido cultural en el que el hombre se hace más hombre al adquirir conciencia de su relación con Dios; tengan la competencia profesional debida y sientan la responsabilidad de transmitir el mensaje evangélico con toda su pureza e integridad, sin confundir la doctrina divina con las opiniones de los hombres. Porque los mass-media siempre responden a una determinada concepción del hombre, tanto cuando se ocupan de la actualidad informativa, como cuando afrontan temas propiamente culturales o se emplean con fines de expresión artística o de entretenimiento; y se los evalúa según sea acertada y completa esta concepción.

Al llegar a este punto, mi llamamiento se hace urgente y se dirige a todos los operadores de la comunicación social de cualquier latitud y religión.

### **Operadores de la comunicación social:**

No deis una imagen del hombre mutilada, tergiversada o cerrada a los auténticos valores humanos. Conceded espacio a lo trascendente, que hace al hombre más hombre.

No ridiculicéis los valores religiosos, no los ignoréis, no los interpretéis según esquemas ideológicos.

Esté inspirada siempre vuestra información en criterios de verdad y justicia, y sentid el deber de rectificar y reparar cuando caigáis en algún error.

No corrompáis a la sociedad y menos aún a los jóvenes con la representación regodeada e insistente del mal, la violencia o la depravación moral, pues así hay manipulación ideológica y siembra de divisiones.

Sabed todos los operadores de los mass-media que vuestros mensajes llegan a la masa, que lo es por el número de sus componentes; pero cada uno de ellos es hombre, persona concreta e irrepetible, a quien se ha de reconocer y respetar como tal. ¡Ay de quien escandalice, sobre todo a los más pequeños! (cf. Mt 18. 6).

En una palabra, empeñaos en promover una cultura verdaderamente a la medida del hombre, conscientes de que actuando así facilitaréis el encuentro con la fe, de la que nadie debe tener miedo.

5. Un examen realista lleva, por desgracia, a reconocer que en nuestro tiempo se usan las inmensas potencialidades de los mass-media contra el hombre y que la cultura dominante desatiende el encuentro con la fe, tanto en los países donde está permitida la libre circulación de las ideas como donde la libertad de expresión se confunde con el desenfreno irresponsable. Es deber de todos sanear la comunicación social y enderezarla de nuevo a sus nobles objetivos; aténganse los comunicadores a las reglas de una ética profesional correcta, desempeñen los críticos su útil acción clarificadora ayudando a formar la conciencia crítica de los receptores de la comunicación, sepan éstos seleccionar con talento y prudencia libros, periódicos, espectáculos cinematográficos y teatrales y programas televisivos, para que les ayuden a crecer y no a pervertirse, y también, a través de formas asociativas convenientes hagan oír su voz ante los operadores de la comunicación para que ésta respete siempre la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables. Y recuerdo, con palabras del Concilio Vaticano II, que "la misma autoridad pública que legítimamente se ocupa de la salud de los ciudadanos, está obligada a procurar justa y celosamente mediante la promulgación y diligente ejecución de las leyes, que no se sigan graves daños a la moralidad pública y al progreso de la sociedad por el uso depravado de estos medios de comunicación" (Inter mirifica, 12).

6. En efecto, como hay un hombre comunicador al comienzo de la comunicación y un hombre receptor al final de ésta, los instrumentos de comunicación social facilitarán el encuentro entre fe y cultura si favorecen el encuentro entre las personas, a fin de que no se forme una masa de individuos aislados en la que cada uno dialogue con la página, el escenario y la grande o pequeña pantalla, sino una comunidad de personas conscientes de la importancia del encuentro con la fe y la cultura, y decididas a llevarlo a cabo por medio del contacto personal en la familia, en el lugar de trabajo y en las relaciones sociales. Cultura y fe que encuentran en los mass-media ayudas directas o indirectas útiles y hasta indispensables, circulan en el diálogo entre padres e hijos, se enriquecen con la obra de maestros y educadores y crecen con la acción pastoral directa hasta el encuentro personal con Cristo presente en la Iglesia y en sus sacramentos.

Por intercesión de María Santísima pido para los operadores de la comunicación y para la inmensa comunidad de receptores, los favores celestiales de los que es propiciadora mi

bendición apostólica, con el fin de que cada uno según su misión se empeñe en que las comunicaciones sociales sean instrumentos cada vez más eficaces de encuentro entre fe y cultura.

Vaticano 24 de mayo de 1984, VI año de mi pontificado.

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 19ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

### **Tema: Las comunicaciones sociales para una promoción cristiana de la juventud**

19 de mayo de 1985

¡Queridísimos hermanos y hermanas en Cristo, hombres y mujeres que sentís profundamente la causa de la dignidad de la persona humana y, sobre todo, vosotros jóvenes del mundo entero, que tenéis que escribir una nueva página de historia para el 2000!

1. La Iglesia, como todos los años, se prepara a celebrar la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales. Una cita de oración y de reflexión, a la cual debe sentirse convocada toda la comunidad eclesial, llamada al anuncio y testimonio del Evangelio (cf. Mc 16, 15), a fin de que los mass-media, con la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, puedan contribuir verdaderamente a la "actuación de la justicia, de la paz, de la libertad y del progreso humano" (Communio et progressio, 100).

El tema de la Jornada -"Las comunicaciones sociales para una promoción cristiana de la juventud"- está en sintonía con la iniciativa de las Naciones Unidas, que han proclamado 1985 "Año Internacional de la Juventud". Los medios de comunicación social, "capaces de extender casi hasta el infinito el campo de escucha de la Palabra de Dios" (Evangelii nuntiandi, 45), pueden en efecto ofrecer a los jóvenes una notable contribución para realizar, mediante una elección libre y responsable, su vocación personal de hombres y de cristianos, preparándose de este modo a ser los constructores y los protagonistas de la sociedad de mañana.

2. La Iglesia, con el Concilio Vaticano II, del que celebramos este año el XX aniversario de la clausura, y después con el Magisterio sucesivo, ha reconocido claramente el gran relieve de los mass-media en el desarrollo de la persona humana: en el plano de la información, de la formación, de la maduración cultural, además de la diversión y del empleo del tiempo libre. Pero ésta ha precisado también que se trata de instrumentos al servicio del hombre y del bien común; medios y no fines.

El mundo de la comunicación social se encuentra hoy sometido a un desarrollo tan vertiginoso cuanto complejo e imprevisible -se habla ya de época tecnocrónica, para indicar la creciente interacción entre tecnología y electrónica- y afectado por no pocos problemas, conexos con la elaboración de un nuevo orden mundial de la información y de la comunicación, en relación con las perspectivas abiertas mediante el empleo de los satélites y la superación de las barreras del éter.

Se trata de una revolución que, no sólo comporta un cambio en los sistemas y las técnicas de comunicación, sino que afecta a todo el universo cultural, social y espiritual de la persona humana. Esta, en consecuencia, no puede responder simplemente a unas propias

reglas internas, sino que debe obtener los propios criterios de fondo de la verdad del hombre y sobre el hombre, formado a imagen de Dios.

Según el derecho a la información, que todo hombre posee, la comunicación debe responder siempre, en su contenido, a la verdad y, en el respeto de la justicia y de la caridad, debe ser íntegra. Lo cual es válido, con mayor razón, en el momento de dirigirse a los jóvenes, a aquellos que se están abriendo a las experiencias de la vida. Sobre todo, en este caso, la información no puede quedar indiferente respecto a valores que tocan en profundidad la existencia humana, tales como la primacía de la vida desde el momento de su concepción, la dimensión moral y espiritual, la paz, la justicia. La información no puede ser neutra ante problemas y situaciones que, a nivel nacional e internacional, desbaratan el tejido conjuntivo de la sociedad, como la guerra, la violación de los derechos humanos, la pobreza, la violencia, la droga.

3. El destino del hombre se decide, desde siempre, en el frente de la verdad, de la elección que, en virtud de la libertad que le ha concedido el Creador, el hombre realiza entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Pero resulta impresionante y doloroso ver, hoy, un número siempre mayor de hombres impedidos de realizar libremente esta elección, ya sea porque están subyugados por regímenes autoritarios, sofocados por sistemas ideológicos, manipulados por una ciencia y una técnica totalizantes, o condicionados por los mecanismos de una sociedad fomentadora de comportamientos cada vez más despersonalizados.

La libertad parece ser el gran desafío que la comunicación social deberá afrontar, para conquistar espacios de suficiente autonomía, allí donde ésta se encuentre todavía sometida a las censuras de regímenes totalitarios o a las imposiciones de poderosos grupos de presión culturales, económicos, políticos.

Factores de comunión y de progreso, los mass-media deben superar las barreras ideológicas y políticas, acompañando a la humanidad en su camino hacia la paz y favoreciendo el proceso de integración y de solidaridad fraterna entre los pueblos, en la doble dirección Este-Oeste y Norte-Sur. Vehículos de formación y de cultura, los mass-media deben contribuir a la renovación de la sociedad y, en particular, al desarrollo humano y moral de los jóvenes, haciéndoles tomar conciencia de los compromisos históricos que les esperan en vísperas del tercer milenio. A tal fin, los mass-media deben abrir a la juventud nuevos horizontes, educándola en el deber, en la honestidad, en el respeto de los propios semejantes, en el sentido de la justicia, de la amistad, del estudio, del trabajo.

4. Estas consideraciones ponen en clara evidencia el inmenso potencial de bien que los medios de comunicación social pueden hacer desencadenar. Pero al propio tiempo, dejan también intuir las graves amenazas que los mass-media -si se doblan a la lógica de poderes o de intereses, si son utilizados con fines torcidos, contra la verdad, contra la dignidad de la persona humana, contra su libertad- pueden llevar a la sociedad. Y en primer lugar a los miembros de la misma más frágiles e indefensos.

El periódico, el libro, el disco, el filme, la radio, sobre todo la televisión y, ahora, el videoregistrador, hasta llegar a la cada día más sofisticada computadora, representan hoy

en día una fuente importante, si no la única, a través de la cual el joven entra en contacto con la realidad externa y vive la propia cotidianidad. Por otra parte, el joven acude cada vez más frecuentemente a la fuente de los mass-media, ya sea porque dispone de más tiempo libre, ya porque los ritmos convulsos de la vida moderna han acentuado la tendencia al ocio como pura evasión. Además, debido a la ausencia de ambos padres, cuando la madre se encuentra obligada a un trabajo extra doméstico, se ha debilitado el tradicional control educativo acerca del uso que se hace de tales medios.

De este modo, los jóvenes son los primeros y más inmediatos receptores de los mass-media, pero son también los más expuestos a la multiplicidad de informaciones y de imágenes que, a través de éstos, llegan directamente a casa. Por otra parte, no se puede ignorar la peligrosidad de ciertos mensajes, transmitidos incluso en las horas de mayor audiencia de público juvenil, camuflados en una publicidad cada vez más al descubierto y agresiva, o propuestos en espectáculos en los que parece que la vida del hombre está regulada solamente por las leyes del sexo y de la violencia.

Se habla de "videoddependencia", un término que ha entrado ya en el uso común, para indicar una cada vez más vasta influencia que los medios de comunicación social, con su carga de sugestión y de modernidad, tienen sobre los jóvenes. Se hace necesario examinar este fenómeno a fondo, verificar sus reales consecuencias sobre los receptores que todavía no han madurado una suficiente conciencia crítica. No es, de hecho, solamente cuestión de condicionamiento del tiempo libre, es decir, de una restricción de los espacios a reservar cotidianamente a otras actividades intelectuales y recreativas, sino también de un condicionamiento de la misma psicología, de la cultura, de los comportamientos de la juventud.

La educación transmitida por los formadores tradicionales, y en particular por los padres, tiende a ser sustituida por una educación unidireccional, que ignora la fundamental relación dialógica, interpersonal. Una cultura establecida sobre los valores-contenidos, sobre la cualidad de las informaciones, queda sustituida por una cultura de lo provisional que conduce a rechazar los compromisos a largo plazo, por una cultura masificante que induce a rehuir las elecciones personales inspiradas en la libertad. A una formación orientada al acrecentamiento del sentido de responsabilidad individual y colectivo, se contraponen una actitud de aceptación pasiva de las modas y de las necesidades impuestas por un (1)materialismo que, al incentivar los consumos, vacía las conciencias. La imaginación, que es propia de la edad juvenil, expresión de su creatividad, de sus impulsos generosos, se torna árida en la dependencia de la imagen, es decir, en un hábito que se torna indolencia y apaga estímulos, deseos, compromisos y proyectos.

5. Se trata de una situación que, aun evitando generalizaciones, debe inducir a cuantos operan en la comunicación social a una seria y profunda reflexión. Estos tienen una tarea exaltante y, al propio tiempo, tremendamente comprometida; además, según el empleo que hagan de sus recursos de ingenio y de profesionalidad, depende en gran medida la formación de aquellos que, en el mañana, deberán mejorar esta sociedad nuestra empobrecida en sus valores humanos y espirituales y amenazada de autodestrucción.



Los padres y educadores tienen una tarea todavía más comprometida. Su testimonio, sostenido por una conducta cultural y moralmente coherente, puede de hecho representar la más eficaz y creíble de las enseñanzas. El diálogo, el discernimiento crítico, la vigilancia son condiciones indispensables para educar al joven en un comportamiento responsable respecto al uso de los mass-media, restableciendo en él el justo equilibrio, tras el posible impacto negativo con estos medios.

El Año Internacional de la Juventud, también en este campo significa una interpelación al mundo de los adultos en su totalidad. Es para todos un deber ayudar a los jóvenes a que entren en la sociedad como ciudadanos responsables, hombres formados, conscientes de su propia dignidad.

6. Es aquí precisamente donde la XIX Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales asume plena significación. El tema de la próxima celebración va al corazón de la misión de la Iglesia, que debe llevar la salvación a todos los hombres, predicando el Evangelio "sobre los tejados" (Mt 10, 27; Lc 12, 3). Hoy se ofrecen grandes posibilidades a la comunicación social, en la cual la Iglesia reconoce el signo de la obra creadora y redentora de Dios, que el hombre debe continuar. Estos instrumentos pueden, por tanto, ser poderosos canales para la transmisión del Evangelio, ya sea a nivel de preevangelización, ya de profundización ulterior de la fe, para favorecer la promoción humana y cristiana de la juventud.

#### **Esto pide evidentemente:**

una profunda acción educativa, en la familia, en la escuela, en la parroquia, a través de la catequesis, para instruir y guiar a los jóvenes a un uso equilibrado y disciplinado de los mass-media, ayudándoles a formarse un juicio crítico, iluminado por la fe, sobre las cosas vistas, oídas y leídas (Inter mirifica 10, 16; *Communio et progressio* 67-70, 107);

una cuidada y específica formación teórica y práctica en los seminarios, en las asociaciones de apostolado seglar, en los nuevos movimientos eclesiales, especialmente los juveniles, no sólo para conseguir un conocimiento adecuado de los medios de comunicación social, sino también para realizar las indudables potencialidades en orden a reforzar el diálogo en la caridad y los vínculos de comunión (*Communio et progressio* 108, 110, 115-117);

la presencia activa y coherente de los cristianos en todos los sectores de la comunicación social, para aportar no sólo la contribución de su preparación cultural y profesional, sino también un testimonio vivo de su fe (*Communio et progressio* 103);

el compromiso de la comunidad católica a fin de que, cuando se haga necesario, denuncie espectáculos y programas que atenten al bien moral de los jóvenes, reivindicando la exigencia de una información más verdadera sobre la Iglesia y de transmisiones inspiradas más positivamente en los valores auténticos de la vida (Inter mirifica 14);

la presentación del mensaje evangélico en su integridad: preocupándose de no traicionarlo, de no alterarlo, de no reducirlo instrumentalmente a visiones socio-políticas; y en cambio, según el ejemplo de Cristo perfecto comunicador, adecuándose a los receptores, a la mentalidad de los jóvenes, a su modo de hablar, a su estado y condición (*Catechesi tradendae* 35, 39, 40).

7. En la conclusión de este Mensaje, deseo dirigirme especialmente a los jóvenes que han encontrado ya a Cristo, a los que han acudido a Roma, al inicio de la Semana Santa, en comunión espiritual con millones de sus coetáneos, para proclamar, junto al Papa, que

"Cristo es nuestra paz"; pero también a todos los jóvenes que, si bien de manera confusa, entre incertidumbres, angustias y pasos en falso, aspiran a encontrar este "Jesús llamado Cristo" (Mt 1, 16) para dar un sentido, una finalidad a su vida.

¡Queridísimos jóvenes! Hasta ahora me he dirigido al mundo de los adultos. Pero en realidad sois vosotros los primeros destinatarios de este Mensaje. La importancia y el significado último de los medios de comunicación social dependen, en definitiva, del uso que de ellos hace la libertad humana. Dependerá por tanto de vosotros, del uso que hagáis de ellos, de la capacidad crítica con la que sepáis utilizarlos, el que estos medios sirvan a vuestra formación humana y cristiana o si, en cambio, éstos se tornarán contra vosotros, sofocando vuestra libertad y apagando vuestra sed de autenticidad.

Dependerá de vosotros, jóvenes, a quienes corresponde la construcción de la sociedad del mañana, en la cual la intensificación de informaciones y comunicaciones multiplicará las formas de vida asociativa, y el desarrollo tecnológico abatirá las barreras entre los hombres y las naciones; dependerá de vosotros el que la nueva sociedad sea una sola familia humana, en la que hombres y pueblos puedan vivir en una más estrecha colaboración e integración mutuas o si, en cambio, en la sociedad futura se agudizarán aquellos conflictos y aquellas divisiones que laceran el mundo contemporáneo.

Con las palabras del Apóstol Pedro, repito aquí el deseo que he expresado en mi Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo: que estén "siempre dispuestos a dar razón a quien lo pida de la esperanza que está en vosotros" (1 Pe 3, 15). "Sí, precisamente vosotros, porque de vosotros depende el futuro, de vosotros depende el final de este milenio y el comienzo del nuevo. No permanezcáis pues pasivos; asumid vuestras responsabilidades en todos los campos abiertos a vosotros en nuestro mundo" (n. 16).

Queridísimos jóvenes: Mi invitación a la responsabilidad, al compromiso es, antes que nada, una invitación a la búsqueda de "la verdad que os hará libres" (Jn 8, 32), y la verdad es Cristo (cf. Jn 14, 6). Se trata por tanto de una invitación a poner la verdad de Cristo en el centro de vuestra vida; a testimoniar esta verdad en vuestra historia cotidiana, en las elecciones decisivas que tendréis que cumplir para ayudar a que la humanidad se encamine por los senderos de la paz y de la justicia.

Con estos sentimientos imparto a todos, propiciadora de luces celestiales, mi bendición apostólica.

Vaticano, 15 de abril de 1985, VII año de mi pontificado.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 20ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: la contribución que las comunicaciones sociales pueden dar a la formación cristiana de la opinión pública**

11 de mayo de 1986

1. Queridos hermanos y hermanas:

El reciente Sínodo Extraordinario de los Obispos celebrado con ocasión del XX aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II, no ha pretendido solamente conmemorar con solemnidad dicho acontecimiento, destinado a marcar muy profundamente la vida de la Iglesia en este siglo, sino que ha hecho sobre todo revivir su espíritu y ha recordado sus enseñanzas y decisiones. De este modo, el Sínodo ha sido un nuevo lanzamiento y actualización del Concilio Vaticano II en la vida de la Iglesia.

Entre las iniciativas suscitadas por las directrices conciliares merece sin duda un relieve especial la institución de la "Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales", con la finalidad de "reforzar más eficazmente el multiforme apostolado de la Iglesia en el ámbito de los instrumentos de la comunicación social, en todas las diócesis del mundo" (Inter mirifica, 18). Esta decisión -que pone de manifiesto el gran peso que los padres conciliares atribúan a las comunicaciones sociales-, muestra hoy una importancia todavía mayor, debido a la influencia siempre creciente que estos medios ejercen.

La Iglesia en estos veinte años, fiel al deseo del Vaticano II, no ha dejado nunca de celebrar la "Jornada de las Comunicaciones Sociales" asignándole un tema concreto cada vez. Este año la "Jornada" dedicará su atención a considerar y profundizar la contribución que las comunicaciones sociales pueden dar a la formación cristiana de la opinión pública.

No es la primera vez que la Iglesia se interesa en este tema. "El diálogo de la Iglesia - recordaba en 1971 la Instrucción Pastoral *Communio et progressio*- no compete totalmente a sus fieles, sino que se extiende a todo el mundo. La Iglesia ha de proclamar su doctrina y su moral, en virtud del derecho a la información concedido a todos los humanos del que ella participa y en virtud de un claro mandato divino (cf. Mt 28, 19)" (n. 122). Pablo VI a su vez añadía, en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*: "En nuestro siglo, influenciado por los *mass-media* o medios de comunicación social, el primer anuncio, la catequesis o el ulterior ahondamiento de la fe no pueden prescindir de estos medios, como hemos dicho antes. Puestos al servicio del Evangelio, ellos ofrecen la posibilidad de extender casi sin límites el campo de audición de la Palabra de Dios, haciendo llegar la Buena Nueva a millones de personas. La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más. Con ellos la Iglesia pregona sobre los terrados el mensaje del que es depositaria. En ellos encuentra una versión moderna y eficaz del 'púlpito'. Gracias a ellos puede hablar a las masas" (n. 45).

2. La "opinión pública" consiste en el modo común y colectivo de pensar y de sentir de un grupo social más o menos vasto en determinadas circunstancias de tiempo y de lugar. Indica lo que la gente piensa comúnmente sobre un tema, un acontecimiento, un problema de un cierto relieve. La opinión pública se forma por el hecho de que un gran número de personas hace propio, considerándolo verdadero y justo, lo que algunas personas y algunos grupos, que gozan de especial autoridad cultural, científica o moral, piensan y dicen. Lo cual muestra la grave responsabilidad de aquellos que por su cultura y su prestigio forman la opinión pública o influyen en alguna medida sobre su formación. Efectivamente, las personas tienen derecho a pensar y a sentir en conformidad con lo que es verdadero y justo, porque del modo de pensar y de sentir depende la actuación moral. Esta será recta si el modo de pensar es conforme a la verdad.

Hay que poner de relieve, al respecto, que la opinión pública tiene una gran influencia en la manera de pensar, de sentir y de actuar de aquellos que -o por su joven edad o por falta de cultura- no son capaces de formular un juicio crítico. De este modo son muchos los que piensan y actúan según la opinión común sin que estén en condiciones de sustraerse a su presión. Hay que poner también de relieve que la opinión pública influye fuertemente en la formación de las leyes. En realidad no cabe duda de que la introducción de leyes injustas en ciertos países, como por ejemplo las que legalizan el aborto, hay que atribuirlos a la presión ejercida por una opinión pública favorable al mismo.

3. De ahí se desprende la importancia de formar una opinión pública moralmente sana sobre los problemas que afectan de cerca el bien de la humanidad en nuestro tiempo. Entre estos bienes situamos los valores de la vida, de la familia, de la paz, de la justicia y de la solidaridad entre los pueblos.

Es necesario que se forme una opinión pública sensible al valor absoluto de la vida humana, de manera que se reconozca como tal en todos los estadios, desde la concepción hasta la muerte, y en todas sus formas, incluso aquellas marcadas por la enfermedad y minusvalidez física y espiritual. Se va, de hecho, difundiendo una mentalidad materialista y hedonística, según la cual la vida es digna de ser vivida solamente cuando es sana, joven y bella.

Es necesario que acerca de la familia se forme una opinión pública recta que ayude a superar algunos modos de pensar y de sentir que no están conformes con el plan de Dios, que la ha establecido indisoluble y fecunda. Lamentablemente se está difundiendo una opinión pública favorable a las uniones libres, al divorcio y a la drástica reducción de la natalidad con cualquier medio. Hay que rectificarla por perjudicial al verdadero bien de la humanidad, la cual será tanto más feliz cuanto más unida y sana esté la familia.

Después, hay que crear una opinión pública cada vez más fuerte en favor de la paz y de aquello que la construye y mantiene, como el aprecio recíproco y la concordia mutua entre los pueblos; el rechazo de toda forma de discriminación racial y de nacionalismo exasperado; el reconocimiento de los derechos y de las justas aspiraciones de los pueblos; el desarme, en primer lugar de los ánimos y después de los instrumentos de destrucción; el esfuerzo de resolver pacíficamente los conflictos. Está claro que solamente: una fuerte opinión pública favorable a la paz puede detener a aquellos que estuviesen tentados de ver en la guerra la vía para resolver las tensiones y conflictos. "Los rectores de los pueblos -

afirma la Constitución pastoral *Gaudium et spes*- dependen en su mayor parte de las opiniones y de los sentimientos de las multitudes. En realidad es inútil que éstos se esfuercen con tenacidad en construir la paz mientras sentimientos de hostilidad, de desprecio y de desconfianza, odios raciales y obstinadas ideologías dividen a los hombres, colocándoles los unos contra los otros. De ahí la extrema y urgente necesidad de una renovada educación de los ánimos y de una nueva orientación de la opinión pública" (n. 82).

En fin, es necesaria la formación de una fuerte opinión pública en favor de la solución de los angustiosos problemas de la justicia social, del hambre y del subdesarrollo. Es menester que estos problemas sean hoy mejor conocidos en su tremenda realidad y gravedad, que se cree una fuerte y amplia opinión pública en su favor, porque sólo bajo la vigorosa presión de ésta los responsables políticos y económicos de los países ricos serán inducidos a ayudar a los países en vías de desarrollo.

4. Particularmente urgente resulta la formación de una sana opinión pública en el campo moral y religioso. A fin de poner un dique a la difusión de una mentalidad favorable al permisivismo moral y a la indiferencia religiosa, se hace necesario formar una opinión pública que respete y aprecie los valores morales y religiosos, en cuanto éstos hacen al hombre plenamente "humano" y dan plenitud de sentido a la vida. El peligro del (1)nihilismo, es decir, de la pérdida de los valores más propiamente humanos, morales y religiosos, incumbe como grave amenaza a la humanidad de hoy.

Además, ha de formarse una correcta opinión pública sobre la naturaleza, misión y obra de la Iglesia, vista hoy en día por muchos como una estructura simplemente humana, y no como en realidad es: una realidad misteriosa que encarna en la historia el amor de Dios y lleva a los hombres la palabra y la gracia de Cristo.

5. En el mundo actual los medios de comunicación social en su múltiple variedad -prensa, cine, radio, televisión- son los principales factores de la opinión pública. Por eso es grande la responsabilidad moral de todos aquellos que se sirven de estos medios o son sus inspiradores. Estos han de ponerse al servicio del hombre y, por tanto, de la verdad y del bien, que son los valores humanos más importantes y necesarios. Por esto, los que trabajan profesionalmente en el campo de la comunicación social han de sentirse comprometidos en la formación y difusión de opiniones públicas conformes a la verdad y el bien.

En un esfuerzo tal han de distinguirse los cristianos, bien conscientes de que, al contribuir a la formación de opiniones públicas favorables a la justicia, a la paz, a la fraternidad, a los valores religiosos y morales, contribuyen no poco a la difusión del reino de Dios, que es reino de justicia, de verdad y de paz. Estos han de poder sacar del mensaje cristiano inspiraciones para ayudar a sus hermanos a que se formen opiniones correctas y justas, ya que dicho mensaje se dirige al bien y a la salvación del hombre. Opiniones conformes al plan de amor y de salvación del hombre que Dios ha revelado y actuado en Jesucristo. De hecho, la fe cristiana y la enseñanza de la Iglesia, precisamente porque está cimentada en Cristo, camino, verdad y vida, son luz y fuerza para los hombres en su camino histórico.

Concluyo este Mensaje con una especial bendición para todos aquellos que trabajan en el campo de la comunicación social con espíritu cristiano de servicio a la verdad y de promoción de los valores morales y religiosos. Y les aseguro mi oración, al tiempo que les animo a este trabajo, que requiere valentía y coherencia y que es un servicio a la verdad y a la libertad. Es, en realidad, la verdad la que hace libres a los hombres (cf. Jn 8, 32). Por tanto, trabajar para la formación de una opinión pública conforme a la verdad es trabajar para el crecimiento de la libertad.

Vaticano, 24 de enero de 1986, fiesta de San Francisco de Sales.

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 21a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

**Tema: Las comunicaciones sociales al servicio de la justicia y de la paz**

31 de mayo de 1987

Queridos responsables de las comunicaciones sociales y queridos usuarios:

Las comunicaciones sociales constituyen una plataforma de intercambios y de diálogo apta para dar respuesta a una viva preocupación de mi pontificado y del pontificado de mi predecesor Pablo VI (cf. Mensaje a la sesión especial de las Naciones Unidas sobre el desarme, 24 de mayo de 1978, n. 5): contribuir a pasar, en la promoción de la paz por la justicia, de un equilibrio del terror a una estrategia de la confianza. Por eso me ha parecido urgente proponeros como tema de la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales de 1987: "Las comunicaciones sociales al servicio de la justicia y de la paz". Lo he repetido a menudo, pero hoy lo subrayo añadiendo este corolario: la confianza no puede ser obra de los responsables políticos solamente, debe nacer en la conciencia de los pueblos. Después de haber tratado ya el problema de la paz (Jornada mundial de 1983), desearía, el presente año, proseguir con vosotros esta breve reflexión sobre la obra de la justicia que realiza la paz, o sobre la estrategia de la confianza como realización de la justicia con miras a la paz.

Yo sé que para vosotros, artífices de las comunicaciones sociales, las masas no son multitudes anónimas. Representan el continuo desafío de alcanzar y llegar a cada uno en su propio contexto vital, a su nivel personal de comprensión y de sensibilidad, por medio de tecnologías cada vez más avanzadas y a través de estrategias de comunicación cada día más eficaces. Podría así resonar en vuestras conciencias esta invitación: transmitir la estrategia de la confianza a través de la estrategia de la comunicación, al servicio de la justicia y de la paz.

Vuestra estrategia de la comunicación es, en gran medida, una estrategia de la información en orden a contribuir a la edificación de esta sociedad del saber en la que nos encontramos implicados para lo mejor o para lo peor. Permitidme recordar lo que ya he afirmado a este propósito: la paz del mundo depende de un mayor conocimiento de los hombres y de las comunidades; la información cualificada de la opinión pública tiene una influencia directa sobre la promoción de la justicia y de la paz (cf. Mensaje para la Jornada mundial de la Paz de 1982, nn. 6, 8). Vuestra tarea parece superar las posibilidades humanas: informar para formar, cuando la avalancha de noticias os arrastra, a veces de manera peligrosa, a los cuatro ángulos del mundo, sin daros el tiempo necesario para ponderar cada caso o cada acontecimiento. Y sin embargo, los usuarios dependen de vosotros para comprender los estragos del terror y las esperanzas de la confianza.

La paz no es posible sin diálogo (cf. Mensaje para la Jornada mundial de la Paz de 1986, nn. 4-5), pero no se puede dialogar plenamente sin estar bien informado, en el Este y en el Oeste, en el Sur y en el Norte. Vuestro diálogo quiere ser, además, un "diálogo total", es decir, un diálogo que se establezca en el marco de una estrategia global de comunicación:

de información, ciertamente, pero también de recreación, publicidad, creación artística, educación, sensibilización para con los valores culturales. A través de esta estrategia de comunicación debería realizarse la estrategia de la confianza. Del equilibrio del temor, del miedo, incluso del terror, resulta -como decía Pío XII- una "paz fría", que no es la verdadera paz. Sólo la comunicación podrá generar -por la vía del diálogo total- un deseo y una esperanza de paz expresiva, como exigencia del corazón de las poblaciones. Y se podría añadir: una "justicia fría" no es verdadera justicia. La justicia no puede vivir más que en el seno de la confianza, de lo contrario no es más que una "justicia contra" y no una "justicia para" y una "justicia con" cada persona humana.

¿Cómo compaginar la estrategia de la confianza y la estrategia de la comunicación? Desearía desarrollar este tema de reflexión. Sé que la comunicación de masas es una comunicación programada y cuidadosamente organizada. Por ello, es importante evocar lo que podría ser una estrategia de la confianza transmitida por los mass-media. Creo que podría abarcar siete momentos fundamentales: hacer tomar conciencia, denunciar, renunciar, superar, contribuir, divulgar, afirmar.

En primer lugar, es preciso hacer tomar conciencia, o, en otros términos, hacer labor de inteligencia. ¿No ha dicho Pablo VI que la paz es una obra de inteligencia? Sería necesario, a través de los más variados programas, hacer tomar conciencia de que cualquier guerra puede provocar la pérdida de todo y de que nada puede perderse con la paz. Para ello, la estrategia de la comunicación puede, mejor que cualquier otro medio, hacer comprender las causas de la guerra: las innumerables injusticias que empujan a la violencia. Cualquier injusticia puede llevar a la guerra. La violencia está en nosotros, debemos liberarnos de ella para inventar la paz. Esta es la obra de la justicia que se realiza como fruto de la inteligencia. La inteligencia, según la enseñanza del Concilio Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 82-91), se expresa sobre todo a través de las opciones positivas que se hacen en torno a las cuestiones de la justicia y de la paz, frente a la injusticia y a la guerra. Y es ahí donde vuestro papel se hace apasionante, debido al espíritu de iniciativa que implica.

Comunicar las opciones constructivas de justicia y de paz corre parejo con vuestro deber de denunciar todas las causas de violencia y de conflicto: armamento generalizado, comercio de armas, opresiones y torturas, terrorismo de toda especie, militarización a ultranza y preocupación exagerada por la seguridad nacional, tensión Norte-Sur, cualquier forma de dominación, ocupación, represión, explotación y discriminación.

Si se quiere denunciar de manera coherente, es preciso también que uno mismo renuncie a las raíces de la violencia y de la injusticia. Una de las imágenes más sólidamente integradas en la producción de los medios de comunicación parece ser la del "ideal del más fuerte", de esa voluntad de supremacía que no hace sino aumentar el miedo mutuo. En la línea de lo que decía Juan XXIII, es necesario llegar, en vuestra producción, a un "desarme de los espíritus" (cf. Discurso a los periodistas del Concilio, 13 de octubre de 1962). ¿Cuál no sería el progreso de los intercambios de comunicación, si el mercado se hallase abundantemente provisto de programas que presentasen algo distinto a esta voluntad de dominar que inspiran tantas obras actualmente distribuidas! ¡Y cuál no sería la mejora cualitativa si los usuarios "impusiesen", con sus demandas y reacciones, que se renuncie al ideal del más fuerte! Para actuar en un espíritu de justicia, no basta "actuar contra", en



nombre de una fuerza empedernida. Es preciso también "actuar para y con" los otros, o, en el mundo de los mass-media, comunicar para cada uno y con cada uno.

La estrategia de la confianza significa además superar todos los obstáculos que se oponen a las "obras de justicia" con miras a la paz. Es: necesario, en principio, superar las barreras de la desconfianza. Nada mejor que las comunicaciones sociales puede traspasar todas las barreras de razas, clases, culturas, las unas frente a las otras. La desconfianza puede nacer de cualquier forma de parcialidad y de intolerancia social, política o religiosa. La desconfianza vive del desaliento que se hace derrotismo. La confianza, por el contrario, es el fruto de una actitud ética más rigurosa en todos los niveles de la vida cotidiana. El Papa Juan XXIII recordaba que era absolutamente necesario superar el desequilibrio entre las posibilidades técnicas y el compromiso ético de la comunidad humana. Y vosotros, que sois artífices o usuarios de las comunicaciones, sabéis bien que el mundo de la comunicación es un mundo de explosión del progreso tecnológico. Por ello, en este sector-punta de la experiencia humana, la exigencia ética es la más urgente a todos los niveles.

Vuestro papel, además, consiste en contribuir a hacer posible la paz a través de la justicia. La información es la vía de la sensibilización, de la verificación, del control de la realidad de los hechos en los caminos de la paz. Esta contribución se puede profundizar a través de los debates y discusiones públicos en los mass-media. Es tal vez en este nivel donde vuestra imaginación se pondrá a prueba más duramente. La respuesta de los usuarios será también ahí la más necesaria.

No debemos descuidar nunca la divulgación insistente de todo lo que puede ayudar a hacer comprender y a hacer vivir la paz y la justicia, desde las más humildes iniciativas al servicio de la paz y de la justicia hasta los esfuerzos de las instancias internacionales. Entre estas iniciativas, el papel de un nuevo orden mundial de la información y de la comunicación, al servicio de la paz y de la justicia, para la garantía de la difusión múltiple de la información en favor de todos, ocupa, ciertamente, un lugar importante, como ya he recordado con ocasión de uno de los congresos de la Unión Católica Internacional de la Prensa (cf. Discurso a la UCIP, 25 de septiembre de 1980). Vuestra tarea de responsables de las comunicaciones es la de una educación permanente. Vuestro deber de usuarios es el de una continua búsqueda de acceso a todos los datos que podrán formar vuestra opinión y haceros cada vez más sensibles a vuestras responsabilidades. Todos nosotros somos responsables del destino de la justicia y de la paz.

Entre todas las iniciativas a divulgar, permitidme pedirlos con insistencia que no descuidéis la presentación de la idea cristiana de la paz y la justicia, del mensaje cristiano sobre la paz y la justicia, sin excluir las invitaciones al compromiso, pero también a la oración por la paz: dimensión irremplazable de la contribución eclesial a las iniciativas de paz y en favor de los esfuerzos para vivir en la justicia.

Todo ello, lo sabéis, supone la presentación, a través de los medios de comunicación social, de la imagen verdadera y completa de la persona humana, fundamento de toda referencia a la justicia y a la paz. Todo lo que ofende a la persona es ya un "acto de guerra" que comienza. ¡Qué incalculables consecuencias tendrán, pues, cada una de las iniciativas de comunicación, cuyos animadores sois vosotros!

Con la divulgación, es preciso afirmar todas las condiciones previas en orden a la justicia y a la paz: los derechos inalienables de la persona humana, las libertades fundamentales en la igualdad y con vistas a una participación de todos en el bien común, el respeto de las soberanías legítimas, los deberes de indemnización y de asistencia... Pero sobre todo es preciso poner de relieve los valores de la vida: no ya la existencia presentada como inexorablemente integrada en una "lucha por la vida", sino la vida vivida con la inteligencia de la sabiduría en la bondad, o, más aún, el amor como fuente y como ideal de vida. Sólo el amor, que inventa de nuevo cada día la fraternidad, podrá definitivamente lograr la capitulación del terror. Que el amor, inspirado por el don de Dios, pueda actuar sobre estas "maravillas técnicas" de la comunicación, que son también "dones de Dios" (cf. Miranda prorsus).

Esperando que estas palabras os ayuden a no perder nunca de vista la justicia y la paz, ya sea en el momento de la creación de vuestros programas, a vosotros, queridos artífices de las comunicaciones sociales, o en el momento de la escucha y de la respuesta, a vosotros, queridos usuarios, os manifiesto a todos mi propia confianza y os invito a trabajar para crear confianza, al servicio de la humanidad entera. Con este espíritu os doy gozosamente mi bendición apostólica.

Vaticano, 24 de enero de 1987.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 22a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: Fraternidad y solidaridad humana**

15 de mayo de 1988

Hermanos y hermanas, queridos amigos profesionales de la información y de la comunicación:

1. Si un día pudiéramos decir de verdad que "comunicar" se convierte en "fraternizar", que "comunicación" significa "solidaridad" humana, ¿no sería el logro más hermoso de las "comunicaciones de masa"? Este es el tema que quisiera proponeros como reflexión en esta XXII Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales.

Al hablar de fraternidad, pienso en el sentido profundo de este término. Pues es Cristo, "el primogénito de muchos hermanos" (Rom 8, 29), quien nos hace descubrir en toda persona humana, amiga o incluso enemiga, a un hermano o a una hermana. Cristo, al venir "al mundo, no para condenarlo, sino para salvarlo" (cf. Jn 3, 17), llama a todos los hombres a la unidad. El Espíritu de amor que da al mundo es también un Espíritu de unidad: San Pablo nos muestra al mismo Espíritu que dispensa dones diversos, que obra en los distintos miembros del mismo cuerpo: Hay "diversidad de dones (...) pero un mismo Dios, que obra todo en todos" (1 Cor 12, 4-6).

2. Si ya de entrada evoco el fundamento espiritual de la fraternidad y de la solidaridad, es porque este sentido cristiano no es extraño a la primera realidad humana que encierran estos términos. La Iglesia no considera la fraternidad ni la solidaridad como valores reservados a ella. Al contrario, siempre nos acordamos del modo en que Jesús alabó más al buen Samaritano, que reconoció en el hombre herido a un hermano, que al sacerdote y al levita (cf. Lc 10, 29-37). También el Apóstol Pablo invita a no despreciar los dones de los otros, sino a alegrarse de la obra del Espíritu en cada uno de nuestros hermanos (cf. 1 Cor 12, 14-30).

La fraternidad y la solidaridad son fundamentales y urgentes, y hoy deberían ser el distintivo de los pueblos y las culturas. ¿No es el descubrimiento gozoso de sus beneficiosos efectos la "fiesta" más hermosa que pueden ofrecer las comunicaciones sociales, su "espectáculo" más logrado, en el mejor sentido de estos términos?

Si bien hoy en día las comunicaciones de masa atraviesan un momento de desarrollo vertiginoso, son los lazos que traban entre pueblos y culturas lo que aportan de más valioso. Pero sé que vosotros mismos, los profesionales de la comunicación, sois conscientes de sus efectos perjudiciales, que amenazan con desnaturalizar estas relaciones entre los pueblos y las culturas. La exaltación del yo, el desprecio o el rechazo de los que no son como yo, pueden agravar las tensiones o las divisiones. Esas actitudes engendran violencia, desvían y destruyen la verdadera comunicación y hacen imposible toda relación fraterna.

3. Para que pueda haber una fraternidad y una solidaridad humanas, y, con más motivo, para que se profundice su dimensión cristiana hay que reconocer los valores elementales que las sustentan. Permittedme que haga referencia aquí a algunos de ellos: El respeto al otro, el sentido de diálogo, la justicia, la ética sana de la vida personal y comunitaria, la libertad, la igualdad, la paz en la unidad, la promoción de la dignidad de la persona humana, la capacidad de participación y de compartir. La fraternidad y la solidaridad superan todo espíritu de clan, de capillita, todo nacionalismo, todo racismo, todo abuso de poder, todo fanatismo individual, cultural o religioso.

Corresponde a los agentes de la comunicación social utilizar las técnicas y los medios a su disposición, manteniendo siempre una conciencia clara de estos valores primarios. Yo sugeriría en este sentido sólo unas indicaciones:

- las agencias de información y la prensa en su conjunto manifiestan su respeto por el otro cuando dan una información completa y equilibrada;
- la radiodifusión de la palabra logra tanto mejor su finalidad si ofrece a todos la posibilidad de intercambios recíprocos;
- los medios de comunicación que son expresión de grupos particulares contribuyen a reforzar la justicia, cuando hacen oír la voz de los que están privados de ella;
- los programas de televisión tocan casi todos los aspectos de la vida, y sus antenas sirven para numerosas interconexiones: en la medida en que se les reconoce su influencia, tanto más se impone a sus responsables la exigencia ética de ofrecer a las personas y a las comunidades imágenes que favorezcan la compenetración de las culturas, sin intolerancia y sin violencia, al servicio de la unidad;
- las posibilidades de comunicaciones personales a través del teléfono, su ampliación al teletexto, su difusión cada vez más extendida por medio de los satélites: todo esto sugiere una preocupación por la igualdad entre las personas, facilitando al mayor número posible de ellas el acceso a estos medios, con el fin de hacer posible verdaderos intercambios;
- el empleo de la informática concierne cada vez más a las actividades económicas o culturales, los bancos de datos integran una cantidad de informaciones diversas hasta ahora impensable: sabemos que su utilización puede acarrear toda clase de presiones o de violencias a la vida privada o colectiva; por eso, una sabia gestión de estos medios se convierte en una verdadera condición para la paz;
- idear "espectáculos" para difundirlos a través de los distintos medios audiovisuales: esto requiere el respeto de las conciencias de sus numerosos "espectadores";
- la publicidad despierta o polariza deseos y también crea necesidades: los que la comisionan o la realizan deben tener en cuenta a las personas menos favorecidas que no pueden acceder a los bienes propuestos.

Es necesario que los profesionales de la comunicación, cualquiera que sea su modo de intervención, observen un código de honor, se preocupen de compartir la verdad del hombre, y contribuyan a un nuevo orden mundial de la información y de la comunicación.

4. En el entramado cada vez más denso y más activo de las comunicaciones sociales por todo el mundo, la Iglesia desea con sencillez, como "experta en humanidad", recordar incesantemente los valores que constituyen la grandeza del hombre. Pero ella tiene también

la convicción de que dichos valores no se pueden asimilar y realizar en la práctica si se olvida la vida espiritual del hombre. Para los cristianos, la Revelación de Dios en Cristo es una luz para el hombre mismo. La fe en el mensaje de salvación constituye la motivación más intensa para servir al hombre. Los dones del Espíritu Santo inducen a servir al hombre con una solidaridad fraterna.

Quizá nos preguntemos ¿No seremos demasiado confiados al actuar en esas perspectivas? ¿Acaso las tendencias que se delinean en el campo de la comunicación social nos autorizan a dar pábulo a esas esperanzas?

A los corazones turbados por los riesgos de las nuevas tecnologías de la comunicación yo les diría: "¡No tengáis miedo!". Lejos de ignorar la realidad en la que vivimos, leámosla con más profundidad. Discernamos, a la luz de la fe, los verdaderos signos de los tiempos. La Iglesia, preocupada por el hombre conoce la profunda aspiración del género humano a la fraternidad y a la solidaridad; aspiración muchas veces negada, desfigurada, pero indestructible porque ha sido conformada, dentro del corazón del hombre, por el mismo Dios, que creó en él la exigencia de la comunicación y las capacidades para desarrollarla a escala planetaria.

5. A las puertas del tercer milenio, la Iglesia recuerda al hombre que la fraternidad y la solidaridad no pueden ser sólo condiciones de supervivencia, sino rasgos de su vocación que el ejercicio de la comunicación social le permite realizar libremente.

Dejadme decirlos a todos, especialmente en este Año Mariano: "¡No tengáis miedo!". ¿Acaso no se asustó también María de un anuncio que, sin embargo, era el signo de salvación ofrecido a toda la humanidad? "Dichosa tú que has creído", dice Isabel (Lc 1, 45). Gracias a su fe, la Virgen María acoge el designio de Dios, entra en el misterio de la comunión trinitaria y, convirtiéndose en Madre de Cristo, inaugura en la historia una nueva fraternidad.

Dichosos los que creen, a los que la fe libra del miedo, ¡que ésta abra a la esperanza, lleve a construir un mundo en el cual, por la fraternidad y la solidaridad, haya todavía espacio para una comunicación de la alegría!

Alentado con esta alegría profunda por los dones de comunicación recibidos de cara a la edificación de todos, en esta fraternidad solidaria, invoco para cada uno de vosotros la bendición del Altísimo.

Vaticano, 24 de enero de 1988, fiesta de San Francisco de Sales.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 23A JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: La religión en los 'mass-media**

7 de mayo de 1989

Queridos hermanos y hermanas, queridos amigos informadores y comunicadores:

1. El tema de la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales reviste este año una importancia particular para la presencia de la Iglesia y su participación en el diálogo público: "La religión en los 'mass-media'". Efectivamente, hoy en día los mensajes religiosos, al igual que los mensajes culturales, tienen mayor impacto gracias a los medios de comunicación social. La reflexión que quisiera proponeros en esta ocasión corresponde a una preocupación constante de mi pontificado: ¿Qué lugar puede ocupar la religión en la vida social y, más precisamente, en los medios de comunicación?

2. En su acción pastoral, la Iglesia se formula, naturalmente, preguntas a sí misma, acerca de la actitud de los medios de comunicación hacia la "religión". De hecho, al mismo tiempo que se desarrollaban los medios y técnicas de comunicación, el mundo industrial, que les ha dado un empuje tan grande, manifestaba un "secularismo" que parecía llevar a la desaparición del sentido religioso del "hombre moderno".

3. Sin embargo, actualmente puede observarse que la información religiosa tiende a ocupar más espacio en los medios de comunicación, debido al mayor interés que se manifiesta hacia la dimensión religiosa de las realidades humanas, individuales y sociales. Para analizar este fenómeno, habría que interrogar a los lectores de periódicos, los telespectadores y los radioyentes, porque no se trata de una presencia impuesta por los medios de comunicación, sino de una demanda específica por parte del público, demanda a la que los responsables de la comunicación responden dando más espacio a la información y comentario de temas religiosos. En el mundo entero, son millones las personas que recurren a la religión con el fin de conocer el sentido de su vida, millones las personas para quienes la relación religiosa con Dios, Creador y Padre, es la más feliz de las realidades de la existencia humana. Bien lo saben los profesionales de la comunicación, que constatan el hecho y analizan sus implicaciones. E incluso si esa dialéctica entre informadores y público de la comunicación social a veces se caracteriza por su falta de imparcialidad y da lugar a informaciones incompletas, queda un hecho positivo: la religión, hoy en día, está presente en la corriente informativa de los medios de comunicación.

4. Por un feliz concurso de circunstancias, la Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales coincide, en 1989, con el vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Pontificia Comisión para las Comunicaciones Sociales, que se transforma ahora en "Pontificio Consejo". ¿Qué balance puede hacerse tras veinticinco años al servicio del apostolado de las comunicaciones? Desde luego, la Iglesia misma ha sabido discernir más claramente los "signos de los tiempos" que implica el fenómeno de la comunicación. Mi antecesor Pío XII, ya había invitado a ver en los medios de comunicación no una amenaza,

sino un "don" (cf. Encíclica Miranda prorsus, 1957). El Concilio Vaticano II, a su vez, confirmaba solemnemente esta actitud positiva (cf. Decreto Inter mirifica, 1964). La Pontificia Comisión que entonces nacía, y que hoy encuentra, en cuanto Pontificio Consejo, toda su dimensión, se ha comprometido con perseverancia a promover, dentro de la Iglesia, una actitud de participación y creatividad en dicho sector o, mejor dicho, en ese nuevo estilo de vida de humanidad compartida.

5. La cuestión que hoy se plantea para la Iglesia ya no es la de saber si el hombre de la calle todavía puede percibir un mensaje religioso, sino la de encontrar los mejores lenguajes de comunicación que le permitan dar todo su impacto al mensaje evangélico.

El Señor nos anima muy directa y sencillamente a seguir en el camino del testimonio y de la más amplia comunicación: "No tengáis miedo... Lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados" (Mt 10, 26-27). ¿De qué se trata? El Evangelista lo resume así: "Declararse por Cristo ante los hombres" (cf. Mt 10, 32). ¡Esta es, pues, la audacia, a la vez humilde y serena, que inspira la presencia cristiana en el diálogo público de los medios de comunicación! Nos lo dice San Pablo: "Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe" (1 Co 9, 16). La misma fidelidad se expresa a lo largo de toda la Escritura: "He publicado la justicia del Señor en la gran asamblea" (Sal 40/39, 10), y "todo hombre... anunciará la obra de Dios" (Sal 64/63, 10).

Comunicadores y público de los medios de comunicación: Podéis preguntaros, los unos a los otros, acerca de la exigencia y constante novedad de esa "religión pura e intachable" que invita a cada uno de nosotros a "conservarse incontaminado del mundo" (St 1, 27). Operadores de los medios de comunicación: Estos pocos ejemplos de sabiduría bíblica os harán entender enseguida que el gran desafío del testimonio religioso, en el marco del diálogo público, es el de la autenticidad de los mensajes e intercambios, así como de la calidad de los programas y producciones.

6. En nombre de toda la Iglesia, quiero agradecer al mundo de la comunicación el espacio que ofrece a la religión en los medios de difusión. Estoy seguro de interpretar el sentimiento de todas las personas de buena voluntad al expresar esa gratitud, incluso si a menudo nos parece que sería posible mejorar la presencia cristiana en el debate público. Quisiera, con mi voz, dar las gracias por la parte reservada a la religión en la información, la documentación, el diálogo, la recogida de datos.

También quisiera pedir a todos los comunicadores que, por su deontología, se muestren profesionalmente dignos de las ocasiones que se les ofrecen de presentar el mensaje de esperanza y reconciliación con Dios, en el marco de los medios de comunicación de todo tipo y de todo estatuto. Los "dones de Dios" (cf. Pío XII, Encíclica Miranda prorsus), ¿no son aquí el misterioso encuentro entre las posibilidades tecnológicas de los lenguajes de la comunicación y la apertura del espíritu a la luminosa iniciativa del Señor en sus testigos? A ese nivel precisamente está en juego la calidad de nuestra presencia eclesial en el debate público. Más que nunca, la santidad del apóstol supone una "divinización" (según la palabra de los Padres de la Iglesia) de toda la ingeniosidad humana. Por ese motivo, también, la celebración litúrgica de los misterios de la fe no puede ser ignorada en ese vasto movimiento de presencia en el mundo de hoy a través de los medios de comunicación.

7. Pensando en todo ello, quiero formular, con sencillez y confianza, una petición que tengo muy a pecho. Se inspira en el mismo sentimiento de amistad que el de Pablo cuando se dirige a Filemón: "Te escribo confiado..., seguro de que harás más de lo que te pido" (Flm 1, 21). Esta es mi petición: dad a la religión todo el espacio que consideráis deseable en la comunicación de masas. "Abrid las puertas...; conservaréis la paz" (Is 26, 2. 3). Es lo que pido en favor de la religión. Veréis, queridos amigos, que esos temas religiosos os apasionarán en la medida en que serán presentados con profundidad espiritual y acierto profesional. Abierta a los mensajes religiosos, la comunicación será de mayor calidad y más interesante. A los operadores eclesiales de los medios de comunicación, repito: "¡No tengáis miedo! Recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que os hace exclamar: Abbá, Padre!" (cf. Rm 8, 15).

¡Ojalá el mensaje religioso y las iniciativas religiosas puedan estar presentes en todos los tipos de medios de comunicación: en la prensa y medios de información audiovisual, en la creación cinematográfica, en las memorias y los intercambios informáticos de los bancos de datos, en la comunicación teatral y en los espectáculos culturales de alto nivel, en los debates de opinión y en la reflexión común sobre la actualidad, en los servicios de formación y educación del público, en todas las producciones de los medios de comunicación de grupo, mediante dibujos animados e historietas gráficas de calidad, mediante las amplias posibilidades que ofrece la difusión de los escritos, de las grabaciones sonoras y visuales, en los momentos de distensión musical de las radios locales o de gran difusión! Mi deseo más ardiente es que las redes católicas y cristianas puedan colaborar, de modo constructivo, con las redes de comunicación cultural de todos los tipos, superando las dificultades de competencia con vistas al bien último del mensaje religioso. La Iglesia misma, en esta ocasión, invita a considerar seriamente las exigencias de la colaboración ecuménica e interreligiosa en los medios de comunicación.

8. Al terminar este Mensaje, no puedo dejar de animar a todos los que tienen a pecho el apostolado de la comunicación a empeñarse con ardor, respetando a cada uno, en la gran obra de la evangelización ofrecida a todos: "Vete a anunciar el reino de Dios" (Lc 9, 60). No podemos dejar de decir cuál es el mensaje nuevo, porque es al proclamar y vivir la Palabra como entendemos nosotros mismos las profundidades insospechables del don de Dios.

En la sumisión entusiasta a la voluntad de Dios y con confianza, os digo a todos, operadores y público, mi alegría ante el espectáculo impresionante de los vínculos creados más allá de las distancias y "desde los terrados" para tomar parte en la investigación y profundización de una "religión pura e intachable", e invoco sobre todos vosotros la bendición del Señor.

Vaticano, 24 de enero de 1989.



## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 24a JORNADA DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: La nueva cultura informática**

27 de mayo de 1990

Hermanos y hermanas, queridos amigos:

En una de sus plegarias eucarísticas, la Iglesia se dirige a Dios con estas palabras: "A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado" (Plegaria eucarística IV).

Para el hombre y la mujer así creados y enviados por Dios, cualquier día de trabajo tiene un sentido grande y maravilloso. Las ideas, actividades y empresas de cada persona humana, por muy ordinarias que sean, sirven al Creador para renovar el mundo, llevarlo a su salvación, hacer de él un instrumento más perfecto de la gloria divina. Hace casi veinticinco años, los Padres del Concilio Vaticano II, al reflexionar acerca de la Iglesia en el mundo moderno, manifestaron que los hombres y las mujeres, por los servicios prestados a su familia y a la sociedad en sus quehaceres ordinarios, con razón pueden pensar que con su trabajo "desarrollan la obra del Creador... y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia" (Gaudium et spes, 34).

Cuando los Padres del Concilio estaban dirigiendo su mirada hacia el futuro e intentaban discernir el contexto en el que la Iglesia estaría llamada a llevar a cabo su misión, pudieron ver claramente que el progreso y la tecnología ya estaban "transformando la faz de la tierra" e incluso que ya se estaba llegando a la conquista del espacio (cf. Gaudium et spes, 5). Reconocieron, especialmente, que los desarrollos en la tecnología de las comunicaciones con toda probabilidad iban a provocar reacciones en cadena de consecuencias imprevisibles.

Lejos de insinuar que la Iglesia tendría que quedarse al margen o intentar aislarse de la riada de esos acontecimientos, los Padres del Concilio vieron que la Iglesia tenía que estar dentro del mismo progreso humano, compartiendo las experiencias de la humanidad e intentando entenderlas e interpretarlas a la luz de la fe. Era a los fieles de Dios a quienes correspondía hacer un uso creativo de los descubrimientos y nuevas tecnologías en beneficio de la humanidad y en cumplimiento del designio de Dios sobre el mundo.

Ese reconocimiento de la rapidez de los cambios y esa disponibilidad ante los nuevos desarrollos resultaron muy acertados en el curso de los años siguientes, ya que continuó la aceleración del ritmo de los cambios y del desarrollo. Hoy en día, por ejemplo, ya a nadie se le ocurriría pensar en las comunicaciones sociales o hablar de las mismas como de simples instrumentos o tecnologías. Más bien, ahora las consideran como parte integrante de una cultura aún inacabada cuyas plenas implicaciones todavía no se entienden perfectamente y cuyas potencialidades por el momento se han explotado sólo parcialmente.

Aquí, pues, encontramos las bases de nuestra reflexión para esta XXIV Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales. Cada día que pasa va cobrando mayor realidad la visión de años anteriores, aquella visión que anticipó la posibilidad de un diálogo real entre pueblos muy alejados los unos de los otros, de una repartición a escala mundial de ideas y aspiraciones, de un crecimiento en la comprensión y el conocimiento mutuos, de un robustecimiento de la hermandad más allá de barreras hasta ahora insuperables (cf. *Communio et progressio* 181-182).

Con la llegada de las telecomunicaciones informáticas y de los sistemas de participación informática, a la Iglesia se le ofrecen nuevos medios para llevar a cabo su misión. Métodos para facilitar la comunicación y el diálogo entre sus propios miembros pueden fortalecer los vínculos de unidad entre los mismos. El acceso inmediato a la información le da a la Iglesia la posibilidad de ahondar en su diálogo con el mundo contemporáneo. En el marco de la nueva "cultura informática". La Iglesia tiene más facilidades para informar al mundo acerca de sus creencias y explicar los motivos de sus posturas sobre cualquier problema o acontecimiento concretos. También puede escuchar con más claridad la voz de la opinión pública y estar en el centro de una discusión continua con el mundo, comprometiéndose así a sí misma más inmediatamente en la búsqueda común por resolver los problemas más urgentes de la humanidad (cf. *Communio et progressio*, 144 ss.).

Está claro que la Iglesia tiene que utilizar los nuevos recursos facilitados por la investigación humana en la tecnología de computadoras y satélites para su cada vez más urgente tarea de evangelización. Su mensaje más vital y urgente se refiere al conocimiento de Cristo y al camino de salvación que Él propone. Eso es algo que la Iglesia tiene que poner a disposición de las personas de cualquier edad, invitándolas a abrazar el Evangelio por amor, y ello sin olvidar que "la verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la vez fuertemente en las almas" (*Dignitatis humanae*, 1).

La sabiduría y perspicacia del pasado nos enseñan que Dios "habló según los tipos de cultura propios de cada época. De igual manera, la Iglesia, al vivir durante el transcurso de la historia en variedad de circunstancias, ha empleado los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje de Cristo en su predicación" (*Gaudium et spes*, 58). "El primer anuncio, la catequesis o el ulterior ahondamiento de la fe, no pueden prescindir de (los) medios (de comunicación social)... La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más. Con ellos la Iglesia 'pregona desde los terrados' (cf. Mt 10, 27; Lc 12, 3) el mensaje del que es depositaria" (*Evangelii nuntiandi*, 45).

Sin duda, tenemos que estar agradecidos por la nueva tecnología que nos permite almacenar información en amplias memorias artificiales creadas por el hombre, facilitándonos así un acceso extenso e instantáneo al conocimiento que es nuestra herencia humana, a la enseñanza y tradición de la Iglesia, a las palabras de la Sagrada Escritura, a los consejos de los grandes maestros de espiritualidad, a la historia y tradiciones de las Iglesias locales, órdenes religiosas e institutos seculares, así como a las ideas y experiencias de los precursores e innovadores cuya intuición lleva un testimonio constante de la fiel presencia

en nuestro medio de un Padre amoroso que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo (cf. Mt 13, 52).

Los jóvenes, muy especialmente, se adaptan de buen grado a la cultura informática y a su "lenguaje". Y ello es, desde luego, un motivo de satisfacción. Tenemos que fiarnos de los jóvenes (cf. *Communio et progressio*, 70). Han tenido la ventaja de crecer junto con los nuevos desarrollos, y les corresponderá a ellos utilizar esos nuevos instrumentos para un diálogo más amplio e intenso entre todas las diversas razas y categorías que comparten este planeta, "cada vez más pequeño". También será suya la tarea de buscar modos de utilizar los nuevos sistemas de conservación e intercambio de datos para contribuir a la promoción de una mayor justicia universal, de un mayor respeto a los derechos humanos, de un sano desarrollo para todos los individuos y pueblos, y de las libertades que son esenciales para una vida plenamente humana.

Sea cual sea nuestra edad, tenemos que afrontar el desafío de los descubrimientos y nuevas tecnologías, aplicándoles una visión moral basada en nuestra fe, en nuestro respeto a la persona humana y en nuestro empeño por transformar el mundo según el designio de Dios. En esta Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, oremos por una utilización sabia de las potencialidades de esta "edad informática", con el fin de servir a la vocación humana y trascendente de cada ser humano, y así glorificar al Padre de quien viene todo bien.

Vaticano, 24 de enero de 1990.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 25ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: Los medios de comunicación como dones de Dios**

12 de mayo de 1991

Queridos hermanos y hermanas:

Para la celebración de esta Jornada mundial para las comunicaciones sociales, volvemos de nuevo al tema que constituye el mensaje central de la instrucción pastoral *Communio et progressio*, aprobada por el Papa Pablo VI en 1971, concerniente a la aplicación del decreto del Concilio Vaticano II sobre los medios de comunicación social. Preparada según el deseo de los padres conciliares, dicha instrucción contempló, en su día, las principales finalidades de la comunicación social y todos los medios de que se sirve para la unidad y el progreso de la familia humana. En el vigésimo aniversario de este importante documento, deseo contemplar de nuevo sus consideraciones básicas para invitar a los hijos de la Iglesia a que reflexionen una vez más acerca de los serios problemas y las numerosas oportunidades nuevas que ofrece el continuo desarrollo de los medios de comunicación, especialmente por lo que se refiere a la unidad y el progreso de todos los pueblos.

La Iglesia posee desde hace mucho tiempo la convicción de que los medios de comunicación social (prensa, radio, televisión, cine, ...) han de ser contemplados como «dones de Dios» (cf. Pío XII, carta encíclica *Miranda prorsus*, AAS, 24 [1957], pág. 765). La lista de los «dones» que ofrece la comunicación social ha continuado ampliándose desde que fue publicada la instrucción pastoral. Realidades tales como los satélites, las computadoras, las videograbadoras y los medios cada vez más perfectos para la transmisión de informaciones están ahora a disposición de la familia humana. El objeto de estos nuevos dones es el mismo que el de los demás medios de comunicación tradicionales: conducirnos a una fraternidad y comprensión mutuas cada vez mayores, y ayudarnos a avanzar en nuestro destino humano de hijos e hijas amados de Dios.

La relación entre esta consideración general y la reflexión que en esta ocasión deseo ofrecer es clara y directa: ese poder, puesto a disposición del hombre, significa un elevado sentido de responsabilidad en su utilización por parte de aquellos a quienes afecta. Según lo expresado en la instrucción pastoral de 1971, los medios de comunicación social son instrumentos carentes de vida propia. El que cumplan o no las finalidades para las cuales nos fueron dados, depende grandemente de la prudencia y sentido de responsabilidad con que se utilicen.

Desde el punto de vista cristiano son unos medios maravillosos a disposición del hombre, bajo la providencia de Dios, para construir unas relaciones más fuertes y claras entre los individuos y en toda la familia humana. En verdad, al desarrollarse, los medios de comunicación social son capaces de crear un nuevo lenguaje, que pone a la gente en condiciones de conocerse y entenderse mutuamente con mayor facilidad y, por tanto, de trabajar juntos con mayor prontitud en favor del bien común (cf. *Communio et progressio*

12). Pero para que sean medios eficaces de mayor compañerismo y de auténtico progreso humano, estos medios han de ser un canal y expresión de verdad, justicia, paz, buena voluntad y caridad activa, ayuda mutua, amor y comunión (cf. *Communio et progressio* 12 y 13). El que los medios puedan servir para enriquecer o empobrecer la naturaleza del hombre, depende de la visión moral y de la responsabilidad ética de quienes están implicados en el proceso de las comunicaciones y de aquellos que reciben el mensaje de estos medios.

Todo miembro de la familia humana, ya sea el más humilde de los consumidores o el más poderoso productor de programas, tiene su responsabilidad individual al respecto. Me dirijo, por esto, especialmente a los pastores de la Iglesia y a los fieles católicos que están comprometidos en la tarea de las comunicaciones sociales para reanimar en ellos el conocimiento de los principios y directrices que con tanta claridad quedaron ya expuestas en la *Communio et progressio*. Ojalá que todos entiendan mejor en dónde está su deber y se animen a realizar sus deberes como un servicio fundamental a la unidad y al progreso de la familia humana.

Abrigo la esperanza de que esta XXV Jornada mundial de las comunicaciones sociales sea ocasión para que las parroquias y comunidades locales presten una atención renovada a las diversas implicaciones de estos medios y a su influencia en la sociedad, en la familia y en los individuos, especialmente en los niños y en los jóvenes. Veinte años después de la publicación de la *Communio et progressio* cabe adherirse plenamente a aquello que el documento advierte y a las expectativas referentes al desarrollo de las comunicaciones: «Cada día, y con rapidez, crece la conciencia de la responsabilidad del pueblo de Dios en el uso de los medios de comunicación social para que éstos presten una fecunda y eficaz colaboración al progreso de la humanidad entera... a fin de que hasta el último rincón del orbe llegue el testimonio de Cristo Redentor» (n. 182). Pido a Dios fervientemente que os guíe y sostenga en la realización de esta gran tarea y esperanza.

Vaticano, 24 de enero de 1991, fiesta de san Francisco de Sales.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 26a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: los dones divinos de la palabra, el oído y la vista que nos permiten salir de nuestro aislamiento y de nuestra soledad**

31 de mayo de 1992

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace veintiséis años, siguiendo una directriz dada por el concilio Vaticano II, la Iglesia celebra una Jornada mundial dedicada a las comunicaciones sociales.

¿Qué se celebra en esta Jornada? Es un medio de agradecer un regalo específico de Dios, un regalo que tiene un gran significado en el período de la historia humana en el que estamos viviendo: el regalo de todos los recursos técnicos que facilitan, intensifican y enriquecen la comunicación entre los hombres.

En esta Jornada celebramos los dones divinos de la palabra, el oído y la vista que nos permiten salir de nuestro aislamiento y de nuestra soledad para intercambiar, con los que están a nuestro alrededor, las opiniones y sentimientos que albergan nuestros corazones. Celebramos los dones de la escritura y la lectura, por medio de los cuales nos enriquecemos con la sabiduría de nuestros antepasados y transmitimos nuestra propia experiencia y nuestras reflexiones a las generaciones venideras. A estos dones tan valiosos se añaden otras «maravillas» aún más admirables: «los maravillosos inventos de la técnica que... ha extraído el ingenio humano, con la ayuda de Dios, de las cosas creadas» (Inter mirifica, 1), inventos que en nuestro tiempo han aumentado y extendido inmensamente el alcance de nuestras comunicaciones y ha ampliado tanto el volumen de nuestra voz que ésta puede llegar simultáneamente a los oídos de incalculables multitudes.

Los medios de comunicación -en nuestra celebración no excluimos ninguno- son el billete de ingreso de todo hombre y toda mujer al mercado moderno, donde se expresan públicamente las propias opiniones, se realiza un intercambio de ideas, circulan las noticias y se transmiten y reciben informaciones de todo tipo (cf. Redemptoris missio, 37). Por todos estos dones damos gracias a Dios, nuestro Padre, de quien procede «toda dádiva buena y todo don perfecto» (St 1, 17).

Nuestra celebración, presidida por la alegría y la acción de gracias, a veces adquiere matices de tristeza y pesar. Los mismos medios de comunicación que celebramos nos dan constante muestra de las limitaciones de nuestra condición humana, de la presencia del mal en los individuos y en la sociedad, de la violencia insensata y de las injusticias que los hombres se infligen unos a otros con diversos pretextos. A través de estos medios, con frecuencia asistimos como espectadores indefensos a las crueldades que se cometen en todo el mundo, a causa de rivalidades históricas, prejuicios raciales, deseos de venganza, avidéz de poder, codicia, egoísmo o falta de respeto a la vida y a los derechos humanos. Los

cristianos deploran esas crueldades y sus motivaciones pero están llamados a hacer mucho más: deben esforzarse por vencer el mal con el bien (cf. Rm 12, 21).

La respuesta del cristiano al mal consiste, sobre todo, en escuchar la Buena Nueva y hacer cada vez más presente el mensaje de salvación de Dios en Jesucristo. Los cristianos tenemos una «buena nueva» que transmitir: el mensaje de Cristo, y hemos de compartirlo con todo hombre y toda mujer de bien que estén dispuestos a escuchar.

Hemos de compartirlo en primer lugar mediante el testimonio de nuestra vida; el Papa Pablo VI decía: «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio» (Evangelii nuntiandi, 41; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 21 de diciembre de 1975, pág. 7). Hemos de ser como una ciudad colocada sobre la cima de un monte, como una lámpara sobre el candelero, visible a todos. Nuestra luz debe iluminar como un faro que señale la ruta segura para llegar al puerto (cf. Mt 5, 13-14).

Todos los medios de comunicación que realmente reflejen la realidad de las cosas han de presentar a la atención del mundo la vida individual y comunitaria de los cristianos que dan testimonio de las creencias y valores que profesan. Esa proclamación del mensaje de Cristo puede hacer mucho bien. ¡Qué eficaz sería un testimonio de todos los miembros de la Iglesia!

Pero los seguidores de Cristo debemos ofrecer un testimonio más explícito. Hemos de proclamar nuestras creencias «a la luz del día» y «desde los tejados» (Mt 10, 27; Lc 12, 3), sin miedo y sin compromisos, adaptando el mensaje divino «a las formas de expresión de las personas y sus modelos de pensamiento» (Communio et progressio, 11), y respetando siempre sus creencias y convicciones, como esperamos que ellos respeten las nuestras. Una proclamación tiene que realizarse siempre con doble respeto que la Iglesia pide: respeto a todo ser humano sin excepción, en su búsqueda de respuesta a los interrogantes más profundos de la vida, y respeto a la acción del Espíritu, misteriosamente presente en todo corazón humano (cf. Redemptoris missio, 29).

Cristo no obligó a nadie a aceptar sus enseñanzas. Las presentaba a todos sin excepción, dejando que cada uno fuese libre de responder a su invitación. Este es el modelo que sus discípulos debemos seguir. Los cristianos afirmamos que todo hombre y toda mujer tienen derecho a escuchar el mensaje de salvación que Cristo nos ha dejado, y afirmamos que tienen derecho a seguirlo si les convence. Lejos de sentirnos obligados a pedir excusas por poner el mensaje de Cristo a disposición de todos, estamos convencidos de que tenemos derecho y obligación de hacerlo.

Existen también un derecho y una obligación de usar con ese fin todos los nuevos medios de comunicación, que caracterizan a nuestro tiempo. Realmente «la Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más» (Evangelii nuntiandi, 45).

Obviamente estos «poderosos medios» requieren preparación y entrenamiento específicos por parte de quienes los usan. Para poder transmitir el mensaje de forma inteligible, a través de estos «nuevos lenguajes» hacen falta aptitudes especiales y una capacitación apropiada.

A este respecto, con ocasión de la Jornada mundial de las comunicaciones sociales, recuerdo las actividades que han realizado en este campo muchos católicos y numerosas instituciones y organizaciones. Quiero mencionar en particular a las tres grandes Organizaciones católicas que trabajan en los medios de comunicación: la Oficina católica internacional del cine (OCIC), la Unión católica internacional de la Prensa (UCIP), y la Asociación católica internacional para la Radio y la Televisión (UNDA). A ellas en especial, gracias a sus amplios recursos de conocimiento profesional y a la capacidad y entusiasmo de sus miembros en todo el mundo, la Iglesia se dirige, con esperanza y confianza, pidiéndoles que proclamen el mensaje de Cristo de una forma adecuada a los instrumentos de que disponen ahora y con un lenguaje inteligible a las culturas - condicionadas por esos medios- a las que se deben dirigir.

Los profesionales católicos que trabajan en los medios de comunicación social -en su mayoría, seculares- merecen una mención especial, sobre todo en esta Jornada, por la gran responsabilidad que tienen, pero también se les debe mostrar el apoyo espiritual y la firme solidaridad de todos los fieles. Deseo animarlos a realizar un esfuerzo mayor y más urgente a fin de comunicar el mensaje a través de estos medios y capacitar a otros para que hagan lo mismo. Hago un llamamiento a todas las Organizaciones católicas, a las congregaciones religiosas y a los movimientos eclesiales, y en especial a las Conferencias episcopales (nacionales y regionales), para que fomenten la presencia de la Iglesia en esos medios y se esfuercen por lograr una mayor coordinación entre las agencias católicas implicadas. Para cumplir con su misión, la Iglesia necesita hacer un uso más amplio y más efectivo de los medios de comunicación social.

Que Dios fortalezca y sostenga a todos los católicos que trabajan en el mundo de las comunicaciones sociales, a fin de que realicen con más empeño el compromiso que el Señor duramente les pide. Como signo de su divina presencia y de su ayuda todopoderosa en sus esfuerzos les imparto de corazón mi bendición apostólica.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 1992, fiesta de san Francisco de Sales.



## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 27ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: Dos nuevos medios al servicio de la Iglesia: casetes y videocasetes**

23 de mayo de 1993

Queridos hermanos y hermanas:

A un año de la publicación de la instrucción pastoral *Aetatis novae* sobre los medios de comunicación social, invito una vez más, a todos a reflexionar sobre la visión del mundo moderno que la Instrucción presenta y sobre las implicaciones prácticas de las situaciones que describe. La Iglesia no puede ignorar los numerosos cambios sin precedentes que el progreso ha ocasionado en este importante y omnipresente aspecto de la vida moderna. Cada uno de nosotros debe interrogarse acerca de la sabiduría necesaria para apreciar las oportunidades que el desarrollo de las modernas tecnologías de comunicación ofrecen al servicio de Dios y de su pueblo reconociendo al mismo tiempo el desafío que tal progreso inevitablemente plantea.

Como la instrucción pastoral *Aetatis novae* nos recuerda, «las comunicaciones conocen una expansión considerable que influye en las culturas de todo el mundo» (n. 1). Realmente podemos hablar de una nueva cultura creada por las comunicaciones modernas, que a todos afectan particularmente a las generaciones más jóvenes. En gran parte esa nueva cultura es resultado de los avances tecnológicos que ha suscitado «nuevas vías de comunicación, con nuevos lenguajes, nuevas técnicas y una nueva psicología» (cf. *Redemptoris missio*, 37). Hoy, la Iglesia, mientras se esfuerza por llevar a cabo su perenne misión de proclamar la palabra de Dios, afronta el inmenso desafío de evangelizar esta nueva cultura, y expresa la verdad invariable del Evangelio en su lenguaje. Ya que todos los creyentes están afectados por este desarrollo, a todos se nos pide que nos adaptemos a las situaciones cambiantes y que descubramos modos efectivos y responsables para el uso de los medios de comunicación, para la gloria de Dios y al servicio de su creación.

En mi mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales del año pasado, mencionaba que entre las realidades que celebramos en esta ocasión anual están los dones, dados por Dios, de la palabra, el oído y la vista, por medio de los cuales se hace posible la comunicación entre nosotros. Este año el tema de la Jornada alude a dos nuevos medios concretos, que sirven a estos sentidos de modo notable; a saber, casetes y videocasetes.

La casete y la videocasete nos han permitido tener al alcance de la mano y transportar fácilmente un número ilimitado de programas, con voz e imágenes como medio de instrucción o de entretenimiento, para entender de forma más completa noticias e información, o para apreciar la belleza y el arte. Es preciso reconocer estos nuevos recursos como instrumentos que Dios, por medio de la inteligencia y el ingenio humanos, ha puesto a nuestra disposición. Como todos los dones de Dios, están para ser usados para una buena causa y para ayudar a individuos y comunidades a crecer en el conocimiento y el aprecio de la verdad así como en sensibilidad hacia la dignidad y necesidades de los otros. Además

casetes y videocasetes pueden ayudar a los individuos a desarrollarse en el campo cultural social y religioso. Pueden ser de gran utilidad en la transmisión de la fe, aunque nunca puedan reemplazar el testimonio personal, que es esencial para la proclamación de la verdad completa y el valor del mensaje cristiano.

Espero que los profesionales de la producción de programas audiovisuales, en casetes u otras formas, reflexionen sobre la necesidad de que el mensaje cristiano consiga encontrar expresión, explícita o implícita, en la nueva cultura creada por la comunicación moderna (cf. *Aetatis novae*, 11). Esto no sólo debiera ser consecuencia natural de «la presencia activa y abierta de la Iglesia en el seno del mundo de las comunicaciones» (cf. *Aetatis novae*, 11), sino también el resultado de un preciso compromiso por parte de los comunicadores. Los profesionales de los medios, conscientes del auténtico valor, impacto e influencia de sus realizaciones, han de tener especial cuidado en hacerlos de tan alta calidad moral que sus efectos sobre la formación de la cultura sean siempre positivos. Deberán resistir al señuelo, siempre presente, de la ganancia fácil, y rechazar firmemente la participación en producciones que exploten las debilidades humanas, ofendan las conciencias o hieran la dignidad humana.

Es importante, también, que los usuarios de medios tales como las casetes o videocasetes no se consideren únicamente como meros consumidores. Cada persona, con el simple hecho de dar a conocer sus reacciones ante un medio a quienes los producen y comercializan, puede determinar el contenido y tono moral de futuras producciones. En particular a la familia, unidad básica de la sociedad, le afecta profundamente la atmósfera de los medios en que vive. Los padres, por lo tanto, tienen la grave tarea de educar a la familia en un uso crítico de los medios de comunicación social. Hay que explicar la importancia de esta tarea, especialmente a los matrimonios jóvenes. Ningún programa de catequesis debiera pasar por alto la necesidad de enseñar a niños y adolescentes un uso apropiado y responsable de los medios de comunicación.

En esta Jornada mundial de las comunicaciones sociales hago extensivo mi cordial saludo a todos los profesionales, hombres y mujeres empeñados en servir a la familia humana a través de los medios de comunicación a todos los miembros de las organizaciones católicas internacionales de comunicación social activas por el mundo, y al amplio cuerpo de usuarios de los medios de comunicación: una audiencia frente a la que los medios tienen una gran responsabilidad. Que Dios todopoderoso conceda a todos sus dones.

Vaticano, 24 de enero de 1993 fiesta de san Francisco de Sales, patrono de los periodistas.

# MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XXVIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

## Tema: La televisión

24 de enero de 1994

Queridos hermanos y hermanas:

En los últimos decenios la televisión ha revolucionado las comunicaciones influenciando profundamente la vida familiar. Hoy, la televisión es una fuente primaria de noticias, informaciones y entretenimiento para innumerables familias y forma parte de sus actitudes y opiniones, de sus valores y modelos de comportamiento.

La televisión puede enriquecer la vida familiar. Puede unir más estrechamente a los miembros de la familia y promover la solidaridad con otras familias y con la comunidad en general. Puede acrecentar no solamente la cultura general, sino también la religiosa, permitiendo escuchar la palabra de Dios, afianzar la propia identidad religiosa y alimentar la vida moral y espiritual.

La televisión puede también perjudicar la vida familiar: al difundir valores y modelos de comportamiento falseados y degradantes, al emitir pornografía e imágenes de violencia brutal al inculcar el relativismo moral y el escepticismo religioso; al dar a conocer relaciones deformadas, informes manipulados de acontecimientos y cuestiones actuales; al transmitir publicidad que explota y reclama los bajos instintos y exalta una visión falseada de la vida que obstaculiza la realización del mutuo respeto, de la justicia y de la paz.

Incluso cuando los programas televisivos no son moralmente criticables, la televisión puede tener efectos negativos en la familia. Puede contribuir al aislamiento de los miembros de la familia en su propio mundo, impidiendo auténticas relaciones interpersonales, puede también dividir a la familia, alejando a los padres de los hijos y a los hijos de los padres.

Dado que la renovación moral y espiritual de toda la familia humana ha de encontrar su raíz en la auténtica renovación de cada una de las familias, el tema de la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1994, Televisión y familia: criterios para saber mirar resulta especialmente adecuado, sobre todo durante este Año internacional de la familia, en el que la comunidad mundial está buscando la manera de reforzar la vida familiar.

En este mensaje, deseo subrayar especialmente las responsabilidades de los padres, de los hombres y las mujeres de la industria televisiva, de las autoridades públicas y de los que cumplen sus deberes pastorales y educativos en el interior de la Iglesia. En sus manos está el poder de hacer de la televisión un medio cada vez más eficaz para ayudar a las familias a desempeñar su propio papel, que es el de constituir una fuerza de renovación moral y social.

Dios ha confiado a los padres la grave responsabilidad de ayudar a los hijos «desde la más tierna edad, a buscar la verdad y a vivir en conformidad con la misma, a buscar el bien y a fomentarlo (Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 1991, n. 3; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 21 de diciembre de 1990, p. 22). Éstos tienen pues, el deber de conducir a sus hijos a que aprecien «todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable» (Flp 4, 8).

Por tanto, además de ser espectadores capaces de discernir por sí mismos, los padres deberían contribuir activamente a formar en sus hijos hábitos de ver la televisión, que les lleven a un sano desarrollo humano, moral y religioso. Los padres deberían informar anticipadamente a sus hijos acerca del contenido de los programas y hacer una selección responsable teniendo como objetivo el bien de la familia, para decidir cuáles conviene ver y cuáles no. A este respecto, pueden resultar útiles las reseñas y juicios facilitados por agencias religiosas y por otros grupos responsables, así como adecuados programas educativos propuestos por los medios de comunicación social. Los padres deberían también discutir con sus hijos sobre la televisión, ayudándoles a regular la cantidad y la calidad de los programas, y a percibir y juzgar los valores éticos que encierran determinados programas, porque la familia es «el vehículo privilegiado para la transmisión de aquellos valores religiosos y culturales que ayudan a la persona a adquirir la propia identidad» (Mensaje para la Jornada mundial de la Paz 1994, n. 2; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 17 de diciembre de 1993, p. 5).

Formar esos hábitos en los hijos a veces equivale simplemente a apagar la televisión porque hay algo mejor que hacer porque es necesario en atención a otros miembros de la familia o porque la visión indiscriminada de la televisión puede ser perjudicial. Los padres que de forma regular y prolongada usan la televisión como una especie de niñera electrónica abdican de su papel de educadores primarios de sus hijos. Tal dependencia de la televisión puede privar a los miembros de la familia de las posibilidades de interacción mutua a través de la conversación, las actividades y la oración en común. Los padres prudentes son también conscientes del hecho de que los buenos programas han de integrarse con otras fuentes de información, entretenimiento, educación y cultura.

Para garantizar que la industria televisiva tutele los derechos de la familia, los padres deberían poder expresar sus legítimas preocupaciones a productores y responsables de los medios de comunicación social. A veces resultará útil unirse a otros para formar asociaciones que representen sus intereses con respecto a los medios de comunicación, a los patrocinadores y anunciantes, y a las autoridades públicas.

Todos los que trabajan para la televisión —dirigentes y responsables, productores y directores, escritores y estudiosos, periodistas, presentadores y técnicos— tienen gran responsabilidad en relación con las familias, que constituyen una porción muy notable de su público. En su vida profesional y personal, los que trabajan en la televisión deberían tratar de ponerse al servicio de la familia en cuanto comunidad fundamental de vida, amor y solidaridad de la sociedad. Reconociendo la influencia del medio de comunicación en que trabajan, deberían promover los valores espirituales y morales y oponerse a «cuanto pueda herir la familia en su existencia, su estabilidad, su equilibrio y su felicidad» por incluir

«erotismo o violencia, apología del divorcio o actitudes antisociales de los jóvenes» (Pablo VI, Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales 1969, n. 2; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 18 de mayo de 1969, p. 2).

La televisión se ocupa a menudo de temas serios: la debilidad humana y el pecado, y sus consecuencias para los individuos y la sociedad; el fracaso de instituciones sociales, incluidos el gobierno y la religión; apremiantes cuestiones acerca del sentido de la vida. Debería tratar estos temas de manera responsable, sin sensacionalismo y con sincera solicitud por el bien de la sociedad, así como con escrupuloso respeto hacia la verdad. «La verdad os hará libres» (Jn 8, 32), dijo Jesús y, en último término, toda la verdad tiene su fundamento en Dios, que es también la fuente de nuestra libertad y creatividad.

Al cumplir las propias responsabilidades, la industria televisiva debería desarrollar y observar un código ético que incluya el compromiso de satisfacer las necesidades de las familias y promover los valores que sostienen la vida familiar. También los Consejos de los medios de comunicación, formados tanto por miembros de la industria como por representantes del público, son un modo muy adecuado para hacer que la televisión responda más a las necesidades y a los valores de sus espectadores.

Los canales de televisión, tanto públicos como privados, representan un medio público al servicio del bien común; no son sólo una garantía privada de intereses comerciales o un instrumento de poder o de propaganda para determinados grupos sociales, políticos o económicos; han de estar al servicio del bienestar de la sociedad en su totalidad.

Por tanto, en cuanto célula fundamental de la sociedad, la familia merece ser asistida y defendida con medidas apropiadas por parte del Estado y de otras instituciones (cf. Mensaje para la Jornada mundial de la Paz 1994, n. 5). Eso implica algunas responsabilidades por parte de las autoridades públicas con respecto a la televisión.

Reconociendo la importancia de un libre intercambio de ideas y de informaciones, la Iglesia apoya la libertad de palabra y de prensa (cf. Gaudium et spes, 59). Al mismo tiempo, insiste en el hecho de que se ha de respetar «el derecho de los individuos, de las familias y de la sociedad a la vida privada, a la decencia pública y a la protección de los valores esenciales de la vida» (Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, Pornografía y violencia en las comunicaciones sociales. Una respuesta pastoral, n. 21; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 4 de junio de 1989, p. 18). Se invita a las autoridades públicas a que establezcan y hagan respetar modelos éticos razonables para la programación, que promuevan los valores humanos y religiosos en los que se basa la vida familiar y desaconsejen todo lo que le perjudique. También han de promover el diálogo entre la industria televisiva y el público, facilitando estructuras y oportunidades para que pueda tener lugar.

Por su parte, las organizaciones vinculadas a la Iglesia prestan un servicio excelente a las familias, instruyéndolas acerca de los medios de comunicación social y ofreciéndoles juicios sobre películas y programas. En donde los recursos lo permitan, las organizaciones eclesiales de comunicación social pueden también ayudar a las familias produciendo y transmitiendo programas para las familias o promoviendo este tipo de programación. Las

Conferencias episcopales y las diócesis deberían mostrar, con energía, la «dimensión familiar» de la televisión, como parte de su programa pastoral para la comunicaciones (cf. Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, *Aetatis novae*, 21-23, cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de marzo de 1992, p. 13).

Ya que los profesionales de la televisión se esfuerzan en presentar una visión de la vida a un amplio público, que incluye niños y jóvenes, es conveniente que cuenten con el ministerio pastoral de la Iglesia, que les puede ayudar a apreciar los principios éticos y religiosos que confieren pleno significado a la vida humana y familiar. «Estos programas pastorales deberán comportar una formación permanente que pueda ayudar a estos hombres y mujeres —muchos de los cuales desean sinceramente saber y practicar lo que es justo en el campo ético y moral— a estar cada vez más imbuidos por los criterios morales, en su vida tanto profesional como privada» (cf. Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, *Aetatis novae*, 19, cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de marzo de 1992, p. 13).

La familia, basada en el matrimonio, es una comunión única de personas que Dios ha querido que sea «la unidad fundamental y natural de la sociedad» (Declaración universal de los derechos del hombre art. 16, 3). La televisión y los otros medios de comunicación social tienen un poder inmenso para sostener y reforzar esa comunión en el interior de la familia, así como la solidaridad con otras familias y un espíritu de servicio con respecto a la sociedad. La Iglesia —que es una comunión en la verdad y en el amor de Jesucristo, la Palabra de Dios—, agradecida por la contribución que la televisión, en cuanto medio de comunicación, ha dado y puede dar a esa comunión en el seno de las familias y entre las familias, aprovecha la ocasión de la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1994 para animar a las mismas familias, a los que trabajan en el ámbito de los medios de comunicación y a las autoridades públicas a que realicen con plenitud su noble misión de reforzar y promover la familia, primera y más vital comunidad de la sociedad.

Vaticano, 24 de enero de 1994

JOANNES PAULUS PP. II

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

**Tema: "El cine, transmisor de cultura y de valores"**

(28 de mayo de 1995)

Queridos hermanos y hermanas:

Este año, con ocasión de la Jornada mundial de las comunicaciones sociales, deseo invitaros a reflexionar sobre el cine, entendido como transmisor de cultura y de valores. Como seguramente sabréis, de hecho este año comienzan en todo el mundo las celebraciones para recordar el primer centenario de este difundido medio de expresión de fácil acceso para todos.

La Iglesia con frecuencia ha insistido en la importancia de los medios de comunicación en la transmisión y en la promoción de los valores humanos y religiosos (cf. Pío XII, *Miranda prorsus*, 1957) y las consiguientes responsabilidades concretas de los que trabajan en este difícil sector. De hecho, considerados los progresos y el desarrollo que ha conocido en estos últimos decenios el mundo de las comunicaciones sociales, es bien consciente sea del peligroso poder de condicionamiento que contienen los medios de comunicación, sea de las posibilidades que éstos ofrecen, si se usan sabiamente, como valiosa ayuda para la evangelización. Como escribí en el mensaje publicado con ocasión de la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1989 «la cuestión que hoy se plantea para la Iglesia ya no es la de saber si el hombre de la calle todavía puede percibir un mensaje religioso, sino la de encontrar los mejores lenguajes de comunicación que le permitan dar todo su impacto al mensaje evangélico» (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 5 de marzo de 1989, p. 12).

Entre los medios de comunicación social, el cine es sin duda un instrumento muy difundido y apreciado y de él parten con frecuencia mensajes capaces de influenciar y condicionar las elecciones del público, sobre todo del más joven, en cuanto forma de comunicación que se basa no tanto en las palabras, cuanto en hechos concretos, expresados con imágenes de gran impacto sobre los espectadores y su subconsciente.

El cine, desde su nacimiento, aun provocando algunas veces, por algunos aspectos de su multiforme producción, motivos de crítica y de censura por parte de la Iglesia, con frecuencia ha tratado también temas de gran significado y valor desde el punto de vista ético y espiritual. Me complace recordar aquí, por ejemplo, las numerosas versiones cinematográficas de la vida y pasión de Jesús y de la vida de los santos, que todavía se conservan en muchas filmotecas y que sirvieron, sobre todo, para animar numerosas actividades culturales, recreativas y catequéticas, por iniciativa de muchas diócesis, parroquias e instituciones religiosas. De estas premisas se ha ido desarrollando un amplio

filón de cine religioso, con una enorme producción de películas que tuvieron gran influjo sobre las masas, a pesar de los límites que el tiempo, inevitablemente, tiende a evidenciar.

Algunos valores humanos y religiosos que merecen atención y alabanza están con frecuencia presentes no sólo en las películas que hacen referencia directa a la tradición del cristianismo sino también en las películas de culturas y religiones diferentes, confirmando de esta manera la importancia del cine, entendido incluso como vehículo de intercambios culturales e invitación a la apertura y a la reflexión con respecto a realidades ajenas a nuestra formación y mentalidad. En este sentido, el cine permite superar las distancias y adquiere la dignidad propia de la cultura, el «modo específico de existir y ser del hombre que dentro de cada comunidad crea un conjunto de vínculos entre las personas, que determinan el carácter interhumano y social de la existencia humana» (Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1984, n. 2; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española 3 de junio de 1984, p. 1).

A todos los que trabajan en el sector cinematográfico dirijo una calurosa invitación a no renunciar a este importante elemento cultural, ya que preocuparse de producciones sin contenido y dedicadas exclusivamente al entretenimiento, con el único objetivo de hacer que aumente el número de espectadores, no va de acuerdo con las más auténticas y profundas exigencias y expectativas de la persona humana.

Como sucede con todos los medios de comunicación social, el cine, además de tener el poder y el gran mérito de contribuir al crecimiento cultural y humano de la persona, puede coartar la libertad sobre todo de los más débiles, cuando desfigura la verdad (cf. Pío XII, Miranda prorsus, 1957), y se presenta como espejo de comportamientos negativos, con el uso de escenas de violencia y sexo que ofenden la dignidad de la persona y pretenden «suscitar emociones violentas para estimular la atención» del espectador (Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1981, n. 4, cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 31 de mayo de 1981, p. 10). No se puede definir libre expresión artística la actitud de quien, irresponsablemente, suscita degradantes emulaciones cuyos efectos dañosos leemos cada día en las páginas de la crónica. Como nos recuerda el evangelio, sólo con la verdad el hombre se vuelve libre (cf. Jn 8, 32).

La urgencia de ese problema en nuestra sociedad, que parece hallar con demasiada frecuencia modelos negativos en los estímulos cotidianos que el cine ofrece, así como en la televisión y la prensa, me impulsa a dirigir una vez más, un apremiante llamamiento, ya sea a los responsables del sector para que se esfuercen por actuar con profesionalidad y responsabilidad, ya a los receptores para que afronten con espíritu crítico las propuestas, cada vez más apremiantes, del mundo de los medios, incluido el cine, y traten de discernir lo que puede ser motivo de crecimiento y lo que puede constituir ocasión de daño.

Cuando el cine, obedeciendo a uno de sus principales objetivos, ofrece una imagen del hombre tal como es, debe proponer, partiendo de la realidad válidas ocasiones de reflexión sobre las condiciones concretas en las que vive. Ofrecer puntos de reflexión sobre temas como el compromiso en lo social, la denuncia de la violencia, de la marginación, de la guerra y de las injusticias, con frecuencia afrontados por el cine durante los cien años de su



historia, y que no pueden dejar indiferentes a cuantos están preocupados por la suerte de la humanidad, significa promover los valores que la Iglesia siente como suyos y contribuir materialmente a su difusión a través de un medio que tan fácilmente influye sobre el público (cf. Pío XII, *Il film ideale*, 1955).

Sobre todo hoy, en los umbrales del tercer milenio, es indispensable afrontar determinados interrogantes, no eludir los problemas, sino buscar soluciones y respuestas. En este marco no conviene olvidarse de dar al cine el puesto y el valor que le corresponde, exhortando a los responsables, en todos los niveles, a que tomen plena conciencia del gran influjo que pueden ejercer sobre la gente y la misión que deben desempeñar en nuestro tiempo que, cada vez más, siente la urgencia de mensajes universales de paz y tolerancia, así como la llamada a los valores que encuentran fundamento en la dignidad conferida al hombre por Dios creador.

Los que trabajan en el delicado sector del cine, en cuanto comunicadores, deben mostrarse abiertos al diálogo y a la realidad que les rodea, esforzándose por subrayar los acontecimientos más importantes con la realización de obras que estimulen a la reflexión, siendo conscientes de que tal apertura, al favorecer el acercamiento de las distintas culturas y de los hombres entre sí, puede producir frutos positivos para todos.

Para asegurar la plena y completa comprensión de los mensajes que el cine puede proponer para el crecimiento humano y espiritual de los usuarios, es también importante cuidar la formación de los espectadores en el lenguaje cinematográfico que, con frecuencia, renuncia a la representación directa de la realidad para recurrir a simbologías que no siempre son fáciles de comprender; sería oportuno que en las escuelas los profesores dedicasen atención al problema sensibilizando a los estudiantes ante las imágenes y desarrollando con el tiempo su actitud crítica con respecto a un lenguaje que ya forma parte de nuestra cultura también porque «la aplicación de la tecnología de las comunicaciones no se ha hecho bien del todo y todos sabemos que su utilización adecuada necesita valores sanos y elecciones prudentes por parte de las personas, del sector privado, de los gobiernos y del conjunto de la sociedad» (*Aetatis novae*, 12; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de marzo de 1992, p. 12).

Mientras no se ha apagado todavía el eco de los mensajes y de las reflexiones que han acompañado las celebraciones del Año de la familia, recién concluido, creo que es importante recordar a las familias que también ellas tienen el deber de formar a los hijos en una exacta lectura y comprensión de las imágenes cinematográficas que entran cada día en sus casas, gracias a los televisores y a los videoregistradores, que incluso los muchachos más jóvenes son capaces ya de hacer funcionar.

En el marco de la necesaria formación de los receptores, no hay que olvidar el aspecto social del cine, que puede ofrecer ocasiones oportunas de diálogo entre los que disfrutan de ese medio, a través del intercambio de opiniones sobre el tema tratado. Sería, por tanto muy útil facilitar, sobre todo para los más jóvenes, la creación de «cineforum» que, animados por válidos y expertos educadores, conduzcan a los jóvenes a que se expresen y aprendan a escuchar a los otros, en debates constructivos y serenos.

Antes de concluir este mensaje, no puedo dejar de llamar la atención sobre el particular compromiso que esa temática exige de todos los que se declaran cristianos y que conocen su misión en el mundo: proclamar el Evangelio, la buena noticia de Jesús, redentor del hombre, a todos los hombres de su tiempo.

El cine, con sus múltiples potencialidades, puede convertirse en valioso instrumento para la evangelización. La Iglesia exhorta a los directores, a los cineastas y a los que, en todos los niveles profesándose cristianos, trabajan en el complejo y heterogéneo mundo del cine, a actuar de forma plenamente coherente con su fe, tomando valerosamente iniciativas incluso en el campo de la producción para hacer cada vez más presente en ese mundo, a través de su labor profesional, el mensaje cristiano que es para todo hombre mensaje de salvación.

La Iglesia siente el deber de ofrecer, sobre todo a los más jóvenes, la ayuda espiritual y moral sin la cual es casi imposible obrar en el sentido deseado, y debe intervenir concretamente, en ese asunto, con oportunas iniciativas de apoyo y de estímulo.

Con la esperanza de que estas palabras mías puedan ser para todos motivo de reflexión y ocasión de renovado empeño envío de corazón una especial bendición apostólica a cuantos trabajan en el sector, en los diversos oficios, y a todos los que tratan de usar el cine como auténtico vehículo de cultura para el crecimiento integral de todo hombre y de la sociedad entera.

Vaticano, 6 de enero de 1995, Epifanía del Señor.

JOANNES PAULUS PP. II

## MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 30a JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Los medios de Comunicación social: un ámbito moderno para la promoción de la mujer en la sociedad".**

19 mayo 1996

Queridos Hermanos y Hermanas:

El tema de la Jornada Mundial para las Comunicaciones Sociales de este año -"los medios de comunicación social: un ámbito moderno para la promoción de la mujer en la sociedad"-, reconoce que las comunicaciones sociales desempeñan un papel crucial no sólo para promover la justicia y la igualdad de las mujeres, sino también para incrementar el aprecio hacia sus dones específicos, lo que ya tuve ocasión de indicar como "el genio" de las mujeres (Cfr. *Mulieris dignitatem*, 30; Carta a las Mujeres, 10).

El año pasado, en mi Carta a las Mujeres, procuré dar comienzo a un diálogo, especialmente con las propias mujeres, acerca de lo que significa ser mujer en el día de hoy (Cfr. n. 1). Indiqué también alguno de los "obstáculos que, en tantas partes del mundo, impiden todavía la plena inserción de las mujeres en la vida social, política y económica" (n. 4). Se trata de un diálogo que el mundo de las comunicaciones sociales puede -y sin duda debe- promover y apoyar. Es de alabar que los comunicadores a menudo se constituyan en defensores de los que no tienen voz y de los marginados. Ellos se encuentran en una posición privilegiada para estimular también la conciencia social en referencia a dos serias cuestiones relativas a la mujer en el mundo actual.

En primer lugar, como hice presente en mi Carta, a menudo se penaliza a la maternidad en vez de gratificarla, no obstante que la humanidad deba su propia supervivencia a aquellas mujeres que escogieron ser esposas y madres (Cfr. n. 4). Ciertamente es una injusticia discriminar, desde el punto de vista económico o social, precisamente aquellas mujeres por seguir su vocación fundamental. Igualmente llamé la atención sobre la urgente necesidad de alcanzar en todas las áreas: un mismo salario para igual trabajo, protección adecuada a las madres trabajadoras, justa promoción en la carrera, igualdad entre esposos en el derecho de familia y el reconocimiento de todo lo perteneciente a los derechos y deberes del ciudadano en un sistema democrático (cfr. n. 4).

En segundo lugar, el progreso de una genuina emancipación de la mujer es una cuestión de justicia, que no cabe ignorar por más tiempo; es también una cuestión de bienestar social. Afortunadamente se da una conciencia cada vez mayor de que las mujeres han de poder desempeñar su papel en la solución de los graves problemas de la sociedad y de su futuro. En cada área, "se valorará cada vez más la mayor presencia de la mujer en la sociedad, porque contribuirá en poner de manifiesto las contradicciones de una sociedad organizada sobre criterios de eficiencia y productividad y obligará a formular de nuevo los sistemas en

función de los procesos de humanización que caracterizan la 'civilización del amor'" (Ibid. n. 4).

La "civilización del amor" consiste, especialmente, en una radical afirmación del valor de la vida y el valor del amor. Las mujeres están especialmente calificadas y privilegiadas en ambas áreas. En referencia a la vida, aunque las mujeres no sean las únicas responsables en la afirmación de su valor intrínseco, se encuentran en posición única para ello, a causa e su relación íntima con el misterio de la transmisión de la vida. En cuanto al amor, las mujeres poseen la capacidad de llevar a todos los aspectos de la vida, incluyendo los más altos niveles de toma de decisión, aquella calidad esencial de la femineidad que consiste en la objetividad de juicio, templada por la capacidad de comprender en profundidad las exigencias de las relaciones interpersonales.

Los mass media -que incluyen la prensa, el cine, la radio y la televisión, así como la industria musical y las redes informáticas representan un foro moderno en donde la información se recibe y transmite rápidamente a un auditorio global, y en donde se intercambian ideas, se forman actitudes -y, en realidad, en donde se configura la nueva cultura-. Estos medios están por lo mismo destinados a ejercer una poderosa influencia en la determinación de si una sociedad reconoce y valoriza plenamente no tan sólo los derechos, sino también los dones especiales de la mujer.

Tristemente hay que reconocer que muchas veces los mass media explotan a la mujer en vez de enaltecerla. Son muchas las veces en que se la trata no como persona, con una dignidad inviolable, sino como objeto cuya finalidad es la satisfacción de los apetitos de placer o de poder de otros ¡Cuántas veces se minimiza, e incluso se ridiculiza, el papel de la mujer como esposa y madre! ¡Cuántas veces el papel de la mujer en el mundo de los negocios o de la vida profesional se presenta como una caricatura masculina, una negación de los dones específicos de la perspectiva femenina, compasión y comprensión, que tanto contribuye a la "civilización del amor"!

Las mujeres pueden hacer mucho para promover una mejor aproximación de la mujer misma a los mass media: promoviendo programas educativos a través de estos medios, enseñando a los demás, especialmente a las familias, a constituirse en usuarios capaces de discernir en el mercado de los mismos medios, dando a conocer sus puntos de vista a las compañías de producción, a los periodistas, a las redes de transmisión y a los anunciantes en referencia a programas, publicaciones, que ofendan la dignidad de la mujer o rebajen su papel en la sociedad. Es más, las mujeres pueden y deben prepararse a sí mismas para asumir posiciones de responsabilidad y creatividad en los medios de comunicación social, no en concurrencia o imitando los papeles masculinos, sino imprimiéndoles, en el propio trabajo y en su actividad profesional, su genio específico.

Sería bueno que los mass media focalizasen las verdaderas heroínas de la sociedad, incluyendo a las mujeres santas de la tradición cristiana, como modelos para las generaciones jóvenes y futuras. No podemos olvidar, al respecto, la multitud de mujeres consagradas que lo han sacrificado todo para seguir a Jesús y dedicarse a la plegaria y al servicio de los pobres, los enfermos, los analfabetos, los jóvenes, los ancianos, los

minusválidos... Muchas de estas mujeres trabajan en los medios de comunicación social, haciendo que "el Evangelio sea predicado a los pobres" (Cfr. Luc 4, 18).

"Mi alma engrandece al Señor" (Luc 1, 46). La bienaventurada Virgen María empleó estas palabras para responder al saludo de su prima Santa Isabel, en realidad reconociendo así las "grandes cosas" que el Señor obró en ella. La imagen de mujer que transmiten los mass media debiera incluir el reconocimiento de que todo don femenino auténtico proclama la grandeza del Señor, del Señor que comunicó la vida y el amor, la bondad y la gracia, del Señor que es fuente de dignidad e igualdad de la mujer, y de su especial genio.

Hago votos para que esta 30ª Jornada Mundial para las Comunicaciones Sociales anime a todas las personas comprometidas en los medios de comunicación social, especialmente los hijos e hijas de la Iglesia, a que promuevan el genuino progreso de los derechos y de la dignidad de la mujer, proyectando una imagen que tenga en cuenta su lugar en la sociedad y que evidencie "la plena verdad sobre la mujer" (Carta a la mujer, n. 12).

Dado en el Vaticano, el 24 de Enero de 1996.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 31ª JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Comunicar a Jesús: el Camino, la Verdad y la Vida"**

11 de Mayo de 1997

Queridos hermanos y hermanas:

Al acercarse el final de este siglo y del milenio, presenciamos una expansión sin precedentes de los medios de comunicación social, con una oferta cada vez mayor de productos y servicios. Vemos la vida de más y más personas influida por el despliegue de las nuevas tecnologías de información y comunicación. Y con todo, existen todavía numerosas personas que no tienen acceso a los medios, antiguos o nuevos.

Aquéllos que se benefician de este desarrollo disponen de un creciente número de opciones. Cuantas más son las opciones, más difícil resulta escoger responsablemente. El hecho es que se da una dificultad creciente para proteger los propios ojos y oídos de imágenes y sonidos que llegan a través de los medios, inesperadamente y sin invitación previa. Es cada vez más complicado para los padres proteger a sus hijos de mensajes insanos, y asegurar que su educación para las relaciones humanas, así como su aprendizaje sobre el mundo, se efectúen de modo apropiado a su edad y sensibilidad, y a la maduración de su sentido del bien y el mal. La opinión pública se ha visto conmocionada por la facilidad con que las más avanzadas tecnologías de la comunicación pueden ser explotadas por quienes tienen malas intenciones. A la vez, ¿cómo no advertir la relativa lentitud por parte de quienes desean usar bien esas mismas oportunidades?

Debemos esperar que la brecha entre los beneficiarios de los nuevos medios de información y expresión, y aquéllos que hasta ahora no han tenido acceso a estos, no se convierta en otra obstinada fuente de desigualdad y discriminación. En algunas partes del mundo se alzan voces contra lo que se ve como el dominio de los medios por la llamada cultura occidental. Lo que producen los medios se percibe como la representación de valores apreciados por occidente y, por extensión, se supone que presenten valores cristianos. En realidad, en esta cuestión, a menudo el beneficio comercial es el que se considera como primer y auténtico valor.

Además, en los medios parece decrecer la proporción de programas que expresan anhelos religiosos y espirituales, programas moralmente edificantes y que ayuden a las personas a vivir mejor sus vidas. No es fácil permanecer optimistas sobre la influencia positiva de los mass media cuando éstos parecen ignorar el papel vital de la religión en la vida de la gente, o cuando las creencias religiosas son tratadas sistemáticamente en forma negativa y antipática. Algunos operadores de los medios -en especial los sectores dedicados al entretenimiento- parecen inclinarse hacia un retrato de los creyentes religiosos bajo la peor luz posible.

¿Existe todavía un lugar para Cristo en los mass media tradicionales? ¿Podemos reivindicar un lugar para El en los nuevos medios?

En la Iglesia, el año 1997, primero de los tres de preparación para el Gran Jubileo del año 2000, se está dedicando a la reflexión sobre Cristo, el Verbo de Dios hecho hombre por obra del Espíritu Santo (cf. Tertio millenio adveniente, 30). En consonancia, el tema de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales es "Comunicar a Jesucristo: el Camino, la Verdad y la Vida" (cf. Jn 14, 6).

Este tema ofrece la oportunidad a la Iglesia de meditar y actuar sobre la contribución específica que los medios de comunicación pueden hacer para difundir la Buena Noticia de la salvación en Jesucristo. También da la oportunidad a los comunicadores profesionales de reflexionar sobre cómo los temas y valores religiosos, así como los específicamente cristianos, pueden enriquecer tanto sus producciones en los medios como las vidas de aquéllos a quienes esos medios sirven.

Los actuales mass media se dirigen no sólo a la sociedad en general, sino sobre todo a las familias, a los jóvenes y también a los niños muy pequeños. ¿Hacia qué "camino" apuntan los medios? ¿Qué "verdad" proponen? ¿Qué "vida" ofrecen? Esto interesa no sólo a los cristianos, sino a toda persona de buena voluntad.

El "camino" de Cristo es el camino de una vida virtuosa, fructífera y pacífica como hijos de Dios, como hermanos y hermanas de la misma familia humana; la "verdad" de Cristo es la verdad eterna de Dios, que se reveló a Sí mismo no sólo en el mundo creado, sino también a través de la Sagrada Escritura, y especialmente en y a través de su Hijo, Jesucristo, la Palabra hecha carne; y la "vida" de Cristo es la vida de la gracia, ese gratuito regalo de Dios que comparte su propia vida y nos hace capaces de vivir para siempre en su amor. Cuando los cristianos están verdaderamente convencidos de esto, sus vidas se transforman. Esta transformación se manifiesta no sólo en un testimonio personal que interpela y da credibilidad, sino asimismo en una urgente y eficaz comunicación, -también a través de los medios- de una fe vivida, que paradójicamente crece al ser compartida.

Es consolador saber que todos los que asumen el nombre de cristianos comparten esta misma convicción. Con el debido respeto por las actividades comunicacionales de cada una de las Iglesias y de las comunidades eclesiales, sería un significativo logro ecuménico que los cristianos pudieran cooperar más estrechamente entre sí en los mass media para preparar la celebración del próximo Gran Jubileo (cf. Tertio millenio adveniente, 41).

Todo debe focalizarse sobre el objetivo fundamental del Jubileo: el fortalecimiento de la fe y del testimonio cristianos. (ibid., 42).

La preparación para el 2000º Aniversario del nacimiento del Salvador se ha convertido, y lo era ya, en la clave de interpretación de lo que el Espíritu Santo está diciendo a la Iglesia y a las Iglesias en este momento (cf. ibid., 23). Los mass media tienen un significativo papel que cumplir en la proclamación y expansión de esta gracia para la comunidad cristiana en sí y para el mundo en general.

El mismo Jesús que es "el camino, la verdad y la vida", es también "la luz del mundo": la luz que ilumina nuestro camino, la luz que nos hace capaces de percibir la verdad, la luz del Hijo que nos da la vida sobrenatural ahora y en el tiempo venidero. Los dos mil años que han pasado desde el nacimiento de Cristo representan una extraordinaria conmemoración para la humanidad en su conjunto, dado el relevante papel de la cristiandad durante estos dos milenios (cf. *ibid.*, 15). Sería oportuno que los medios reconocieran la importancia de esa contribución.

Tal vez uno de los regalos más bellos que podemos ofrecer a Jesucristo en el aniversario número dos mil de su nacimiento, sería que la Buena Nueva fuera al fin dada a conocer a cada persona en el mundo -antes que nada a través del testimonio del ejemplo cristiano- pero también a través de los Medios: "Comunicar a Jesucristo: el Camino, la Verdad y la Vida". Que esta sea la aspiración y el compromiso de todos los que profesan la singularidad de Jesucristo, fuente de vida y verdad (cf. Jn 5, 26; 10, 10 y 28), y quienes tienen el privilegio y la responsabilidad de trabajar en el vasto e influyente mundo de las comunicaciones sociales.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 1997



## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 32a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Animados por el Espíritu comuniquemos la esperanza"**

24 de Mayo de 1998

Queridos hermanos y hermanas:

1. En este segundo de los tres años preparatorios para el Gran Jubileo del Año 2000, dirigimos nuestra atención al Espíritu Santo y su acción en la Iglesia, en nuestras vidas y en el mundo. El Espíritu es el "custodio de la esperanza en el corazón humano" ("Dominum et Vivificantem", 67). Por esta razón, el tema de esta 32a. Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales es "Animados por el Espíritu, comuniquemos la esperanza".

La esperanza en la que el Espíritu Santo sostiene a los creyentes es sobre todo escatológica. Es la esperanza de la salvación: esperanza en el Cielo, esperanza en la perfecta comunión con Dios. Esta esperanza es, como afirma la Carta a los Hebreos, "un ancla para el alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allá donde Jesús entró por nosotros como precursor" (Heb 6,19-20).

2. Pero la esperanza escatológica que habita en los corazones cristianos está en íntima relación con la búsqueda de felicidad y plenitud en esta vida. La esperanza del Cielo anima la genuina preocupación por el bienestar de varones y mujeres aquí y ahora. "Si alguno dice 'amo a Dios' y odia a su hermano, es un mentiroso; porque quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Jn 4,20). La Redención, por la cual Dios sana la relación humano-divina, devuelve asimismo la salud a nuestra relación con los demás. Y la esperanza que nace de la Redención surge de esta doble reconciliación.

Por ello es tan importante que los cristianos se preparen al Gran Jubileo en la aurora del Tercer Milenio renovando su esperanza en el advenimiento del Reino de Dios al final de los tiempos, a la vez que escrutan más atentamente los signos de esperanza que encuentran en el mundo que los rodea. Entre estos signos de esperanza podemos señalar éstos: el progreso científico, tecnológico y especialmente médico, al servicio de la vida humana; una mayor conciencia de nuestra responsabilidad sobre el medio ambiente; los esfuerzos para restaurar la paz y la justicia allá donde han sido violentadas; un deseo de reconciliación y solidaridad entre los pueblos, en particular entre el Norte y el Sur del mundo. En la Iglesia también hay muchos signos de esperanza, entre ellos una escucha más atenta de la voz del Espíritu Santo, que alienta a la aceptación de los carismas y la promoción de los laicos, a un más hondo compromiso en favor de la unidad de los cristianos, y a un mayor reconocimiento de la importancia del diálogo con otras religiones y con la cultura contemporánea (Cf. "Tertio Millenio Adveniente", 46).

3. Los comunicadores cristianos tendrán credibilidad al comunicar esperanza si primero la viven en sus propias vidas, y esto sucederá si son hombres y mujeres de oración. Fortalecidos por el Espíritu Santo, la oración nos hace capaces de estar "siempre preparados

para dar razón de la esperanza" que ven en nosotros (1Pe 3,15). Así es como el comunicador cristiano aprende a presentar el mensaje de esperanza a los hombres y mujeres de nuestro tiempo con la fuerza de la verdad.

4. No debemos olvidar que la comunicación a través de los Medios no es un ejercicio práctico dirigido sólo a motivar, persuadir o vender. Todavía menos, un vehículo para la ideología. Los Medios pueden a veces reducir a los seres humanos a simples unidades de consumo, o a grupos rivales de interés, o a manipulados espectadores, lectores y oyentes considerados números de los que se obtiene un rendimiento, sea en ventas o en apoyo político. Y todo ello destruye la comunidad. La tarea de la comunicación es aunar a las personas y enriquecer sus vidas, no aislarlas ni explotarlas. Los medios de comunicación social, usados correctamente, pueden ayudar a crear y apoyar comunidades humanas basadas en la justicia y la caridad; en la medida en que hagan esto, serán signos de esperanza.

5. Los medios de comunicación social son realmente el nuevo "Areópago" del mundo de hoy. Un gran foro que, cuando cumple bien su papel, posibilita el intercambio de información veraz, de ideas constructivas y sanos valores, creando así comunidad. Esto se convierte a su vez en un desafío para la Iglesia, cuyo uso de las comunicaciones no debe limitarse a la difusión del Evangelio, sino debe realmente integrar el mensaje del Evangelio en la 'nueva cultura' creada por las modernas comunicaciones, con sus "nuevos lenguajes, nuevas técnicas y nueva psicología" ("Redemptoris Missio", 37).

Los comunicadores cristianos necesitan una formación que los capacite para trabajar con eficacia en un ambiente mediático como éste. Tal formación deberá ser extensa, e incluir un entrenamiento técnico, una profundización en lo moral y ético, con particular atención a los valores y normas significativos para su labor profesional; formación en cultura humana, filosofía, historia, ciencias sociales y estéticas. Pero primero que nada, deben recibir una formación de la vida interior, la vida del espíritu.

Los comunicadores cristianos necesitan ser hombres y mujeres cuya oración esté llena del Espíritu Santo, y los haga entrar cada vez más profundamente en comunión con Dios, para que crezca su capacidad de alentar la comunión entre sus semejantes. Deben ser enseñados en la esperanza por el Espíritu Santo, "agente principal de la nueva evangelización" ("Tertio Millenio Adveniente", 45), para que puedan comunicar esperanza a los demás.

La Virgen María es el perfecto modelo de la esperanza que los comunicadores cristianos buscan avivar en sí mismos y compartir con otros. "María ha llevado a su plena expresión el anhelo de los pobres de Yaveh, y resplandece como modelo para quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios" ("Tertio Millenio Adveniente", 48). La Iglesia, al dirigir sus pasos de peregrina hacia el Gran Jubileo, vuelve su mirada hacia María, cuya profunda escucha del Espíritu Santo abrió el mundo al gran acontecimiento de la Encarnación, fuente de toda nuestra esperanza.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 1998, Fiesta de San Francisco de Sales

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 33ª JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Los mass media: presencia amiga para quien busca al Padre"**

16 de Mayo de 1999

Queridos hermanos y hermanas:

1. Nos estamos acercando al Gran Jubileo, el dos mil aniversario del nacimiento de Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne, la celebración que abrirá la puerta del tercer milenio cristiano. En este último año de preparación, la Iglesia se dirige a Dios nuestro Padre, contemplando el misterio de su infinita misericordia. Él es el Dios de quien toda vida procede y a quien volverá; y Él es el Único que nos acompaña desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte como un amigo y compañero en nuestro camino.

Para la celebración de este año de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales he elegido el tema "Los mass-media: presencia amiga para quien busca al Padre". El tema implica dos interrogantes: ¿cómo podrían los medios trabajar con Dios en vez de contra Él? y ¿cómo podrían constituirse los medios en compañeros grato para aquellos que buscan la presencia del amor de Dios en sus vidas? Esto conlleva también una afirmación de hecho y una razón para dar gracias: lo que los medios hacen a veces es ayudar a que, quienes están buscando a Dios, realicen una nueva lectura del libro de la naturaleza, que es el reino de la razón, y del libro de la revelación, la Biblia, que es el reino de la fe. Finalmente, el tema implica una invitación y una esperanza: que los responsables del mundo de las comunicaciones sociales se comprometan cada vez más a ayudar en vez de impedir la búsqueda del sentido que es parte esencial de la vida humana.

2. Ser humano es ir buscando; y como subrayé en mi reciente Carta Encíclica *Fides et ratio*, toda búsqueda humana es, en definitiva, una búsqueda de Dios: "La Fe y la Razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo"(1). El Gran Jubileo será una celebración de Dios que es la meta de toda búsqueda humana, una celebración de la infinita misericordia que todos los hombres y mujeres desean - aunque con frecuencia ellos mismos se encuentran frustrados por el pecado lo cual, utilizando la expresión de San Agustín, es como buscar la cosa justa en el sitio equivocado (cf. *Confesiones*, X,38). Nosotros pecamos cuando buscamos a Dios donde no se le puede encontrar.

En consecuencia, hablando "para quien busca al Padre", tema de este año para la Jornada Mundial de las Comunicaciones, hablo también para cada hombre y mujer. Todos están buscando, aunque no todos buscan en el sitio justo. El tema reconoce la influencia excepcional de los medios en la cultura contemporánea y, por lo tanto, la especial responsabilidad de los medios para atestiguar la verdad sobre la vida, sobre la dignidad humana, sobre el verdadero sentido de nuestra libertad y mutua interdependencia.

3. En la trayectoria de la búsqueda humana, la Iglesia desea la amistad con estos medios, consciente de que toda forma de cooperación será para bien de todos. Cooperación significa también un mayor entendimiento entre todos. A veces las relaciones entre la Iglesia y los medios pueden deteriorarse por malentendidos mutuos que engendran temor y desconfianza. Es cierto que la cultura de la Iglesia y la cultura de los medios es diferente; de hecho en ciertos puntos existe un fuerte contraste. Pero no existe razón para que las diferencias hagan imposible la amistad y el diálogo. En muchas amistades profundas son precisamente las diferencias las que alientan la creatividad y establecen lazos.

La cultura del memorial de la Iglesia puede salvar a la cultura de la fugacidad de la “noticia” que nos trae la comunicación moderna, del olvido que corroe la esperanza; los medios, en cambio, pueden ayudar a la Iglesia a proclamar el Evangelio en toda su perdurable actualidad, en la realidad de cada día de la vida de las personas. La cultura de sabiduría de la Iglesia puede salvar a la cultura de información de los mass-media de convertirse en una acumulación de hechos sin sentido; y los medios pueden ayudar a la sabiduría de la Iglesia a permanecer alerta ante los impresionantes nuevos conocimientos que ahora emergen. La cultura de alegría de la Iglesia puede salvar la cultura de entretenimiento de los medios de convertirse en una fuga desalmada de la verdad y la responsabilidad; y los medios pueden ayudar a la Iglesia a comprender mejor cómo comunicar con la gente de forma atractiva y que a la vez deleite. Estos son algunos ejemplos de cómo una cooperación más estrecha en un espíritu de amistad y a un nivel más profundo puede ayudar a ambos, la Iglesia y los medios de comunicación social, a servir a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo en su búsqueda del sentido y la realización.

4. Con la reciente explosión de la información tecnológica, la posibilidad de comunicación entre individuos y grupos, en cualquier parte del mundo, nunca ha sido tan grande. Paradójicamente, todavía, muchas fuerzas que podrían conducir a una mejor comunicación pueden llevar también al aumento de la inadaptación y alienación. Sin embargo, nosotros mismos nos encontramos en un tiempo de amenaza y promesa. Ninguna persona de bien deseará que la amenaza prevalezca de forma que pueda producir todavía más sufrimiento humano – menos aún al final de un siglo y de un milenio que ha recibido una buena parte de aflicción.

Miremos por el contrario con gran esperanza al nuevo milenio, confiando que existirán personas en la Iglesia y en los medios dispuestas a cooperar para asegurar que la promesa prevalezca sobre la amenaza, la comunicación sobre la alienación. Esto asegurará que el mundo de los medios sea cada vez más un agradable compañero para todas las personas, presentándose a ellas con “noticias” unidas al recuerdo, la información unida a la sabiduría y el entretenimiento unido a la alegría. De este modo también se asegurará un mundo donde la Iglesia y los medios podrán trabajar juntos por el bien de la humanidad. Esto es lo que se necesita para que el poder de los medios no sea una fuerza que destruye sino un amor creativo, un amor que refleje el amor de Dios “que es Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos” (Ef 4, 6).

Puedan todos los que trabajan en el mundo de la comunicación social conocer la alegría de la amistad divina, de forma que conociendo la amistad de Dios puedan disfrutar de la

amistad de todos los hombres y mujeres en su camino hacia la casa del Padre, para quien es todo honor y gloria, alabanza y acción de gracias, con el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

24 de enero de 1999, Fiesta de San Francisco de Sales

Joannes Paulus II

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA 34a JORNADA MUNDIAL PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Anunciar a Cristo en los Medios de Comunicación Social al alba del Tercer Milenio"**

4 de Junio de 2000

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la trigésima cuarta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, Anunciar a Cristo en los Medios de Comunicación Social al alba del Tercer Milenio, nos invita a mirar hacia delante considerando los desafíos que nos esperan, y también a mirar hacia el pasado recordando el nacimiento del cristianismo para tomar de esos orígenes la luz y el valor que necesitamos. El centro del mensaje que proclamamos es siempre Jesús mismo. "Ante Él se sitúa la historia humana entera: nuestro hoy y el futuro del mundo son iluminados por su presencia" (Incarnationis Mysterium, 1).

Los capítulos iniciales de los Hechos de los Apóstoles contienen un conmovedor relato de la proclamación de Cristo por sus primeros seguidores, proclamación que fue a la vez espontánea, llena de fe y convincente, realizada con el poder del Espíritu Santo.

Lo primero y más importante es que los discípulos anunciaron a Cristo como respuesta al mandato que él les había dado. Antes de ascender al Cielo dijo a los Apóstoles: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). Y a pesar de que eran hombres "sin instrucción ni cultura" (Hch 4,13), respondieron rápida y generosamente.

Habiéndose dedicado a la oración con María junto con los demás seguidores del Señor, y actuando movidos por el Espíritu Santo, los Apóstoles iniciaron su proclamación en Pentecostés (cf. Hch 2). La lectura de aquellos maravillosos eventos nos recuerda que la historia de la comunicación es como un proceso que va desde el orgulloso proyecto de Babel con su carga de confusión e incompreensión mutua (cf. Gn 11,1-9), hasta Pentecostés y el don de lenguas: la comunicación es restaurada con su centro en Jesús, por medio de la acción del Espíritu Santo. Anunciar a Cristo, pues, conduce al encuentro entre las personas en la fe y la caridad al más profundo nivel humano. El mismo Señor resucitado se convierte en vínculo de una genuina comunicación entre sus hermanos y hermanas en el Espíritu.

Pentecostés es sólo el principio. Los Apóstoles no se arredran en la proclamación del Señor ni siquiera cuando son amenazados con represalias: "No podemos callar lo que hemos visto y oído", dicen Pedro y Juan al Sanedrín (Hch 4,20). Incluso los sufrimientos se convierten en instrumentos de la misión. Cuando se desata una violenta persecución en Jerusalén después del martirio de Esteban, forzando a los seguidores de Cristo a huir, "los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando la Palabra" (Hch 8,4).

El núcleo vivo del mensaje que los Apóstoles predicaban es Jesús crucificado y resucitado, que vive triunfante sobre el pecado y la muerte. Pedro dice al centurión Cornelio y su familia: "Ellos lo mataron, colgándolo de un madero; a él, Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse... Y nos mandó que predicáramos al pueblo y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados" (Hch 10, 39-43).

Es obvio que las circunstancias han cambiado profundamente en dos milenios. Y sin embargo permanece inalterable la necesidad de anunciar a Cristo. El deber de dar testimonio de la muerte y la resurrección de Jesús y de su presencia salvífica en nuestras vidas, es tan real y apremiante como el de los primeros discípulos. Hemos de comunicar la buena noticia a todos aquéllos que quieran escuchar.

Es indispensable la proclamación personal y directa, en la que una persona comparte con otra su fe en el Resucitado. Igualmente lo son otras formas tradicionales de sembrar la Palabra de Dios. No obstante, al mismo tiempo debe realizarse hoy una proclamación en y a través de los medios de comunicación social. "La Iglesia se sentiría culpable ante el Señor si no utilizara estos poderosos medios" (Papa Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 45).

No se exagera al insistir en el impacto de los medios sobre el mundo actual. El surgimiento de la sociedad de la información es una verdadera revolución cultural, que transforma a los medios en "el primer Areópago de nuestra época" (*Redemptoris Missio*, 37), en la cual se intercambian constantemente ideas y valores. A través de los medios la gente entra en contacto con personas y acontecimientos, y se forma sus opiniones sobre el mundo en el que vive. Incluso ahí se configura su modo de entender el sentido de la vida. Para muchos su propia experiencia vital es en gran medida una prolongación de la experiencia de los medios de comunicación (cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Aetatis Novae*, 2). El anuncio de Cristo debe formar parte de esta experiencia.

Naturalmente, al anunciar al Señor, la Iglesia debe usar con vigor y habilidad sus propios medios de comunicación (libros, periódicos, revistas, radio, televisión y otros). Los comunicadores católicos deben ser intrépidos y creativos para desarrollar nuevos medios y métodos en la proclamación. Pero, en lo posible, la Iglesia debe aprovechar al máximo las oportunidades de estar presente también en los medios seculares.

Los medios están contribuyendo ya de muchas formas al enriquecimiento espiritual, por ejemplo en los numerosos programas especiales que se transmiten a nivel mundial por medio de satélites durante este año del Gran Jubileo. En otros casos, sin embargo, expresan la indiferencia y hasta la hostilidad que existe en ciertos sectores de la cultura secular hacia Cristo y su mensaje. Es necesario un cierto tipo de "examen de conciencia" por parte de los medios, que conduzca a una mayor conciencia crítica sobre esa tendencia a un escaso respeto por la religiosidad y las convicciones morales de la gente.

Una forma implícita de proclamación del Señor puede hacerse a través de producciones mediáticas que respondan a las auténticas necesidades humanas, especialmente aquéllas de los débiles, los necesitados y los marginados. Pero además de la proclamación implícita, los

comunicadores cristianos deben buscar modos de hablar explícitamente de Jesús muerto y resucitado y de su triunfo sobre el pecado y la muerte, en formas adecuadas a los medios que se usen y a la capacidad del público.

Realizar esto con acierto requiere capacidad y entrenamiento profesional. Pero también requiere algo más. Para testimoniar a Cristo es necesario encontrarse personalmente con él y cultivar esa relación a través de la oración, la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación, leyendo y meditando la Palabra de Dios, estudiando la doctrina cristiana y sirviendo a los demás. Si todo ello es auténtico, será mucho más por obra del Espíritu que nuestra.

Proclamar a Cristo no es sólo un deber sino un privilegio. "El paso de los creyentes hacia el tercer milenio no se resiente absolutamente del cansancio que el peso de dos mil años de historia podría llevar consigo; los cristianos se sienten más bien alentados al ser conscientes de llevar al mundo la luz verdadera, Cristo Señor. La Iglesia, al anunciar a Jesús de Nazaret, verdadero Dios y Hombre perfecto, abre a cada ser humano la perspectiva de ser "divinizado" y, por tanto, de hacerse así más hombre." (Incarnationis Mysterium, 2).

El Gran Jubileo del aniversario número 2000 del nacimiento de Jesús en Belén, debe ser una oportunidad y un desafío para que los discípulos del Señor demos testimonio en y a través de los medios, de la extraordinaria y consoladora Buena Noticia de nuestra salvación. Que en este "Año de Gracia" los medios den voz a Jesús mismo, con claridad y alegría, con fe, esperanza y amor. Proclamar a Cristo en los medios al alba del nuevo milenio no es sólo parte sustancial de la misión evangelizadora; constituye también un enriquecimiento vital, inspirador y lleno de esperanza para el propio mensaje de los medios.

Que Dios bendiga abundantemente a todos aquéllos que honran y proclaman a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, en el vasto mundo de los medios de comunicación social.

24 de enero de 2000

Joannes Paulus II



## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA XXXV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

### **Tema: "Proclamar desde los terrados": el Evangelio en la Era de la Comunicación Global**

27 de Mayo de 2001

1. El tema que he elegido para la Jornada Mundial de las Comunicaciones de 2001 se hace eco de las palabras de Jesús. No podía ser de otro modo, ya que nosotros predicamos solamente a Cristo. Recordamos sus palabras a sus primeros discípulos: "Lo que os digo de noche, decidlo en pleno día; y lo que escucháis al oído, pregonadlo desde la azotea" (Mt 10:27). En el fondo de nuestro corazón hemos escuchado la verdad de Jesús; ahora debemos proclamarla desde los terrados.

En el mundo de hoy, todos los terrados, casi siempre, se nos presentan como un bosque de transmisores y antenas, enviando y recibiendo mensajes de todo tipo a y desde los cuatro costados de la tierra. Es de primordial importancia asegurarse de que, entre esos mensajes, no falte la palabra de Dios. En la actualidad, proclamar la fe desde los terrados significa hablar con las palabras de Jesús en y a través del dinámico mundo de las comunicaciones.

2. En todas las culturas y en todos los tiempos – ciertamente en medio de las transformaciones globales de hoy en día- las personas se hacen las mismas preguntas fundamentales sobre el sentido de la vida: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida? (cfr. Fides et Ratio, 1). Y en cualquier período, la Iglesia ofrece la única y definitiva respuesta satisfactoria a las preguntas más profundas del corazón humano – el mismo Jesucristo "manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación" (Gaudium et Spes, 22). Por lo tanto, los cristianos no deben nunca permanecer callados, el Señor nos ha confiado la palabra de salvación que todo corazón humano anhela. El Evangelio ofrece la perla de gran valor que todos están buscando (cfr. Mt 13:45-46).

En consecuencia, la Iglesia no puede dejar de estar cada vez más profundamente comprometida con el efervescente mundo de las comunicaciones. De día en día la red de las comunicaciones globales se extiende y crece de forma más compleja y los medios de comunicación ejercen visiblemente una mayor influencia sobre la cultura y su divulgación. En el pasado los medios informaban sobre los acontecimientos, ahora, con frecuencia, son las necesidades de los medios las que dan forma a los acontecimientos. De este modo la interacción entre la realidad y los medios se ha hecho cada vez más compleja dando lugar a un profundo fenómeno ambivalente. Por una parte se puede deformar la distinción entre verdad e ilusión; pero por otra, es posible crear oportunidades sin precedente para hacer que la verdad sea mucho más accesible a muchas más personas. Es tarea de la Iglesia asegurar que esto último sea lo que realmente suceda.

3. A veces el mundo de los medios puede parecer indiferente e incluso hostil a la fe y la moral cristiana. En parte esto sucede porque la cultura mediática se ha ido penetrando progresivamente por un sentido típicamente postmoderno donde la única verdad absoluta admitida es la inexistencia de la verdad absoluta o, en caso de que ésta existiese, sería inaccesible a la razón humana y por lo tanto irrelevante. Con una tal perspectiva, lo que acontece no es la verdad sino "el relato"; si algo es noticia digna o entretenida, la tentación de apartar las consideraciones de la verdad se hace casi siempre irresistible. Como resultado, el mundo de los medios puede, algunas veces, parecer un ambiente tan poco propicio para la evangelización como el mundo pagano en tiempos de los Apóstoles. Pero del mismo modo que los primeros testigos de la Buena Nueva no se retiraron cuando encontraron hostilidad, tampoco hoy los seguidores de Cristo deben hacerlo. El grito de San Pablo resuena todavía entre nosotros: "¡Pobre de mí si no anunciara el Evangelio!" (1 Cor 9:16).

Sin embargo, del mismo modo que el mundo de los medios puede, a veces, dar la impresión de estar reñido con el mensaje cristiano, éste también ofrece oportunidades únicas para proclamar, a la entera familia humana, la verdad salvífica de Cristo. Tengamos en cuenta, por ejemplo, los programas vía satélite de ceremonias religiosas que, con frecuencia, alcanzan una audiencia enorme, o las buenas posibilidades que ofrece Internet para difundir la información y enseñanza religiosas sobrepasando obstáculos y fronteras. Una audiencia tan vasta habría sido imposible de imaginar por nuestros predecesores en la predicación del Evangelio. Por lo tanto, lo que se necesita en nuestros días es un activo e imaginativo compromiso ante los medios por parte de la Iglesia. Los católicos no tendrían que sentir temor de abrir las puertas de la comunicación social a Cristo, de forma que la Buena Nueva pueda ser oída desde los terrados del mundo.

4. Es primordial también que al inicio de este nuevo milenio recordemos la misión ad gentes que Cristo ha confiado a la Iglesia. Se estima que dos tercios de los seis mil millones de personas que pueblan el mundo no tienen el menor conocimiento de Jesucristo; y muchos de ellos viven en países con antiguas raíces cristianas, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe, o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio (cfr. *Redemptoris Missio*, 33). Ciertamente, una respuesta eficaz a esta situación compromete a un ámbito mucho mayor que el de los medios; pero en el esfuerzo de los cristianos para hacer frente al desafío de la evangelización, no cabe ignorar el mundo de las comunicaciones sociales. Realmente, los medios de todo tipo pueden jugar un papel esencial en el esfuerzo evangelizador y en facilitar a las personas las verdades y los valores en que se apoya y perfecciona la dignidad humana. La presencia de la Iglesia en los medios es, de hecho, un aspecto importante de la inculturación del Evangelio exigida por la nueva evangelización a la que el Espíritu Santo está convocando a la Iglesia en todo el mundo.

Así como toda la Iglesia desea tener en cuenta la llamada del Espíritu, los comunicadores cristianos tienen "una tarea, una vocación profética: clamar contra los falsos dioses e ídolos de nuestro tiempo – el materialismo, el hedonismo, el consumismo, el nacionalismo extremo..." (*Ética en las Comunicaciones Sociales*, 31). Por encima de todo, ellos tienen el deber y privilegio de proclamar la verdad – la gloriosa verdad sobre la vida humana y el destino humano revelado en la Palabra hecha carne. Los católicos comprometidos en el

mundo de las comunicaciones sociales pueden predicar desde los terrados la verdad de Jesús con mucho más valor y alegría, de forma que todos los hombres y mujeres puedan oír hablar sobre el amor que es el corazón de la autocomunicación de Dios en Jesucristo, que es el mismo hoy que ayer y será el mismo siempre (cfr. Heb 13:8).

Desde el Vaticano, 24 de enero de 2001, conmemoración de San Francisco de Sales

JOANNES PAULUS II

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA XXXVI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**TEMA: "Internet: un nuevo foro para la proclamación del Evangelio"**

12 de mayo de 2002

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Iglesia prosigue en todas las épocas la tarea comenzada el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles, con el poder del Espíritu Santo, salieron a las calles de Jerusalén a anunciar el Evangelio de Jesucristo en diversas lenguas (cf. Hch 2, 5-11). A lo largo de los siglos sucesivos, esta misión evangelizadora se extendió a todos los rincones de la tierra, a medida que el cristianismo arraigaba en muchos lugares y aprendía a hablar las diferentes lenguas del mundo, obedeciendo siempre al mandato de Cristo de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28, 19-20).

Pero la historia de la evangelización no es sólo una cuestión de expansión geográfica, ya que la Iglesia también ha tenido que cruzar muchos umbrales culturales, cada uno de los cuales requiere nuevas energías e imaginación para proclamar el único Evangelio de Jesucristo. La era de los grandes descubrimientos, el Renacimiento y la invención de la imprenta, la Revolución industrial y el nacimiento del mundo moderno: estos fueron también momentos críticos, que exigieron nuevas formas de evangelización. Ahora, con la revolución de las comunicaciones y la información en plena transformación, la Iglesia se encuentra indudablemente ante otro camino decisivo. Por tanto, es conveniente que en esta Jornada mundial de las comunicaciones de 2002 reflexionemos en el tema: «Internet: un nuevo foro para la proclamación del Evangelio».

2. Internet es ciertamente un nuevo «foro», entendido en el antiguo sentido romano de lugar público donde se trataba de política y negocios, se cumplían los deberes religiosos, se desarrollaba gran parte de la vida social de la ciudad, y se manifestaba lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. Era un lugar de la ciudad muy concurrido y animado, que no sólo reflejaba la cultura del ambiente, sino que también creaba una cultura propia. Esto mismo sucede con el ciberespacio, que es, por decirlo así, una nueva frontera que se abre al inicio de este nuevo milenio. Como en las nuevas fronteras de otros tiempos, ésta entraña también peligros y promesas, con el mismo sentido de aventura que caracterizó otros grandes períodos de cambio. Para la Iglesia, el nuevo mundo del ciberespacio es una llamada a la gran aventura de usar su potencial para proclamar el mensaje evangélico. Este desafío está en el centro de lo que significa, al comienzo del milenio, seguir el mandato del Señor de «remar mar adentro»: «Duc in altum» (Lc 5, 4).

3. La Iglesia afronta este nuevo medio con realismo y confianza. Como otros medios de comunicación, se trata de un medio, no de un fin en sí mismo. Internet puede ofrecer

magníficas oportunidades para la evangelización si se usa con competencia y con una clara conciencia de sus fuerzas y sus debilidades. Sobre todo, al proporcionar información y suscitar interés, hace posible un encuentro inicial con el mensaje cristiano, especialmente entre los jóvenes, que se dirigen cada vez más al mundo del ciberespacio como una ventana abierta al mundo. Por esta razón, es importante que las comunidades cristianas piensen en medios muy prácticos de ayudar a los que se ponen en contacto por primera vez a través de Internet, para pasar del mundo virtual del ciberespacio al mundo real de la comunidad cristiana.

En una etapa posterior, Internet también puede facilitar el tipo de seguimiento que requiere la evangelización. Especialmente en una cultura que carece de bases firmes, la vida cristiana requiere una instrucción y una catequesis continuas, y esta es tal vez el área en que Internet puede brindar una excelente ayuda. Ya existen en la red innumerables fuentes de información, documentación y educación sobre la Iglesia, su historia y su tradición, su doctrina y su compromiso en todos los campos en todas las partes del mundo. Por tanto, es evidente que aunque Internet no puede suplir nunca la profunda experiencia de Dios que sólo puede brindar la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, sí puede proporcionar un suplemento y un apoyo únicos para preparar el encuentro con Cristo en la comunidad y sostener a los nuevos creyentes en el camino de fe que comienza entonces.

4. Sin embargo, hay ciertas cuestiones necesarias, incluso obvias, que se plantean al usar Internet para la causa de la evangelización. De hecho, la esencia de Internet consiste en suministrar un flujo casi continuo de información, gran parte de la cual pasa en un momento. En una cultura que se alimenta de lo efímero puede existir fácilmente el riesgo de considerar que lo que importa son los datos, más que los valores. Internet ofrece amplios conocimientos, pero no enseña valores; y cuando se descuidan los valores, se degrada nuestra misma humanidad, y el hombre con facilidad pierde de vista su dignidad trascendente. A pesar de su enorme potencial benéfico, ya resultan evidentes para todos algunos modos degradantes y perjudiciales de usar Internet, y las autoridades públicas tienen seguramente la responsabilidad de garantizar que este maravilloso instrumento contribuya al bien común y no se convierta en una fuente de daño.

Además, Internet redefine radicalmente la relación psicológica de la persona con el tiempo y el espacio. La atención se concentra en lo que es tangible, útil e inmediatamente asequible; puede faltar el estímulo a profundizar más el pensamiento y la reflexión. Pero los seres humanos tienen necesidad vital de tiempo y serenidad interior para ponderar y examinar la vida y sus misterios, y para llegar gradualmente a un dominio maduro de sí mismos y del mundo que los rodea. El entendimiento y la sabiduría son fruto de una mirada contemplativa sobre el mundo, y no derivan de una mera acumulación de datos, por interesantes que sean. Son el resultado de una visión que penetra el significado más profundo de las cosas en su relación recíproca y con la totalidad de la realidad. Además, como foro en el que prácticamente todo se acepta y casi nada perdura, Internet favorece un medio relativista de pensar y a veces fomenta la evasión de la responsabilidad y del compromiso personales.

En este contexto, ¿cómo hemos de cultivar la sabiduría que no viene precisamente de la información, sino de la visión profunda, la sabiduría que comprende la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, y sostiene la escala de valores que surge de esta diferencia?

5. El hecho de que a través de Internet la gente multiplique sus contactos de modos hasta ahora impensables abre maravillosas posibilidades de difundir el Evangelio. Pero también es verdad que las relaciones establecidas mediante la electrónica jamás pueden tomar el lugar de los contactos humanos directos, necesarios para una auténtica evangelización, pues la evangelización depende siempre del testimonio personal del que ha sido enviado a evangelizar (cf. Rm 10, 14-15). ¿Cómo guía la Iglesia, desde el tipo de contacto que permite Internet, a la comunicación más profunda que exige el anuncio cristiano? ¿Cómo entablamos el primer contacto y el intercambio de información que permite Internet?

No cabe duda de que la revolución electrónica entraña la promesa de grandes y positivos avances con vistas al desarrollo mundial; pero existe también la posibilidad de que agrave efectivamente las desigualdades existentes al ensanchar la brecha de la información y las comunicaciones. ¿Cómo podemos asegurar que la revolución de la información y las comunicaciones, que tiene en Internet su primer motor, promueva la globalización del desarrollo y de la solidaridad del hombre, objetivos vinculados íntimamente con la misión evangelizadora de la Iglesia?

Por último, en estos tiempos tan agitados, permitidme preguntar: ¿cómo podemos garantizar que este magnífico instrumento, concebido primero en el ámbito de operaciones militares, contribuya ahora a la causa de la paz? ¿Puede fomentar la cultura del diálogo, de la participación, de la solidaridad y de la reconciliación, sin la cual la paz no puede florecer? La Iglesia cree que sí; y para lograr que esto suceda, está decidida a entrar en este nuevo foro, armada con el Evangelio de Cristo, el Príncipe de la paz.

6. Internet produce un número incalculable de imágenes que aparecen en millones de pantallas de ordenadores en todo el planeta. En esta galaxia de imágenes y sonidos, ¿aparecerá el rostro de Cristo y se oirá su voz? Porque sólo cuando se vea su rostro y se oiga su voz el mundo conocerá la buena nueva de nuestra redención. Esta es la finalidad de la evangelización. Y esto es lo que convertirá Internet en un espacio auténticamente humano, puesto que si no hay lugar para Cristo, tampoco hay lugar para el hombre. Por tanto, en esta Jornada mundial de las comunicaciones, quiero exhortar a toda la Iglesia a cruzar intrépidamente este nuevo umbral, para entrar en lo más profundo de la red, de modo que ahora, como en el pasado, el gran compromiso del Evangelio y la cultura muestre al mundo «la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 Co 4, 6). Que el Señor bendiga a todos lo que trabajan con este propósito.

Vaticano, 24 de enero de 2002, fiesta de San Francisco de Sales

JOANNES PAULUS II

## MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 37ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: Los medios de comunicación social al servicio de la auténtica paz a la luz de la “Pacem in terris”**

1 de Junio de 2003

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Encíclica *Pacem in terris* del Beato Papa Juan XXIII llegó como un faro de esperanza para los hombres y mujeres de buena voluntad en los oscuros días de la Guerra Fría. Al afirmar que la auténtica paz requiere “guardar íntegramente el orden establecido por Dios.” (*Pacem in terris*, 1), el Santo Padre señaló la verdad, la justicia, la caridad y la libertad como los pilares de una sociedad pacífica (*ibid.*, 37).

El creciente poder que adquirirían los modernos medios de comunicación social fue parte importante del trasfondo de la Encíclica. El Papa Juan XXIII tenía muy en cuenta esos medios cuando llamaba a la “serena objetividad” en el uso de los “medios de información que la técnica ha introducido” y que “tanto sirven para fomentar y extender el mutuo conocimiento de los pueblos”; él desacreditaba “los sistemas de información que, violando los preceptos de la verdad y la justicia, hieren la fama de cualquier país” (*ibid.*, 90).

2. Hoy, mientras recordamos el cuadragésimo aniversario de *Pacem in terris*, la división de los pueblos en bloques contrapuestos es casi sólo un recuerdo doloroso, pero todavía la paz, la justicia y la estabilidad social están ausentes en muchas partes del mundo. El terrorismo, el conflicto en Medio Oriente y otras regiones, las amenazas y contra-amenazas, la injusticia, la explotación y las violaciones a la dignidad y la santidad de la vida humana, tanto antes como después del nacimiento, son realidades que causan consternación en nuestros días.

Mientras tanto ha crecido enormemente el poder de los medios para moldear las relaciones humanas e influenciar la vida política y social, tanto para el bien como para el mal. De aquí la permanente actualidad del tema elegido para la trigésima séptima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales: “Los medios de comunicación al servicio de la auténtica paz, a la luz de la *Pacem in terris*”. El mundo de los medios tiene todavía mucho que aprender del mensaje del Beato Papa Juan XXIII.

3. Los Medios y la verdad. La exigencia moral fundamental de toda comunicación es el respeto y el servicio a la verdad. La libertad de buscar y decir la verdad es un elemento esencial de la comunicación humana, no sólo en relación con los hechos y la información, sino también y especialmente sobre la naturaleza y destino de la persona humana, respecto a la sociedad y el bien común, respecto a nuestra relación con Dios. Los medios masivos tienen una irrenunciable responsabilidad en este sentido, pues constituyen la escena donde

hoy en día se intercambian las ideas y donde los pueblos pueden crecer en el conocimiento mutuo y la solidaridad. Es por eso que el Papa Juan XXIII defendió el derecho a “buscar la verdad libremente y, dentro de los límites del orden moral y el bien común, manifestar y difundir las propias opiniones”, todo ello como condición necesaria para la paz social (Pacem in terris, 12).

De hecho, con frecuencia los medios prestan un valiente servicio a la verdad; pero a veces funcionan como agentes de propaganda y desinformación al servicio de intereses estrechos o de prejuicios de naturaleza nacional, étnica, racial o religiosa, de avaricia material o de falsas ideologías de tendencias diversas. Ante las presiones que empujan a la prensa a tales errores, es imprescindible una resistencia ante todo por parte de los propios hombres y mujeres de los medios, pero también de la Iglesia y otros grupos responsables.

4. Los Medios y la justicia. El Beato Papa Juan XXIII tuvo palabras elocuentes en la Pacem in terris sobre el bien común universal -“el bien universal, es decir, el que afecta a toda la familia humana” (nº 132)- en el que cada individuo y todos los pueblos tienen el derecho de compartirlo.

La proyección global de los medios comporta especiales responsabilidades en este aspecto. Si bien es cierto que los medios suelen pertenecer a grupos con intereses propios, privados y públicos, la naturaleza intrínseca de su impacto en la vida requiere que no favorezcan la división entre los grupos -por ejemplo en el nombre de la lucha de clases, del nacionalismo exacerbado, de la supremacía racial, la limpieza étnica u otros similares-. Enfrentar a unos contra otros en nombre de la religión es un error particularmente grave contra la verdad y la justicia, como lo es el tratamiento discriminatorio de las creencias religiosas, pues éstas pertenecen al espacio más profundo de la dignidad y libertad personal.

Cuando realizan una crónica cuidadosa de los hechos, explicando bien los temas y presentando honradamente los diversos puntos de vista, los medios cumplen su grave deber de impulsar la justicia y la solidaridad en las relaciones humanas a todos los niveles de la sociedad. Esto no significa quitar importancia a las injusticias y divisiones, sino ir a sus raíces para que puedan ser comprendidas y sanadas.

5. Los medios y la libertad. La libertad es una condición previa de la verdadera paz, así como uno de sus más preciosos frutos. Los medios sirven a la libertad sirviendo a la verdad, y por el contrario, obstruyen la libertad en la medida en que se alejan de la verdad y difunden falsedades o crean un clima de reacciones emotivas incontroladas ante los hechos. Sólo cuando la sociedad tiene libre acceso a una información veraz y suficiente, puede dedicarse a buscar el bien común y respaldar una responsable autoridad pública.

Si los medios están para servir a la libertad, ellos mismos deben ser libres y usar correctamente esa libertad. Su situación privilegiada les obliga a estar por encima de las meras preocupaciones comerciales y servir a las verdaderas necesidades e intereses de la sociedad. Si bien existen normativas públicas sobre los medios, adecuadas a la defensa del bien común, a veces el control gubernamental no lo es. En particular los reporteros y comentaristas tienen el grave deber de seguir las indicaciones de su conciencia moral y



resistir a las presiones que les empujan a “adaptar” la verdad para satisfacer las exigencias de los poderes económicos o políticos.

En concreto es necesario, no sólo encontrar el modo de garantizar a los sectores más débiles de la sociedad el acceso a la información que necesitan, sino también asegurar que no sean excluidos de un papel efectivo y responsable en la toma de decisiones sobre los contenidos de los medios, y en la determinación de las estructuras y líneas de conducta de las comunicaciones sociales.

6. Los medios y el amor. “La ira del hombre nunca realiza la justicia de Dios” (Santiago 1,20). En el clímax de la Guerra Fría, el Beato Papa Juan XXIII expresó un pensamiento que aunaba la sencillez con una gran profundidad sobre lo que comportaba el camino de la paz: “Es necesario que la norma suprema que hoy se sigue para mantener la paz sea sustituida por otra completamente distinta, en virtud de la cual se reconozca que una paz internacional verdadera y constante no puede apoyarse en el equilibrio de las fuerzas militares, sino únicamente en la confianza recíproca” (Pacem in terris, 113).

Los medios de comunicación son actores clave en el mundo actual, y tienen un papel inmenso que realizar para construir aquella confianza. Su poder es tal, que en poco tiempo pueden suscitar una reacción pública positiva o negativa hacia los eventos, según sus intereses. El público sensato se dará cuenta de que un poder tan enorme requiere los más altos niveles de compromiso con la verdad y el bien. En este sentido los hombres y mujeres de los medios están especialmente obligados a contribuir a la paz en todas las partes del mundo derribando las barreras de la desconfianza, impulsando la reflexión sobre el punto de vista de los otros, y esforzándose siempre por aunar a los pueblos y las naciones en un entendimiento y respeto mutuo; y más allá de la comprensión y el respeto, ¡en la reconciliación y la misericordia!. “Allá donde dominan el odio y la sed de venganza, allá donde la guerra lleva sufrimiento y muerte de los inocentes, es necesaria la gracia de la misericordia para apaciguar las mentes y los corazones y construir la paz” (Homilía en el Santuario de la Divina Misericordia en Cracovia-Lagiewiniki, 17 de agosto 2002, nº 5).

Aunque todo esto parezca un enorme desafío, de ningún modo es pedir demasiado a los hombres y mujeres de los medios. Tanto por vocación como por profesión, están llamados a ser agentes de paz, de justicia, de libertad y de amor, contribuyendo con su importante labor a un orden social “basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad, y realizado bajo los auspicios de la libertad” (Pacem in terris, 167). Por ello mi oración en esta Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales se eleva para que los hombres y las mujeres de los medios asuman más que nunca el desafío de su vocación: servir al bien común universal. De ello dependen, en gran medida, su realización personal y la paz y felicidad del mundo. Que Dios los bendiga, les ilumine y les fortalezca.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 2003, Fiesta de San Francisco de Sales.

## MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 38ª JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: Los medios en la familia: un riesgo y una riqueza**

23 de Mayo de 2004

Queridos hermanos y hermanas:

1. El extraordinario crecimiento de los medios de comunicación social y su mayor disponibilidad han brindado oportunidades excepcionales para enriquecer la vida no sólo de los individuos, sino también de las familias. Al mismo tiempo, las familias afrontan hoy nuevos desafíos, que brotan de los diversos mensajes, a menudo contradictorios, que transmiten los medios de comunicación social. El tema elegido para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 2004, es decir, «Los medios en la familia: un riesgo y una riqueza», es muy oportuno, puesto que invita a una sobria reflexión sobre el uso que hacen las familias de los medios de comunicación, y también sobre el modo en que los medios de comunicación tratan a la familia y las cuestiones que afectan a la familia.

El tema de este año sirve, además, para recordar a todos, tanto a los agentes de la comunicación como a las personas a las que se dirigen, que toda comunicación tiene una dimensión moral. Como dijo el Señor mismo, de la abundancia del corazón habla la boca (cf. Mt 12, 34-35). La estatura moral de las personas crece o disminuye según las palabras que pronuncian y los mensajes que eligen oír. En consecuencia, los agentes de la comunicación, los padres y los educadores, tienen especial necesidad de sabiduría y discernimiento en el uso de los medios de comunicación social, pues sus decisiones influyen en gran medida en los niños y en los jóvenes de los que son responsables y que, en definitiva, son el futuro de la sociedad.

2. Gracias a la expansión sin precedentes del mercado de las comunicaciones sociales en las últimas décadas, muchas familias en todo el mundo, incluso las que disponen de medios más bien modestos, ahora tienen acceso desde su casa a los inmensos y variados recursos de los medios de comunicación social. En consecuencia, gozan de oportunidades prácticamente ilimitadas de información, educación, enriquecimiento cultural e incluso crecimiento espiritual, oportunidades muy superiores a las que tenían en el pasado reciente la mayoría de las familias.

Con todo, estos mismos medios de comunicación tienen la capacidad de producir gran daño a las familias, presentándoles una visión inadecuada o incluso deformada de la vida, de la familia, de la religión y de la moralidad. El concilio Vaticano II captó muy bien esta capacidad de fortalecer o minar valores tradicionales como la religión, la cultura y la familia; por eso, enseñó que «para el recto uso de estos medios es absolutamente necesario que todos los que los utilizan conozcan las normas del orden moral en este campo y las

lleven fielmente a la práctica» (Inter mirifica, 4). La comunicación, en todas sus formas, debe inspirarse siempre en el criterio ético del respeto a la verdad y a la dignidad de la persona humana.

3. Estas consideraciones se aplican especialmente al modo como los medios de comunicación tratan a la familia. Por una parte, el matrimonio y la vida familiar se presentan a menudo de un modo sensible, realista pero también benévolo, que exalta virtudes como el amor, la fidelidad, el perdón y la entrega generosa a los demás. Esto vale también para los programas de los medios de comunicación social que reconocen los fracasos y las decepciones que sufren inevitablemente los matrimonios y las familia — tensiones, conflictos, contrariedades, decisiones equivocadas y hechos dolorosos—, pero al mismo tiempo se esfuerzan por discernir lo correcto de lo incorrecto, distinguir el amor auténtico de sus falsificaciones, y mostrar la importancia insustituible de la familia como unidad fundamental de la sociedad.

Por otra parte, con demasiada frecuencia los medios de comunicación presentan a la familia y la vida familiar de modo inadecuado. La infidelidad, la actividad sexual fuera del matrimonio y la ausencia de una visión moral y espiritual del pacto matrimonial se presentan de modo acrítico, y a veces, al mismo tiempo, apoyan el divorcio, la anticoncepción, el aborto y la homosexualidad. Esas presentaciones, al promover causas contrarias al matrimonio y a la familia, perjudican al bien común de la sociedad.

4. Una reflexión atenta sobre la dimensión ética de las comunicaciones debe desembocar en iniciativas prácticas orientadas a eliminar los peligros para el bienestar de la familia planteados por los medios de comunicación social, y asegurar que esos poderosos medios de comunicación sigan siendo auténticas fuentes de enriquecimiento. A este respecto, tienen una responsabilidad especial los agentes de la comunicación, las autoridades públicas y los padres.

El Papa Pablo VI subrayó que los agentes de la comunicación «deben conocer y respetar las exigencias de la familia. Esto supone en ellos a veces una gran valentía y siempre un hondo sentido de responsabilidad» (Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales de 1969: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 18 de mayo de 1969, p. 2). No es tan fácil resistir a las presiones comerciales o a las exigencias de adecuarse a las ideologías seculares, pero eso es precisamente lo que los agentes de la comunicación responsables deben hacer. Es mucho lo que está en juego, pues cualquier ataque al valor fundamental de la familia es un ataque al bien auténtico de la humanidad.

Las autoridades públicas tienen el grave deber de apoyar el matrimonio y la familia en beneficio de la sociedad misma. En cambio, muchos ahora aceptan y actúan basándose en argumentos libertarios infundados de algunos grupos que defienden prácticas que contribuyen al grave fenómeno de la crisis de la familia y al debilitamiento del concepto auténtico de familia. Sin recurrir a la censura, es necesario que las autoridades públicas pongan en práctica políticas y procedimientos de reglamentación para asegurar que los medios de comunicación social no actúen contra el bien de la familia. Los representantes de las familias deben participar en la elaboración de esas políticas.

Los que elaboran las políticas en los medios de comunicación y en el sector público deben favorecer también una distribución equitativa de los recursos de los medios de comunicación tanto a nivel nacional como internacional, respetando la integridad de las culturas tradicionales. Los medios de comunicación no deben dar la impresión de que tienen un programa hostil a los sanos valores familiares de las culturas tradicionales, o de que buscan sustituir esos valores, como parte de un proceso de globalización, con los valores secularizados de la sociedad consumista.

5. Los padres, como primeros y principales educadores de sus hijos, son también los primeros en explicarles cómo usar los medios de comunicación. Están llamados a formar a sus hijos «en el uso moderado, crítico, vigilante y prudente de tales medios» en el hogar (Familiaris consortio, 76). Cuando los padres lo hacen bien y con continuidad, la vida familiar se enriquece mucho. Incluso a los niños pequeños se les pueden dar importantes explicaciones sobre los medios de comunicación social: que son producidos por personas interesadas en transmitir mensajes; que esos mensajes a menudo inducen a hacer algo —a comprar un producto, a tener una conducta discutible— que no beneficia al niño o no corresponde a la verdad moral; que los niños no deben aceptar o imitar de modo acrítico lo que encuentran en los medios de comunicación social.

Los padres también deben reglamentar el uso de los medios de comunicación en el hogar. Esto implica planificar y programar el uso de dichos medios, limitando estrictamente el tiempo que los niños les dedican, haciendo del entretenimiento una experiencia familiar, prohibiendo algunos medios de comunicación y excluyéndolos periódicamente todos para dejar espacio a otras actividades familiares. Sobre todo, los padres deben dar buen ejemplo a los niños, haciendo un uso ponderado y selectivo de dichos medios. A menudo les podría resultar útil unirse a otras familias para estudiar y discutir los problemas y las oportunidades que plantea el uso de los medios de comunicación. Las familias deberían manifestar claramente a los productores, a los que hacen publicidad y a las autoridades públicas lo que les agrada y lo que les desagrada.

6. Los medios de comunicación social poseen un inmenso potencial positivo para promover sanos valores humanos y familiares, contribuyendo así a la renovación de la sociedad. Conscientes de su gran fuerza para modelar las ideas e influir en la conducta de las personas, los agentes de la comunicación social deben reconocer que no sólo tienen la responsabilidad de brindar a las familias todo el estímulo, la ayuda y el apoyo que les sea posible con vistas a ese fin, sino también de practicar la sabiduría, el buen juicio y la honradez al presentar las cuestiones que atañen a la sexualidad, al matrimonio y a la vida familiar.

Los medios de comunicación cada día son acogidos como huéspedes habituales en muchos hogares y familias. En esta Jornada mundial de las comunicaciones sociales, exhorto tanto a los agentes de la comunicación como a las familias a reconocer este privilegio único, así como la responsabilidad que implica. Ojalá que todos los que están comprometidos en el ámbito de las comunicaciones sociales sean conscientes de que son los auténticos «dispensadores y administradores de un inmenso poder espiritual que pertenece al patrimonio de la humanidad y está destinado al enriquecimiento de toda la comunidad humana» (Discurso a las personas comprometidas en el campo de las comunicaciones

sociales, Los Ángeles, 15 de septiembre de 1987, n. 8: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 18 de octubre de 1987, p. 14). Y ojalá que las familias logren encontrar siempre en los medios de comunicación una fuente de apoyo, estímulo e inspiración al tratar de vivir como comunidades de vida y amor, educar a los jóvenes en los sanos valores morales y promover una cultura de solidaridad, libertad y paz.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 2004, Fiesta de San Francisco de Sales.

JUAN PABLO II

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 39 JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

**Tema: “Los medios de comunicación al servicio del entendimiento entre los pueblos”**

24 de enero de 2005

Queridos hermanos y hermanas:

1. Leemos en la Carta de Santiago: “De una misma boca proceden la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así” (St 3, 10). Las Sagradas Escrituras nos recuerdan que las palabras tienen un extraordinario poder para unir a las personas o dividir las, para crear vínculos de amistad o provocar hostilidad.

Ello no es verdad sólo respecto a palabras intercambiadas entre individuos. Se aplica asimismo a toda comunicación, donde sea que tenga lugar y a cualquier nivel. Las modernas tecnologías nos ofrecen posibilidades nunca antes vistas para hacer el bien, para difundir la verdad de nuestra salvación en Jesucristo y para promover la armonía y la reconciliación. Por ello mismo su mal uso puede provocar daños enormes, suscitando incompreensión, prejuicios y hasta conflictos. El tema elegido para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales del año 2005, “Los medios de comunicación al servicio del entendimiento entre los pueblos”, señala una necesidad urgente: promover la unidad de la familia humana a través de la utilización de estos maravillosos recursos.

2. Un modo importante para lograr esta meta es la educación. Los medios pueden enseñar a millones de personas cómo son otras partes del mundo y otras culturas. Por ello se han llamado acertadamente “el primer areópago del tiempo moderno;... para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales” (Redemptoris missio, 37). Un conocimiento adecuado promueve la comprensión, disipa los prejuicios y despierta el deseo de aprender más. Las imágenes, en particular, tienen la capacidad de transmitir impresiones duraderas y moldear actitudes. Enseñan a la gente a mirar a los miembros de otros grupos y naciones, ejerciendo una influencia sutil sobre si deben ser considerados como amigos o enemigos, aliados o potenciales adversarios.

Cuando los demás son presentados en términos hostiles, se siembran semillas de conflicto que pueden fácilmente convertirse en violencia, guerra e incluso genocidio. En vez de construir la unidad y el entendimiento, los medios pueden ser usados para denigrar a los otros grupos sociales, étnicos y religiosos, fomentando el temor y el odio. Los responsables del estilo y del contenido de lo que se comunica tienen el grave deber de asegurar que esto no suceda. Realmente los medios tienen un potencial enorme para promover la paz y construir puentes entre los pueblos, rompiendo el círculo fatal de la violencia, la venganza y las agresiones sin fin, tan extendidas en nuestro tiempo. En palabras de San Pablo, que

fueron la base del Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien” (Rm 12, 21).

3. Si esta contribución a la construcción de la paz es uno de los modos significativos como los medios pueden unir a las personas, otra es su gran influencia positiva para impulsar las movilizaciones de ayuda en respuesta a desastres naturales u otros. Ha sido conmovedor el ver la rapidez con que la comunidad internacional respondió al reciente tsunami, que provocó innumerables víctimas. La velocidad con que las noticias viajan hoy aumenta la posibilidad de tomar medidas prácticas en tiempo útil para ofrecer la mejor asistencia. De esta manera los medios pueden lograr un bien muy grande.

4. El Concilio Vaticano II recuerda: “Para el recto uso de estos medios es absolutamente necesario que todos los que los utilizan conozcan las normas del orden moral en este campo y las lleven fielmente a la práctica” (Inter mirifica, 4).

El fundamento ético es éste: “La persona humana y la comunidad humana son el fin y la medida del uso de los medios de comunicación social; la comunicación debería realizarse de personas a personas, con vistas al desarrollo integral de las mismas” (Ética en las comunicaciones sociales, 21). Así pues, son en primer lugar los comunicadores quienes deben poner en práctica en sus vidas los valores y actitudes que están llamados a inculcar en los demás. Antes que nada, esto debe incluir un auténtico compromiso con el bien común, un bien que no se reduzca a los estrechos intereses de un grupo particular o nación, sino que acoja las necesidades e intereses de todos, el bien de la familia humana entera (cf. *Pacem in terris*, 132). Los comunicadores tienen la oportunidad de promover una auténtica cultura de la vida, distanciándose de la conjura actual contra la vida (cf. *Evangelium vitae*, 17) y transmitiendo la verdad sobre el valor y la dignidad de toda persona humana.

5. El modelo y pauta de toda comunicación se encuentra en el Verbo mismo de Dios. “De muchos modos habló Dios a nuestros padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Heb 1,1). El Verbo encarnado ha establecido una nueva alianza entre Dios y su pueblo, una alianza que también nos une entre nosotros, convirtiéndonos en comunidad. “Porque él es nuestra paz, el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad” (Ef 2, 14).

Mi oración en la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de este año es que los hombres y mujeres de los medios asuman su papel para derribar los muros de la división y la enemistad en nuestro mundo, muros que separan a los pueblos y las naciones entre sí y alimentan la incomprensión y la desconfianza. Ojalá usen los recursos que tienen a su disposición para fortalecer los vínculos de amistad y amor que son signo claro del naciente Reino de Dios aquí en la tierra.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 2005, fiesta de San Francisco de Sales.

JUAN PABLO II

# MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XL JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: Los medios: red de comunicación, comunión y cooperación**

24 de enero 2006

Queridos hermanos y hermanas:

1. Al cumplirse el cuadragésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, me alegra recordar su Decreto sobre los Medios de Comunicación Social, *Inter Mirifica*, que señaló especialmente el poder de los medios para ejercer una influencia en toda la sociedad humana. La necesidad de herramientas que ayuden al bien de la humanidad me ha impulsado a reflexionar, en mi primer mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, sobre la idea de los medios como una red que facilita la comunicación, la comunión y la cooperación.

San Pablo, en su carta a los Efesios, describe vívidamente nuestra vocación humana como la de “participantes de la naturaleza divina” (*Dei verbum*, 2): por Cristo tenemos acceso al Padre en el Espíritu; ya no somos extranjeros y extraños, sino ciudadanos con los santos y los miembros de la familia de Dios, transformándonos en un templo santo, una morada para Dios (cf. Ef 2, 18-22). Este sublime retrato de una vida de comunión pone en movimiento todos los aspectos de nuestra vida como cristianos. La invitación a acoger con autenticidad la autocomunicación de Dios en Cristo significa en realidad una llamada a reconocer su fuerza dinámica dentro de nosotros, que desde ahí desea propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida prevalente en el mundo (cf. Homilía para la Jornada Mundial de la Juventud, Colonia, 21 de agosto 2005).

2. Los avances tecnológicos en los medios han conquistado en cierta medida tiempo y espacio, haciendo la comunicación entre las personas tanto instantánea como directa, aun cuando están separadas por enormes distancias. Este desarrollo presenta un potencial enorme para servir al bien común y “constituye un patrimonio a salvaguardar y promover” (*El Rápido Desarrollo*, 10). Sin embargo, como todos sabemos, nuestro mundo está lejos de ser perfecto. Diariamente se nos recuerda que la inmediatez de la comunicación no necesariamente se traduce en la construcción de la cooperación y la comunión en la sociedad.

Iluminar las conciencias de los individuos y ayudar a formar su pensamiento nunca es una tarea neutral. La comunicación auténtica demanda valor y decisión radicales. Requiere la determinación de aquellos que trabajan en los medios para no debilitarse bajo el peso de tanta información ni para conformarse con verdades parciales o provisionales. Por el contrario, requiere tanto la búsqueda como la transmisión de lo que es el sentido y el fundamento último de la existencia humana, personal y social (cf. *Fides et Ratio*, 5). De



esta forma, los medios pueden contribuir constructivamente a la propagación de todo lo que es bueno y verdadero.

3. El llamado a los medios de comunicación de hoy a ser responsables, a ser protagonistas de la verdad y promotores de la paz que ella conlleva, supone numerosos desafíos. Aunque los diversos instrumentos de comunicación social facilitan el intercambio de información, ideas y entendimiento mutuo entre grupos, también están teñidos de ambigüedad. Paralelamente a que facilitan “una gran mesa redonda” para el diálogo, algunas tendencias dentro de los medios engendran una forma de monocultura que oscurece el genio creador, reduce la sutileza del pensamiento complejo y desestima la especificidad de prácticas culturales y la particularidad de la creencia religiosa. Estas son distorsiones que ocurren cuando la industria de los medios se reduce al servicio de sí misma o funciona solamente guiada por el lucro, perdiendo el sentido de responsabilidad hacia el bien común.

Así pues, deben fomentarse siempre el reporte preciso de los eventos, la explicación completa de los hechos de interés público y la presentación justa de diversos puntos de vista. La necesidad de sostener y apoyar la vida matrimonial y familiar es de particular importancia, precisamente porque se relaciona con el fundamento de cada cultura y sociedad (cf. *Apostolicam Actuositatem*, 11).

En colaboración con los padres, las industrias de la comunicación social y el entretenimiento pueden ayudar en la difícil pero altamente satisfactoria vocación de educar a la niñez, con la presentación de modelos edificantes de vida y amor humanos (cf. *Inter Mirifica*, 11). Es muy descorazonador y destructivo para todos nosotros cuando lo opuesto ocurre. ¿No lloran nuestros corazones, muy especialmente, cuando los jóvenes son sujetos de expresiones degradantes o falsas de amor que ridiculizan la dignidad otorgada por Dios de cada persona humana y socavan los intereses de la familia?

4. Para motivar tanto una presencia constructiva como una percepción positiva de los medios en la sociedad, deseo reiterar la importancia de los tres pasos identificados por mi venerado predecesor el Papa Juan Pablo II, necesarios para el servicio que deben prestar al bien común: formación, participación y diálogo (cf. *El Rápido Desarrollo*, 11).

La formación en el uso responsable y crítico de los medios ayuda a las personas a utilizarlos de manera inteligente y apropiada. El profundo impacto que los medios electrónicos en particular ejercen al generar un nuevo vocabulario e imágenes, que introducen tan fácilmente en la sociedad, no habría de ser sobrevalorado. Precisamente porque los medios contemporáneos configuran la cultura popular, ellos mismos deben sobreponerse a toda tentación de manipular, especialmente a los jóvenes, y por el contrario deben impulsarse en el deseo de formar y servir. De este modo, ellos protegen en vez de erosionar el tejido de la sociedad civil, tan valioso para la persona humana.

La participación en los medios surge de su naturaleza: son un bien destinado a toda persona. Como servicio público, la comunicación social requiere de un espíritu de cooperación y co-responsabilidad con escrupulosa atención en el uso de los recursos públicos y en el desempeño de los cargos públicos (cf. *Ética en las Comunicaciones Sociales*, 20), incluyendo el recurso a marcos normativos y a otras medidas o estructuras diseñadas para lograr este objetivo.

Finalmente, los medios de comunicación deben aprovechar y ejercer las grandes oportunidades que les brindan la promoción del diálogo, el intercambio de conocimientos, la expresión de solidaridad y los vínculos de paz. De esta manera ellos se transforman en recursos incisivos y apreciados para la construcción de la civilización del amor que toda persona anhela.

Estoy seguro de que unos serios esfuerzos para promover estos tres pasos, ayudarán a los medios a desarrollarse sólidamente como una red de comunicación, comunión y cooperación, ayudando a los hombres, mujeres y niños, a prestar más atención a la dignidad de la persona humana, a ser más responsables y abiertos a los otros, especialmente a los miembros más necesitados y débiles de la sociedad (cf. Redemptor Hominis, 15; Ética en las Comunicaciones Sociales, 4).

Para concluir, retomo las alentadoras palabras de San Pablo: Cristo es nuestra paz. En él somos uno (cf. Ef 2, 14). ¡Rompamos juntos los muros divisorios de la hostilidad y construyamos la comunión de amor según los designios que el Creador nos dio a conocer por medio de su Hijo!

Desde el Vaticano, 24 de enero 2006, Fiesta de San Francisco de Sales.

BENEDICTUS PP. XVI

## MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XLI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: "Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación"**

20 de mayo 2007

Queridos hermanos y hermanas:

1. El tema de la cuadragésima primera Jornada de las Comunicaciones Sociales, "Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación", nos invita a reflexionar sobre dos aspectos de suma importancia. Uno es la formación de los niños. El segundo, quizás menos obvio pero no menos importante, es la formación de los medios mismos.

Los complejos desafíos a los que se enfrenta la educación actual están fuertemente relacionados con el influjo penetrante de estos medios en nuestro mundo. Como un aspecto del fenómeno de la globalización e impulsados por el rápido desarrollo tecnológico, los medios marcan profundamente el entorno cultural (cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *El Rápido desarrollo*, 3). De hecho, algunos afirman que la influencia formativa de los medios se contrapone a la de la escuela, de la Iglesia e incluso a la del hogar. "Para muchas personas la realidad corresponde a lo que los medios de comunicación definen como tal" (Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Aetatis novae*, 4).

2. La relación entre los niños, los medios de comunicación y la educación se puede considerar desde dos perspectivas: la formación de los niños por parte de los medios, y la formación de los niños para responder adecuadamente a los medios. Surge entonces como una especie de reciprocidad que apunta a la responsabilidad de los medios como industria, y a la necesidad de una participación crítica y activa por parte de los lectores, televidentes u oyentes. En este contexto, la formación en el recto uso de los medios es esencial para el desarrollo cultural, moral y espiritual de los niños.

¿Cómo se puede promover y proteger este bien común? Educar a los niños para que hagan un buen uso de los medios es responsabilidad de los padres, de la Iglesia y de la escuela. El papel de los padres es de vital importancia. Éstos tienen el derecho y el deber de asegurar un uso prudente de los medios educando la conciencia de sus hijos, para que sean capaces de expresar juicios serenos y objetivos que después les guíen en la elección o rechazo de los programas propuestos (cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 76). Para llevar a cabo eso, los padres deberían de contar con el estímulo y ayuda de las escuelas y parroquias, asegurando así que este aspecto de la paternidad, difícil pero gratificante, sea apoyado por toda la comunidad.

La educación para los medios debería ser positiva. Cuando se pone a los niños delante de lo que es estética y moralmente excelente se les ayuda a desarrollar la apreciación, la prudencia y la capacidad de discernimiento. En este punto, es importante reconocer el valor fundamental del ejemplo de los padres y el beneficio de introducir a los jóvenes en los clásicos de la literatura infantil, las bellas artes y la música selecta. Si bien la literatura popular siempre tendrá un lugar propio en la cultura, no debería ser aceptada pasivamente la tentación al sensacionalismo en los lugares de enseñanza. La belleza, que es como un espejo de lo divino, inspira y vivifica los corazones y mentes jóvenes, mientras que la fealdad y la tosquedad tienen un impacto deprimente en las actitudes y comportamientos.

La educación para los medios, como toda labor educativa, requiere la formación del ejercicio de la libertad. Se trata de una tarea exigente. Muy a menudo la libertad se presenta como la búsqueda frenética del placer o de nuevas experiencias. Pero más que de una liberación se trata de una condena. La verdadera libertad nunca condenaría a un individuo —especialmente un niño— a la búsqueda insaciable de la novedad. A la luz de la verdad, la auténtica libertad se experimenta como una respuesta definitiva al "sí" de Dios a la humanidad, que nos llama a elegir lo que es bueno, verdadero y bello, no de un modo discriminado sino deliberadamente. Los padres de familia son, pues, los guardianes de la libertad de sus hijos; y en la medida en que les devuelven esa libertad, los conducen a la profunda alegría de la vida (cf. Discurso en el V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia, 8 julio 2006).

3. Este profundo deseo de los padres y profesores de educar a los niños en el camino de la belleza, de la verdad y de la bondad, solo será favorecido por la industria de los medios en la medida en que promueva la dignidad fundamental del ser humano, el verdadero valor del matrimonio y de la vida familiar, así como los logros y metas de la humanidad. De ahí que la necesidad de que los medios estén comprometidos en una formación efectiva y éticamente aceptable sea vista con particular interés e incluso con urgencia, no solamente por los padres y profesores, sino también por todos aquellos que tienen un sentido de responsabilidad cívica.

Si bien afirmamos con certeza que muchos operadores de los medios desean hacer lo que es justo (cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Ética en las comunicaciones sociales*, 4), debemos reconocer que los comunicadores se enfrentan con frecuencia a "presiones psicológicas y especiales dilemas éticos" (*Aetatis novae*, 19) viendo como a veces la competencia comercial fuerza a rebajar su estándar.

Toda tendencia a producir programas — incluso películas de animación y video juegos— que exaltan la violencia y reflejan comportamientos antisociales o que, en nombre del entretenimiento, trivializan la sexualidad humana, es perversión; y mucho más cuando se trata de programas dirigidos a niños y adolescentes. ¿Cómo se podría explicar este "entretenimiento" a los innumerables jóvenes inocentes que son víctimas realmente de la violencia, la explotación y el abuso? A este respecto, haríamos bien en reflexionar sobre el contraste entre Cristo, que "abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos" (Mc 10,16), y aquél que "escandaliza a uno de estos pequeños más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino" (Lc 17,2).

Exhorto nuevamente a los responsables de la industria de estos medios para que formen y motiven a los productores a salvaguardar el bien común, a preservar la verdad, a proteger la dignidad humana individual y a promover el respeto por las necesidades de la familia.

4. La Iglesia misma, a la luz del mensaje de salvación que se le ha confiado, es también maestra en humanidad y aprovecha la oportunidad para ofrecer ayuda a los padres, educadores, comunicadores y jóvenes. Las parroquias y los programas escolares, hoy en día, deberían estar a la vanguardia en lo que respecta a la educación para los medios de comunicación social. Sobre todo, la Iglesia desea compartir una visión de la dignidad humana que es el centro de toda auténtica comunicación. "Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita" (Deus caritas est, 18).

Desde la Ciudad del Vaticano, 24 de Enero 2007, Fiesta de San Francisco de Sales.

BENEDICTUS PP. XVI

## MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XLII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: “Los medios: en la encrucijada entre protagonismo y servicio.  
Buscar la Verdad para compartirla”**

(4 de mayo de 2008)

Queridos hermanos y hermanas:

1. El tema de la próxima Jornada mundial de las comunicaciones sociales, «Los medios de comunicación social: en la encrucijada entre protagonismo y servicio. Buscar la verdad para compartirla», pone de relieve la importancia del papel que estos instrumentos desempeñan en la vida de las personas y de la sociedad. En efecto, no existe ámbito de la experiencia humana —más aún si consideramos el amplio fenómeno de la globalización— en el que los medios de comunicación social no se hayan convertido en parte constitutiva de las relaciones interpersonales y de los procesos sociales, económicos, políticos y religiosos. A este respecto, escribí en el Mensaje para la Jornada mundial de la paz del pasado 1 de enero: «Los medios de comunicación social, por las potencialidades educativas de que disponen, tienen una responsabilidad especial en la promoción del respeto por la familia, en ilustrar sus esperanzas y derechos, en resaltar su belleza» (n. 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de diciembre de 2007, p. 5).

2. Gracias a una vertiginosa evolución tecnológica, estos medios han logrado potencialidades extraordinarias, lo cual plantea al mismo tiempo nuevos e inéditos interrogantes y problemas. Es innegable la aportación que pueden dar al flujo de noticias, al conocimiento de los hechos y a la difusión del saber. Por ejemplo, han contribuido de manera decisiva a la alfabetización y a la socialización, así como al desarrollo de la democracia y al diálogo entre los pueblos. Sin su aportación sería realmente difícil favorecer y mejorar la comprensión entre las naciones, dar alcance universal a los diálogos de paz, garantizar al hombre el bien primario de la información, asegurando a la vez la libre circulación del pensamiento, sobre todo en orden a los ideales de solidaridad y justicia social.

Ciertamente, los medios de comunicación social en su conjunto no solamente son medios para la difusión de las ideas, sino que también pueden y deben ser instrumentos al servicio de un mundo más justo y solidario. Lamentablemente, existe el peligro de que se transformen en sistemas dedicados a someter al hombre a lógicas dictadas por los intereses dominantes del momento. Es el caso de una comunicación usada para fines ideológicos o para la venta de productos de consumo mediante una publicidad obsesiva.

Con el pretexto de representar la realidad, se tiende de hecho a legitimar e imponer modelos distorsionados de vida personal, familiar o social. Además, para ampliar la audiencia, la

llamada audiencia, a veces no se duda en recurrir a la transgresión, a la vulgaridad y a la violencia. Y, por último, puede suceder también que a través de los medios de comunicación social se propongan y apoyen modelos de desarrollo que, en vez de disminuir el abismo tecnológico entre los países pobres y los ricos, lo aumentan.

3. La humanidad se encuentra hoy ante una encrucijada. También a los medios de comunicación social se puede aplicar lo que escribí en la encíclica *Spe salvi* sobre la ambigüedad del progreso, que ofrece posibilidades inéditas para el bien, pero al mismo tiempo abre enormes posibilidades de mal que antes no existían (cf. n. 22). Por tanto, es necesario preguntarse si es sensato dejar que los medios de comunicación social se subordinen a un protagonismo indiscriminado o que acaben en manos de quien se vale de ellos para manipular las conciencias. ¿No se debería, más bien, hacer todo lo posible para que permanezcan al servicio de la persona y del bien común, y favorezcan «la formación ética del hombre, el crecimiento del hombre interior»? (cf. ib.).

Su extraordinaria influencia en la vida de las personas y de la sociedad es un dato ampliamente reconocido, pero hay que tomar conciencia del viraje, diría incluso del cambio de función que los medios están afrontando. Hoy, de manera cada vez más marcada, en ocasiones la comunicación parece tener la pretensión no sólo de representar la realidad, sino también de determinarla gracias al poder y a la fuerza de sugestión que posee.

Se constata, por ejemplo, que con respecto a algunos acontecimientos los medios no se utilizan para una adecuada función de información, sino para "crear" los acontecimientos mismos. Muchos pastores ven con preocupación este peligroso cambio en su función. Precisamente porque se trata de realidades que influyen profundamente en todas las dimensiones de la vida humana (moral, intelectual, religiosa, relacional, afectiva, cultural), poniendo en juego el bien de la persona, es necesario reafirmar que no todo lo que es técnicamente posible es también éticamente realizable. El impacto de los medios de comunicación social en la vida del hombre contemporáneo plantea, por tanto, interrogantes ineludibles, que esperan decisiones y respuestas inaplazables.

4. El papel que los medios de comunicación han adquirido en la sociedad debe considerarse como parte integrante de la cuestión antropológica, que se plantea como un desafío crucial del tercer milenio. De manera similar a lo que sucede en el campo de la vida humana, del matrimonio y de la familia, y en el ámbito de las grandes cuestiones contemporáneas relativas a la paz, la justicia y la conservación de la creación, también en el sector de las comunicaciones sociales están en juego dimensiones constitutivas del ser humano y de su verdad.

Cuando la comunicación pierde las raíces éticas y elude el control social, termina por olvidar la centralidad y la dignidad inviolable del ser humano, y corre el riesgo de influir negativamente sobre su conciencia y sus opciones, condicionando así, en definitiva, la libertad y la vida misma de las personas. Precisamente por eso es indispensable que los medios de comunicación social defiendan celosamente a la persona y respeten plenamente su dignidad. Son muchos los que piensan que en este ámbito es necesaria una "info-ética", así como existe la bio-ética en el campo de la medicina y de la investigación científica vinculada a la vida.

5. Hay que evitar que los medios de comunicación social se conviertan en megáfono del materialismo económico y del relativismo ético, verdaderas plagas de nuestro tiempo. Por el contrario, pueden y deben contribuir a dar a conocer la verdad sobre el hombre, defendiéndola ante los que tienden a negarla o destruirla. Se puede decir, incluso, que la búsqueda y la presentación de la verdad sobre el hombre son la vocación más alta de la comunicación social. Utilizar para este fin todos los lenguajes, cada vez más bellos y refinados, de los que disponen los medios de comunicación social, es una tarea entusiasmante confiada, en primer lugar, a los responsables y operadores del sector. Es una tarea que, sin embargo, nos corresponde en cierto modo a todos, porque en esta época de globalización todos somos usuarios y a la vez operadores de comunicaciones sociales. Los nuevos medios de comunicación, en particular la telefonía e internet, están modificando el rostro mismo de la comunicación y, tal vez, esta es una magnífica ocasión para volver a diseñarlo, para hacer más visibles, como dijo mi venerado predecesor Juan Pablo II, las líneas esenciales e irrenunciables de la verdad sobre la persona humana (cf. carta apostólica *El rápido desarrollo*, 10).

6. El hombre tiene sed de verdad, busca la verdad; así lo demuestran también la atención y el éxito que tienen tantos productos editoriales y programas de ficción de calidad en los que se reconocen y son adecuadamente representadas la verdad, la belleza y la grandeza de la persona, incluyendo su dimensión religiosa. Jesús dijo: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). La verdad que nos hace libres es Cristo, porque sólo él puede responder plenamente a la sed de vida y de amor que existe en el corazón humano. Quien lo ha encontrado y se apasiona por su mensaje, experimenta el deseo incontenible de compartir y comunicar esta verdad: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos —escribe san Juan—, lo que contemplamos y palparon nuestras manos: la Palabra de vida (...), os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo» (1 Jn 1, 1-3).

Invoquemos al Espíritu Santo para que no falten comunicadores valientes y testigos auténticos de la verdad que, fieles al mandato de Cristo y apasionados por el mensaje de la fe, «se hagan intérpretes de las actuales exigencias culturales, comprometiéndose a vivir esta época de la comunicación no como tiempo de alienación y extravío, sino como tiempo oportuno para la búsqueda de la verdad y el desarrollo de la comunión entre las personas y los pueblos» (Juan Pablo II, Discurso al congreso *Parábolas mediáticas*, 9 noviembre 2002, 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de noviembre de 2002, p. 3).

Con este deseo os imparto a todos con afecto mi bendición.

Vaticano, 24 de enero de 2008, fiesta de San Francisco de Sales

BENEDICTUS PP. XVI



## **MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA XLIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

**Tema: "Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo, de amistad."**

24 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Ante la proximidad de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, me es grato dirigirme a vosotros para exponeros algunas de mis reflexiones sobre el tema elegido este año: Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo y amistad. En efecto, las nuevas tecnologías digitales están provocando hondas transformaciones en los modelos de comunicación y en las relaciones humanas. Estos cambios resaltan más aún entre los jóvenes que han crecido en estrecho contacto con estas nuevas técnicas de comunicación y que, por tanto, se sienten a gusto en el mundo digital, que resulta sin embargo menos familiar a muchos de nosotros, adultos, que hemos debido empezar a entenderlo y apreciar las oportunidades que ofrece para la comunicación. En el mensaje de este año, pienso particularmente en quienes forman parte de la llamada generación digital. Quisiera compartir con ellos algunas ideas sobre el extraordinario potencial de las nuevas tecnologías, cuando se usan para favorecer la comprensión y la solidaridad humana. Estas tecnologías son un verdadero don para la humanidad y por ello debemos hacer que sus ventajas se pongan al servicio de todos los seres humanos y de todas las comunidades, sobre todo de los más necesitados y vulnerables.

El fácil acceso a teléfonos móviles y computadoras, unido a la dimensión global y a la presencia capilar de Internet, han multiplicado los medios para enviar instantáneamente palabras e imágenes a grandes distancias y hasta los lugares más remotos del mundo. Esta posibilidad era impensable para las precedentes generaciones. Los jóvenes especialmente se han dado cuenta del enorme potencial de los nuevos medios para facilitar la conexión, la comunicación y la comprensión entre las personas y las comunidades, y los utilizan para estar en contacto con sus amigos, para encontrar nuevas amistades, para crear comunidades y redes, para buscar información y noticias, para compartir sus ideas y opiniones. De esta nueva cultura de comunicación se derivan muchos beneficios: las familias pueden permanecer en contacto aunque sus miembros estén muy lejos unos de otros; los estudiantes e investigadores tienen acceso más fácil e inmediato a documentos, fuentes y descubrimientos científicos, y pueden así trabajar en equipo desde diversos lugares; además, la naturaleza interactiva de los nuevos medios facilita formas más dinámicas de aprendizaje y de comunicación que contribuyen al progreso social.

Aunque nos asombra la velocidad con que han evolucionado las nuevas tecnologías en cuanto a su fiabilidad y eficiencia, no debería de sorprendernos su popularidad entre los

usuarios, pues ésta responde al deseo fundamental de las personas de entrar en relación unas con otras. Este anhelo de comunicación y amistad tiene su raíz en nuestra propia naturaleza humana y no puede comprenderse adecuadamente sólo como una respuesta a las innovaciones tecnológicas. A la luz del mensaje bíblico, ha de entenderse como reflejo de nuestra participación en el amor comunicativo y unificador de Dios, que quiere hacer de toda la humanidad una sola familia. Cuando sentimos la necesidad de acercarnos a otras personas, cuando deseamos conocerlas mejor y darnos a conocer, estamos respondiendo a la llamada divina, una llamada que está grabada en nuestra naturaleza de seres creados a imagen y semejanza de Dios, el Dios de la comunicación y de la comunión.

El deseo de estar en contacto y el instinto de comunicación, que parecen darse por descontados en la cultura contemporánea, son en el fondo manifestaciones modernas de la tendencia fundamental y constante del ser humano a ir más allá de sí mismo para entrar en relación con los demás. En realidad, cuando nos abrimos a los demás, realizamos una de nuestras más profundas aspiraciones y nos hacemos más plenamente humanos. En efecto, amar es aquello para lo que hemos sido concebidos por el Creador. Naturalmente, no hablo de relaciones pasajeras y superficiales; hablo del verdadero amor, que es el centro de la enseñanza moral de Jesús: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas", y "amarás a tu prójimo como a ti mismo" (cf. Mc 12, 30-31). Con esta luz, al reflexionar sobre el significado de las nuevas tecnologías, es importante considerar no sólo su indudable capacidad de favorecer el contacto entre las personas, sino también la calidad de los contenidos que se deben poner en circulación. Deseo animar a todas las personas de buena voluntad, y que trabajan en el mundo emergente de la comunicación digital, para que se comprometan a promover una cultura de respeto, diálogo y amistad.

Por lo tanto, quienes se ocupan del sector de la producción y difusión de contenidos de los nuevos medios, han de comprometerse a respetar la dignidad y el valor de la persona humana. Si las nuevas tecnologías deben servir para el bien de los individuos y de la sociedad, quienes las usan deben evitar compartir palabras e imágenes degradantes para el ser humano, y excluir por tanto lo que alimenta el odio y la intolerancia, envilece la belleza y la intimidad de la sexualidad humana, o lo que explota a los débiles e indefensos.

Las nuevas tecnologías han abierto también caminos para el diálogo entre personas de diversos países, culturas y religiones. El nuevo espacio digital, llamado ciberespacio, permite encontrarse y conocer los valores y tradiciones de otros. Sin embargo, para que esos encuentros den fruto, se requieren formas honestas y correctas de expresión, además de una escucha atenta y respetuosa. El diálogo debe estar basado en una búsqueda sincera y recíproca de la verdad, para potenciar el desarrollo en la comprensión y la tolerancia. La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias; es más bien la búsqueda de la verdad, del bien, de la belleza. A dichos fines se encaminan nuestras decisiones y el ejercicio de nuestra libertad, y en ellos —la verdad, el bien y la belleza— encontramos felicidad y alegría. No hay que dejarse engañar por quienes tan sólo van en busca de consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la elección misma se presenta como el bien, la novedad se confunde con la belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad.

El concepto de amistad ha tenido un nuevo auge en el vocabulario de las redes sociales digitales que han surgido en los últimos años. Este concepto es una de las más nobles conquistas de la cultura humana. En nuestras amistades, y a través de ellas, crecemos y nos desarrollamos como seres humanos. Precisamente por eso, siempre se ha considerado la verdadera amistad como una de las riquezas más grandes que puede tener el ser humano. Por tanto, se ha de tener cuidado de no banalizar el concepto y la experiencia de la amistad. Sería una pena que nuestro deseo de establecer y desarrollar las amistades on line fuera en deterioro de nuestra disponibilidad para la familia, los vecinos y quienes encontramos en nuestra realidad cotidiana, en el lugar de trabajo, en la escuela o en el tiempo libre. En efecto, cuando el deseo de conexión virtual se convierte en obsesivo, la consecuencia es que la persona se aísla, interrumpiendo su interacción social real. Esto termina por alterar también los ritmos de reposo, de silencio y de reflexión necesarios para un sano desarrollo humano.

La amistad es un gran bien para las personas, pero se vaciaría de sentido si fuese considerado como un fin en sí mismo. Los amigos deben sostenerse y animarse mutuamente para desarrollar sus capacidades y talentos, y para poner éstos al servicio de la comunidad humana. En este contexto es alentador ver surgir nuevas redes digitales que tratan de promover la solidaridad humana, la paz y la justicia, los derechos humanos, el respeto por la vida y el bien de la creación. Estas redes pueden facilitar formas de cooperación entre pueblos de diversos contextos geográficos y culturales, permitiéndoles profundizar en la humanidad común y en el sentido de corresponsabilidad para el bien de todos. Pero se ha de procurar que el mundo digital en el que se crean esas redes sea realmente accesible a todos. Sería un grave daño para el futuro de la humanidad si los nuevos instrumentos de comunicación, que permiten compartir saber e información de modo más veloz y eficaz, no fueran accesibles a quienes ya están social y económicamente marginados, o si contribuyeran tan sólo a acrecentar la distancia que separa a los pobres de las nuevas redes que se desarrollan al servicio de la información y la socialización humana.

Quisiera concluir este mensaje dirigiéndome de manera especial a los jóvenes católicos, para exhortarlos a llevar al mundo digital el testimonio de su fe. Amigos, sentíos comprometidos a sembrar en la cultura de este nuevo ambiente comunicativo e informativo los valores sobre los que se apoya vuestra vida. En los primeros tiempos de la Iglesia, los Apóstoles y sus discípulos llevaron la Buena Noticia de Jesús al mundo grecorromano. Así como entonces la evangelización, para dar fruto, tuvo necesidad de una atenta comprensión de la cultura y de las costumbres de aquellos pueblos paganos, con el fin de tocar su mente y su corazón, así también ahora el anuncio de Cristo en el mundo de las nuevas tecnologías requiere conocer éstas en profundidad para usarlas después de manera adecuada. A vosotros, jóvenes, que casi espontáneamente os sentís en sintonía con estos nuevos medios de comunicación, os corresponde de manera particular la tarea de evangelizar este "continente digital". Haced cargo con entusiasmo del anuncio del Evangelio a vuestros coetáneos. Vosotros conocéis sus temores y sus esperanzas, sus entusiasmos y sus desilusiones. El don más valioso que les podéis ofrecer es compartir con ellos la "buena noticia" de un Dios que se hizo hombre, padeció, murió y resucitó para salvar a la humanidad. El corazón humano anhela un mundo en el que reine el amor, donde los bienes sean compartidos, donde se edifique la unidad, donde la libertad encuentre su propio sentido en la verdad y donde la identidad de cada uno se logre en una comunión respetuosa.

La fe puede dar respuesta a estas aspiraciones: ¡sed sus mensajeros! El Papa está junto a vosotros con su oración y con su bendición.

Vaticano, 24 de enero 2009, Fiesta de San Francisco de Sales.

BENEDICTUS PP. XVI

## MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XLIV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: «El sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios al servicio de la Palabra»**

[Domingo 16 de mayo de 2010]

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la próxima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales –«El sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios al servicio de la Palabra»– se inserta muy apropiadamente en el camino del Año Sacerdotal, y pone en primer plano la reflexión sobre un ámbito pastoral vasto y delicado como es el de la comunicación y el mundo digital, ofreciendo al sacerdote nuevas posibilidades de realizar su particular servicio a la Palabra y de la Palabra. Las comunidades eclesiales, han incorporado desde hace tiempo los nuevos medios de comunicación como instrumentos ordinarios de expresión y de contacto con el propio territorio, instaurado en muchos casos formas de diálogo aún de mayor alcance. Su reciente y amplia difusión, así como su notable influencia, hacen cada vez más importante y útil su uso en el ministerio sacerdotal.

La tarea primaria del sacerdote es la de anunciar a Cristo, la Palabra de Dios hecha carne, y comunicar la multiforme gracia divina que nos salva mediante los Sacramentos. La Iglesia, convocada por la Palabra, es signo e instrumento de la comunión que Dios establece con el hombre y que cada sacerdote está llamado a edificar en Él y con Él. En esto reside la altísima dignidad y belleza de la misión sacerdotal, en la que se opera de manera privilegiada lo que afirma el apóstol Pablo: «Dice la Escritura: “Nadie que cree en Él quedará defraudado”... Pues “todo el que invoca el nombre del Señor se salvará”. Ahora bien, ¿cómo van a invocarlo si no creen en Él? ¿Cómo van a creer si no oyen hablar de Él? ¿Y cómo van a oír sin alguien que les predique? ¿Y cómo van a predicar si no los envían?» (Rm 10,11.13-15).

Las vías de comunicación abiertas por las conquistas tecnológicas se han convertido en un instrumento indispensable para responder adecuadamente a estas preguntas, que surgen en un contexto de grandes cambios culturales, que se notan especialmente en el mundo juvenil. En verdad el mundo digital, ofreciendo medios que permiten una capacidad de expresión casi ilimitada, abre importantes perspectivas y actualiza la exhortación paulina: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16). Así pues, con la difusión de esos medios, la responsabilidad del anuncio no solamente aumenta, sino que se hace más acuciante y reclama un compromiso más intenso y eficaz. A este respecto, el sacerdote se encuentra como al inicio de una «nueva historia», porque en la medida en que estas nuevas tecnologías susciten relaciones cada vez más intensas, y cuanto más se amplíen las

fronteras del mundo digital, tanto más se verá llamado a ocuparse pastoralmente de este campo, multiplicando su esfuerzo para poner dichos medios al servicio de la Palabra.

Sin embargo, la creciente multimedialidad y la gran variedad de funciones que hay en la comunicación, pueden comportar el riesgo de un uso dictado sobre todo por la mera exigencia de hacerse presentes, considerando internet solamente, y de manera errónea, como un espacio que debe ocuparse. Por el contrario, se pide a los presbíteros la capacidad de participar en el mundo digital en constante fidelidad al mensaje del Evangelio, para ejercer su papel de animadores de comunidades que se expresan cada vez más a través de las muchas «voces» surgidas en el mundo digital. Deben anunciar el Evangelio valiéndose no sólo de los medios tradicionales, sino también de los que aporta la nueva generación de medios audiovisuales (foto, vídeo, animaciones, blogs, sitios web), ocasiones inéditas de diálogo e instrumentos útiles para la evangelización y la catequesis.

El sacerdote podrá dar a conocer la vida de la Iglesia mediante estos modernos medios de comunicación, y ayudar a las personas de hoy a descubrir el rostro de Cristo. Para ello, ha de unir el uso oportuno y competente de tales medios –adquirido también en el período de formación– con una sólida preparación teológica y una honda espiritualidad sacerdotal, alimentada por su constante diálogo con el Señor. En el contacto con el mundo digital, el presbítero debe trasparentar, más que la mano de un simple usuario de los medios, su corazón de consagrado que da alma no sólo al compromiso pastoral que le es propio, sino al continuo flujo comunicativo de la «red».

También en el mundo digital, se debe poner de manifiesto que la solicitud amorosa de Dios en Cristo por nosotros no es algo del pasado, ni el resultado de teorías eruditas, sino una realidad muy concreta y actual. En efecto, la pastoral en el mundo digital debe mostrar a las personas de nuestro tiempo y a la humanidad desorientada de hoy que «Dios está cerca; que en Cristo todos nos pertenecemos mutuamente» (Discurso a la Curia romana para el intercambio de felicitaciones navideñas, 21 diciembre 2009).

¿Quién mejor que un hombre de Dios puede desarrollar y poner en práctica, a través de la propia competencia en el campo de los nuevos medios digitales, una pastoral que haga vivo y actual a Dios en la realidad de hoy? ¿Quién mejor que él para presentar la sabiduría religiosa del pasado como una riqueza a la que recurrir para vivir dignamente el hoy y construir adecuadamente el futuro? Quien trabaja como consagrado en los medios, tiene la tarea de allanar el camino a nuevos encuentros, asegurando siempre la calidad del contacto humano y la atención a las personas y a sus auténticas necesidades espirituales. Le corresponde ofrecer a quienes viven éste nuestro tiempo «digital» los signos necesarios para reconocer al Señor; darles la oportunidad de educarse para la espera y la esperanza, y de acercarse a la Palabra de Dios que salva y favorece el desarrollo humano integral. La Palabra podrá así navegar mar adentro hacia las numerosas encrucijadas que crea la tupida red de autopistas del ciberespacio, y afirmar el derecho de ciudadanía de Dios en cada época, para que Él pueda avanzar a través de las nuevas formas de comunicación por las calles de las ciudades y detenerse ante los umbrales de las casas y de los corazones y decir de nuevo: «Estoy a la puerta llamando. Si alguien oye y me abre, entraré y cenaremos juntos» (Ap 3, 20).

En el Mensaje del año pasado animé a los responsables de los procesos comunicativos a promover una cultura de respeto por la dignidad y el valor de la persona humana. Ésta es una de las formas en que la Iglesia está llamada a ejercer una «diaconía de la cultura» en el «continente digital». Con el Evangelio en las manos y en el corazón, es necesario reafirmar que hemos de continuar preparando los caminos que conducen a la Palabra de Dios, sin descuidar una atención particular a quien está en actitud de búsqueda. Más aún, procurando mantener viva esa búsqueda como primer paso de la evangelización. Así, una pastoral en el mundo digital está llamada a tener en cuenta también a quienes no creen y desconfían, pero que llevan en el corazón los deseos de absoluto y de verdades perennes, pues esos medios permiten entrar en contacto con creyentes de cualquier religión, con no creyentes y con personas de todas las culturas. Así como el profeta Isaías llegó a imaginar una casa de oración para todos los pueblos (cf. Is 56,7), quizá sea posible imaginar que podamos abrir en la red un espacio –como el «patio de los gentiles» del Templo de Jerusalén– también a aquéllos para quienes Dios sigue siendo un desconocido.

El desarrollo de las nuevas tecnologías y, en su dimensión más amplia, todo el mundo digital, representan un gran recurso para la humanidad en su conjunto y para cada persona en la singularidad de su ser, y un estímulo para el debate y el diálogo. Pero constituyen también una gran oportunidad para los creyentes. Ningún camino puede ni debe estar cerrado a quien, en el nombre de Cristo resucitado, se compromete a hacerse cada vez más prójimo del ser humano. Los nuevos medios, por tanto, ofrecen sobre todo a los presbíteros perspectivas pastorales siempre nuevas y sin fronteras, que lo invitan a valorar la dimensión universal de la Iglesia para una comunión amplia y concreta; a ser testigos en el mundo actual de la vida renovada que surge de la escucha del Evangelio de Jesús, el Hijo eterno que ha habitado entre nosotros para salvarnos. No hay que olvidar, sin embargo, que la fecundidad del ministerio sacerdotal deriva sobre todo de Cristo, al que encontramos y escuchamos en la oración; al que anunciamos con la predicación y el testimonio de la vida; al que conocemos, amamos y celebramos en los sacramentos, sobre todo en el de la Santa Eucaristía y la Reconciliación.

Queridos sacerdotes, os renuevo la invitación a asumir con sabiduría las oportunidades específicas que ofrece la moderna comunicación. Que el Señor os convierta en apasionados anunciadores de la Buena Noticia, también en la nueva «ágora» que han dado a luz los nuevos medios de comunicación.

Con estos deseos, invoco sobre vosotros la protección de la Madre de Dios y del Santo Cura de Ars, y con afecto imparto a cada uno la Bendición Apostólica.

Vaticano, 24 de enero 2010, Fiesta de San Francisco de Sales.

BENEDICTUS PP. XVI

# MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XLV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: Verdad, anuncio y autenticidad de vida en la era digital**

5 de junio 2011

Queridos hermanos y hermanas

Con ocasión de la XLV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, deseo compartir algunas reflexiones, motivadas por un fenómeno característico de nuestro tiempo: la propagación de la comunicación a través de internet. Se extiende cada vez más la opinión de que, así como la revolución industrial produjo un cambio profundo en la sociedad, por las novedades introducidas en el ciclo productivo y en la vida de los trabajadores, la amplia transformación en el campo de las comunicaciones dirige las grandes mutaciones culturales y sociales de hoy. Las nuevas tecnologías no modifican sólo el modo de comunicar, sino la comunicación en sí misma, por lo que se puede afirmar que nos encontramos ante una vasta transformación cultural. Junto a ese modo de difundir información y conocimientos, nace un nuevo modo de aprender y de pensar, así como nuevas oportunidades para establecer relaciones y construir lazos de comunión.

Se presentan a nuestro alcance objetivos hasta ahora impensables, que asombran por las posibilidades de los nuevos medios, y que a la vez exigen con creciente urgencia una seria reflexión sobre el sentido de la comunicación en la era digital. Esto se ve más claramente aún cuando nos confrontamos con las extraordinarias potencialidades de internet y la complejidad de sus aplicaciones. Como todo fruto del ingenio humano, las nuevas tecnologías de comunicación deben ponerse al servicio del bien integral de la persona y de la humanidad entera. Si se usan con sabiduría, pueden contribuir a satisfacer el deseo de sentido, de verdad y de unidad que sigue siendo la aspiración más profunda del ser humano.

Transmitir información en el mundo digital significa cada vez más introducirla en una red social, en la que el conocimiento se comparte en el ámbito de intercambios personales. Se relativiza la distinción entre el productor y el consumidor de información, y la comunicación ya no se reduce a un intercambio de datos, sino que se desea compartir. Esta dinámica ha contribuido a una renovada valoración del acto de comunicar, considerado sobre todo como diálogo, intercambio, solidaridad y creación de relaciones positivas. Por otro lado, todo ello tropieza con algunos límites típicos de la comunicación digital: una interacción parcial, la tendencia a comunicar sólo algunas partes del propio mundo interior, el riesgo de construir una cierta imagen de sí mismos que suele llevar a la autocomplacencia.

De modo especial, los jóvenes están viviendo este cambio en la comunicación con todas las aspiraciones, las contradicciones y la creatividad propias de quienes se abren con



entusiasmo y curiosidad a las nuevas experiencias de la vida. Cuanto más se participa en el espacio público digital, creado por las llamadas redes sociales, se establecen nuevas formas de relación interpersonal que inciden en la imagen que se tiene de uno mismo. Es inevitable que ello haga plantearse no sólo la pregunta sobre la calidad del propio actuar, sino también sobre la autenticidad del propio ser. La presencia en estos espacios virtuales puede ser expresión de una búsqueda sincera de un encuentro personal con el otro, si se evitan ciertos riesgos, como buscar refugio en una especie de mundo paralelo, o una excesiva exposición al mundo virtual. El anhelo de compartir, de establecer “amistades”, implica el desafío de ser auténticos, fieles a sí mismos, sin ceder a la ilusión de construir artificialmente el propio “perfil” público.

Las nuevas tecnologías permiten a las personas encontrarse más allá de las fronteras del espacio y de las propias culturas, inaugurando así un mundo nuevo de amistades potenciales. Ésta es una gran oportunidad, pero supone también prestar una mayor atención y una toma de conciencia sobre los posibles riesgos. ¿Quién es mi “prójimo” en este nuevo mundo? ¿Existe el peligro de estar menos presentes con quien encontramos en nuestra vida cotidiana ordinaria? ¿Tenemos el peligro de caer en la dispersión, dado que nuestra atención está fragmentada y absorta en un mundo “diferente” al que vivimos? ¿Dedicamos tiempo a reflexionar críticamente sobre nuestras decisiones y a alimentar relaciones humanas que sean realmente profundas y duraderas? Es importante recordar siempre que el contacto virtual no puede y no debe sustituir el contacto humano directo, en todos los aspectos de nuestra vida.

También en la era digital, cada uno siente la necesidad de ser una persona auténtica y reflexiva. Además, las redes sociales muestran que uno está siempre implicado en aquello que comunica. Cuando se intercambian informaciones, las personas se comparten a sí mismas, su visión del mundo, sus esperanzas, sus ideales. Por eso, puede decirse que existe un estilo cristiano de presencia también en el mundo digital, caracterizado por una comunicación franca y abierta, responsable y respetuosa del otro. Comunicar el Evangelio a través de los nuevos medios significa no sólo poner contenidos abiertamente religiosos en las plataformas de los diversos medios, sino también dar testimonio coherente en el propio perfil digital y en el modo de comunicar preferencias, opciones y juicios que sean profundamente concordantes con el Evangelio, incluso cuando no se hable explícitamente de él. Asimismo, tampoco se puede anunciar un mensaje en el mundo digital sin el testimonio coherente de quien lo anuncia. En los nuevos contextos y con las nuevas formas de expresión, el cristiano está llamado de nuevo a responder a quien le pida razón de su esperanza (cf. 1 P 3,15).

El compromiso de ser testigos del Evangelio en la era digital exige a todos el estar muy atentos con respecto a los aspectos de ese mensaje que puedan contrastar con algunas lógicas típicas de la red. Hemos de tomar conciencia sobre todo de que el valor de la verdad que deseamos compartir no se basa en la “popularidad” o la cantidad de atención que provoca. Debemos darla a conocer en su integridad, más que intentar hacerla aceptable, quizá desvirtuándola. Debe transformarse en alimento cotidiano y no en atracción de un momento.

La verdad del Evangelio no puede ser objeto de consumo ni de disfrute superficial, sino un don que pide una respuesta libre. Esa verdad, incluso cuando se proclama en el espacio virtual de la red, está llamada siempre a encarnarse en el mundo real y en relación con los rostros concretos de los hermanos y hermanas con quienes compartimos la vida cotidiana. Por eso, siguen siendo fundamentales las relaciones humanas directas en la transmisión de la fe.

Con todo, deseo invitar a los cristianos a unirse con confianza y creatividad responsable a la red de relaciones que la era digital ha hecho posible, no simplemente para satisfacer el deseo de estar presentes, sino porque esta red es parte integrante de la vida humana. La red está contribuyendo al desarrollo de nuevas y más complejas formas de conciencia intelectual y espiritual, de comprensión común. También en este campo estamos llamados a anunciar nuestra fe en Cristo, que es Dios, el Salvador del hombre y de la historia, Aquél en quien todas las cosas alcanzan su plenitud (cf. Ef 1, 10). La proclamación del Evangelio supone una forma de comunicación respetuosa y discreta, que incita el corazón y mueve la conciencia; una forma que evoca el estilo de Jesús resucitado cuando se hizo compañero de camino de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35), a quienes mediante su cercanía condujo gradualmente a la comprensión del misterio, dialogando con ellos, tratando con delicadeza que manifestaran lo que tenían en el corazón.

La Verdad, que es Cristo, es en definitiva la respuesta plena y auténtica a ese deseo humano de relación, de comunión y de sentido, que se manifiesta también en la participación masiva en las diversas redes sociales. Los creyentes, dando testimonio de sus más profundas convicciones, ofrecen una valiosa aportación, para que la red no sea un instrumento que reduce las personas a categorías, que intenta manipularlas emotivamente o que permite a los poderosos monopolizar las opiniones de los demás. Por el contrario, los creyentes animan a todos a mantener vivas las cuestiones eternas sobre el hombre, que atestiguan su deseo de trascendencia y la nostalgia por formas de vida auténticas, dignas de ser vividas. Esta tensión espiritual típicamente humana es precisamente la que fundamenta nuestra sed de verdad y de comunión, que nos empuja a comunicarnos con integridad y honradez.

Invito sobre todo a los jóvenes a hacer buen uso de su presencia en el espacio digital. Les reitero nuestra cita en la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, cuya preparación debe mucho a las ventajas de las nuevas tecnologías. Para quienes trabajan en la comunicación, pido a Dios, por intercesión de su Patrón, san Francisco de Sales, la capacidad de ejercer su labor conscientemente y con escrupulosa profesionalidad, a la vez que imparto a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 24 de enero 2011, fiesta de san Francisco de Sales.

BENEDICTUS PP. XVI

## MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XLVI JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

**Tema: “Silencio y Palabra: camino de evangelización”**

[Domingo 20 de mayo de 2012]

Queridos hermanos y hermanas:

Al acercarse la Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales de 2012, deseo compartir con vosotros algunas reflexiones sobre un aspecto del proceso humano de la comunicación que, siendo muy importante, a veces se olvida y hoy es particularmente necesario recordar. Se trata de la relación entre el silencio y la palabra: dos momentos de la comunicación que deben equilibrarse, alternarse e integrarse para obtener un auténtico diálogo y una profunda cercanía entre las personas. Cuando palabra y silencio se excluyen mutuamente, la comunicación se deteriora, ya sea porque provoca un cierto aturdimiento o porque, por el contrario, crea un clima de frialdad; sin embargo, cuando se integran recíprocamente, la comunicación adquiere valor y significado.

El silencio es parte integrante de la comunicación y sin él no existen palabras con densidad de contenido. En el silencio escuchamos y nos conocemos mejor a nosotros mismos; nace y se profundiza el pensamiento, comprendemos con mayor claridad lo que queremos decir o lo que esperamos del otro; elegimos cómo expresarnos. Callando se permite hablar a la persona que tenemos delante, expresarse a sí misma; y a nosotros no permanecer aferrados sólo a nuestras palabras o ideas, sin una oportuna ponderación. Se abre así un espacio de escucha recíproca y se hace posible una relación humana más plena. En el silencio, por ejemplo, se acogen los momentos más auténticos de la comunicación entre los que se aman: la gestualidad, la expresión del rostro, el cuerpo como signos que manifiestan la persona. En el silencio hablan la alegría, las preocupaciones, el sufrimiento, que precisamente en él encuentran una forma de expresión particularmente intensa. Del silencio, por tanto, brota una comunicación más exigente todavía, que evoca la sensibilidad y la capacidad de escucha que a menudo desvela la medida y la naturaleza de las relaciones. Allí donde los mensajes y la información son abundantes, el silencio se hace esencial para discernir lo que es importante de lo que es inútil y superficial. Una profunda reflexión nos ayuda a descubrir la relación existente entre situaciones que a primera vista parecen desconectadas entre sí, a valorar y analizar los mensajes; esto hace que se puedan compartir opiniones sopesadas y pertinentes, originando un auténtico conocimiento compartido. Por esto, es necesario crear un ambiente propicio, casi una especie de “ecosistema” que sepa equilibrar silencio, palabra, imágenes y sonidos.

Gran parte de la dinámica actual de la comunicación está orientada por preguntas en busca de respuestas. Los motores de búsqueda y las redes sociales son el punto de partida en la comunicación para muchas personas que buscan consejos, sugerencias, informaciones y respuestas. En nuestros días, la Red se está transformando cada vez más en el lugar de las

preguntas y de las respuestas; más aún, a menudo el hombre contemporáneo es bombardeado por respuestas a interrogantes que nunca se ha planteado, y a necesidades que no siente. El silencio es precioso para favorecer el necesario discernimiento entre los numerosos estímulos y respuestas que recibimos, para reconocer e identificar asimismo las preguntas verdaderamente importantes. Sin embargo, en el complejo y variado mundo de la comunicación emerge la preocupación de muchos hacia las preguntas últimas de la existencia humana: ¿quién soy yo?, ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar? Es importante acoger a las personas que se formulan estas preguntas, abriendo la posibilidad de un diálogo profundo, hecho de palabras, de intercambio, pero también de una invitación a la reflexión y al silencio que, a veces, puede ser más elocuente que una respuesta apresurada y que permite a quien se interroga entrar en lo más recóndito de sí mismo y abrirse al camino de respuesta que Dios ha escrito en el corazón humano.

En realidad, este incesante flujo de preguntas manifiesta la inquietud del ser humano siempre en búsqueda de verdades, pequeñas o grandes, que den sentido y esperanza a la existencia. El hombre no puede quedar satisfecho con un sencillo y tolerante intercambio de opiniones escépticas y de experiencias de vida: todos buscamos la verdad y compartimos este profundo anhelo, sobre todo en nuestro tiempo en el que “cuando se intercambian informaciones, las personas se comparten a sí mismas, su visión del mundo, sus esperanzas, sus ideales” (Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de 2011)

Hay que considerar con interés los diversos sitios, aplicaciones y redes sociales que pueden ayudar al hombre de hoy a vivir momentos de reflexión y de auténtica interrogación, pero también a encontrar espacios de silencio, ocasiones de oración, meditación y de compartir la Palabra de Dios. En la esencialidad de breves mensajes, a menudo no más extensos que un versículo bíblico, se pueden formular pensamientos profundos, si cada uno no descuida el cultivo de su propia interioridad. No sorprende que en las distintas tradiciones religiosas, la soledad y el silencio sean espacios privilegiados para ayudar a las personas a reencontrarse consigo mismas y con la Verdad que da sentido a todas las cosas. El Dios de la revelación bíblica habla también sin palabras: “Como pone de manifiesto la cruz de Cristo, Dios habla por medio de su silencio. El silencio de Dios, la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios, Palabra encarnada... El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. En esos momentos de oscuridad, habla en el misterio de su silencio” (Exhort. ap. *Verbum Domini*, 21). En el silencio de la cruz habla la elocuencia del amor de Dios vivido hasta el don supremo. Después de la muerte de Cristo, la tierra permanece en silencio y en el Sábado Santo, cuando “el Rey está durmiendo y el Dios hecho hombre despierta a los que dormían desde hace siglos” (cf. Oficio de Lecturas del Sábado Santo), resuena la voz de Dios colmada de amor por la humanidad.

Si Dios habla al hombre también en el silencio, el hombre igualmente descubre en el silencio la posibilidad de hablar con Dios y de Dios. “Necesitamos el silencio que se transforma en contemplación, que nos hace entrar en el silencio de Dios y así nos permite llegar al punto donde nace la Palabra, la Palabra redentora” (Homilía durante la misa con los miembros de la Comisión Teológica Internacional, 6 de octubre 2006). Al hablar de la grandeza de Dios, nuestro lenguaje resulta siempre inadecuado y así se abre el espacio para la contemplación silenciosa. De esta contemplación nace con toda su fuerza interior la

urgencia de la misión, la necesidad imperiosa de “comunicar aquello que hemos visto y oído”, para que todos estemos en comunión con Dios (cf. 1 Jn 1,3). La contemplación silenciosa nos sumerge en la fuente del Amor, que nos conduce hacia nuestro prójimo, para sentir su dolor y ofrecer la luz de Cristo, su Mensaje de vida, su don de amor total que salva.

En la contemplación silenciosa emerge asimismo, todavía más fuerte, aquella Palabra eterna por medio de la cual se hizo el mundo, y se percibe aquel designio de salvación que Dios realiza a través de palabras y gestos en toda la historia de la humanidad. Como recuerda el Concilio Vaticano II, la Revelación divina se lleva a cabo con “hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas” (Dei Verbum, 2). Y este plan de salvación culmina en la persona de Jesús de Nazaret, mediador y plenitud de toda la Revelación. Él nos hizo conocer el verdadero Rostro de Dios Padre y con su Cruz y Resurrección nos hizo pasar de la esclavitud del pecado y de la muerte a la libertad de los hijos de Dios. La pregunta fundamental sobre el sentido del hombre encuentra en el Misterio de Cristo la respuesta capaz de dar paz a la inquietud del corazón humano. Es de este Misterio de donde nace la misión de la Iglesia, y es este Misterio el que impulsa a los cristianos a ser mensajeros de esperanza y de salvación, testigos de aquel amor que promueve la dignidad del hombre y que construye la justicia y la paz.

Palabra y silencio. Aprender a comunicar quiere decir aprender a escuchar, a contemplar, además de hablar, y esto es especialmente importante para los agentes de la evangelización: silencio y palabra son elementos esenciales e integrantes de la acción comunicativa de la Iglesia, para un renovado anuncio de Cristo en el mundo contemporáneo. A María, cuyo silencio “escucha y hace florecer la Palabra” (Oración para el ágora de los jóvenes italianos en Loreto, 1-2 de septiembre 2007), confío toda la obra de evangelización que la Iglesia realiza a través de los medios de comunicación social.

Vaticano, 24 de enero 2012, fiesta de San Francisco de Sales

BENEDICTUS PP. XVI

## ORACIÓN DEL COMUNICADOR

Señor, he aquí que me has puesto en el camino de ser misionero de tu luz y tu verdad en los medios de comunicación.

Concédeme pues el don de satisfacer en todos la nobilísima necesidad de la inteligencia por conocer la verdad del acontecer humano.

Para que al hacerlo con, respeto y oportunidad, esté ensanchado cotidianamente los dominios de la Verdad y preparando a las voluntades los dominios al servicio del bien.

Haz que mis acciones defiendan las causas nobles del pueblo.

Haz que informe para orientar.

Que critique para construir.

Que provoque la risa con el fin trascendente de evitar el llanto.

Y que llegue a ser desde las columnas del periódico, desde el micrófono de la radio, desde la televisión en fin, de todo medio de comunicación, ese maestro, ese obrero, ese soldado, ese hermano del pueblo de cuya misión se espera orientación y enseñanza.

Entonces, Señor, haz que mi trabajo esté inspirado en la Luz de tu Verdad y en la Ley de tu justicia; para que así, logre hacer ágil lo que es pesado, hacer atractivo lo que es serio, hacer alegre lo que es Santo y dar a las Verdades Eternas el aire de sorpresa apasionante de las últimas noticias.